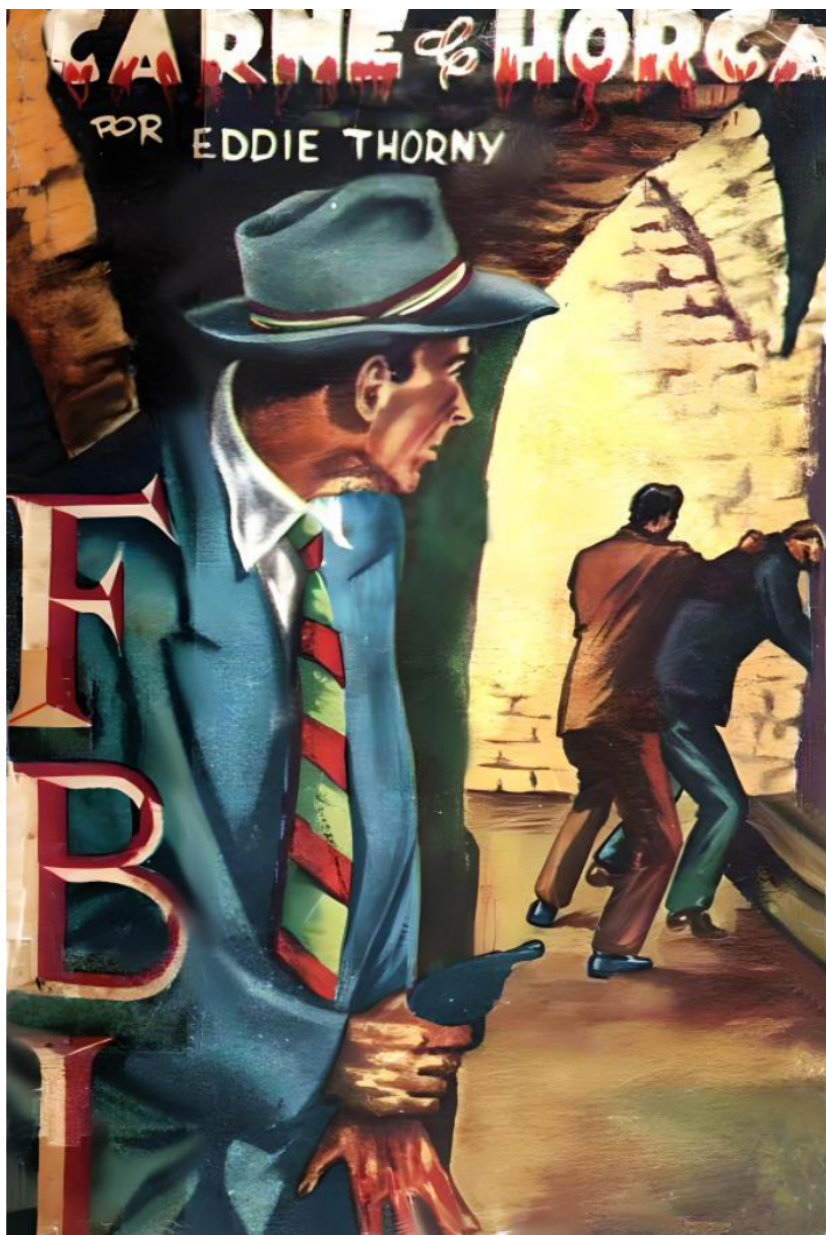






EDDIE THORNY

# CARNE DE HORCA









N BERNARDO, 68 - MADRID

## COLECCION F. B. I.

### Obras publicadas:

1. ¡Culpable! (6.ª ed.) (1).
2. La hora gris. (4.ª ed.) (1).
3. El Rey del Hampa (4.ª edición.) (2).
4. El cobarde. (3.ª ed.) (1).
5. Luchando en la sombra. (2.ª edición.) (3).
6. Contra Scotland Yard. (3.ª edición.) (1).
7. Su Alteza el Ladrón. (2.ª edición.) (2).
8. La ruta de la locura. (2.ª edición.) (3).
9. A la ofensiva. (2.ª edición.) (4).
10. La redada. (2.ª ed.) (5).
11. Shanghai. (2.ª ed.) (1).
12. Guerra de gangsters. (2.ª edición.) (2).
13. ¡Sangre! (2.ª ed.) (5).
14. La rebelión de los muertos. (2.ª edición.) (6).
15. El Hombre de las Tres Caras. (2.ª edición.) (7).
16. Tánger. (3.ª ed.) (1).
17. ¡Traidor! (2.ª ed.) (5).
18. Tragedia en Berlín. (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición. (2.ª edición.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico. (2.ª edición.) (1).
21. El Delator. (6).
22. Armonías de muerte. (3).
23. Destinos cruzados. (1).
24. Persecución. (5).
25. Una ciudad abierta. (4).
26. Horas trágicas. (7).
27. La muerte alada. (3).
28. Doctor X. (1).
29. El coloso de hierro. (8).
30. Trampas mortales. (5).
31. Contrabando funesto. (5).
32. Nueva York-San Francisco. (7).
33. Entre rejas. (1).
34. Muerte en el Caribe. (6).
35. Secuestro. (5).
36. El dueño del mundo. (4).
37. Hermano contra hermano. (7).
38. Filibusteros modernos. (2).
39. Palestina en llamas. (3).
40. La ley del terror. (8).
41. A la desesperada. (5).
42. La promoción de la muerte. (6).
43. Tinieblas. (1).
44. Espías en la noche. (2).
45. Fidelidad. (8).
46. Sin cuartel. (7).
47. Armour, expulsado. (5).
48. La huida de Varka. (3).
49. La Maffia. (1).
50. Alaska, final de ruta. (8).
51. Tras el telón de acero. (6).
52. Gangsters de guante blanco. (3).
53. ¡Acusado! (7).
54. Misterio en Viena. (5).
55. El genio del mal. (8).
56. Hombres armados. (10).
57. Favorosa elección. (5).





58. La bestia escarlata. (3).  
 59. Huéllas de ultratumba. (11).  
 60. S. O. S. (8).  
 61. Billeles malditos. (3).  
 62. Camino de perdición. (12).  
 63. Camaradas enemigos. (3).  
 64. A la deriva. (6).  
 65. ¡Odio! (1).  
 66. Cita de madrugada. (3).  
 67. «Killer» a sueldo. (5).  
 68. Muerte en el atardecer. (4).  
 69. Loup-Garou. (3).  
 70. Punto final. (5).  
 71. ¡Mirad a las sombras! (3).  
 72. Entre esas brujas... (5).  
 73. Tortura. (13).  
 74. El confidente. (3).  
 75. ¡Terror! (5).  
 76. El final de Rocco. (5).  
 77. El vengador negro. (1).  
 78. ¡Codicia! (3).  
 79. Sentenciado. (6).  
 80. Secreto de Estado. (4).  
 81. Allas «Lugger». (5).  
 82. Hora «D». (3).  
 83. Carne de horca. (4).  
 84. Tráfico mortal. (8).

En preparación:

## RASTROS PERDIDOS

## AUTORES

- |                   |                     |                     |
|-------------------|---------------------|---------------------|
| (1) Alf Manz.     | (6) Alar Benet.     | (11) Thomas Settes  |
| (2) Fred Baxter.  | (7) A. G. Murphy.   | (12) John Nebot.    |
| (3) Frank McFarr. | (8) Lewis Haroc.    | (13) Thomas Wanton. |
| (4) Eddie Thorny. | (9) J. L. Martin.   |                     |
| (5) O. C. Tavin.  | (10) Jack Brooklyn. |                     |



# I

## CRIMEN SIN SANGRE



O podría decir de una manera exacta cómo empezó el jaleo. Quizá fue que uno de aquellos malditos italianos dijo algo despectivo sobre los judíos; acaso, Sansón Bailey, cuyo cerebro estaba un poco ofuscado por las repetidas libaciones, recordó de pronto sus buenos tiempos de boxeador y quiso probarse a sí mismo que todavía le quedaba dinamita en los puños; tal vez que el «barman» mostró una insolente curiosidad por conocer el color de la «pasta» del hebreo antes de servirle el quinto «*whisky*». En cualquier caso, a los dos minutos de sonar las primeras voces, el Sorrento se había

convertido en escenario de una pelea encarnizada.

Si la lucha se hubiese iniciado cincuenta yardas más lejos, Sansón no se habría encontrado totalmente solo. Bajando por Old Hall Street en dirección al río, no hacía falta más que cruzar dos manzanas para hallarse en pleno barrio judío; allí, Bailey hubiera contado en el acto con seis o siete muchachos tan decididos como él a dar una buena lección a aquellos cerdos.

Por desgracia, el Sorrento estaba lleno de italianos y todos parecían sentir un odio sin límites contra los ascendientes de Abraham. Se encontró, pues, aislado en medio de diez o doce enemigos. No por ello se asustó. Jamás había vuelto la espalda a un adversario, y no serían aquellos inmigrantes piojosos quienes le hicieran salir corriendo.

Sus tres primeros contrincantes cometieron el error de atacarle sucesivamente. Bailey tenía treinta y cinco años; había engordado bastante en los últimos tiempos y ya no tenía la agilidad felina ni la rapidez de reflejos que un día le hicieron famoso sobre los «*rings*» americanos. De todas formas, había sido una primera serie del peso pesado; sabía cómo y dónde debía pegar y sus puñetazos resultaban aún demasiado duros para que pudieran encajarlos sin graves desperfectos físicos quienes no estuvieran sometidos previamente a un riguroso y severo entrenamiento.

Uno de los italianos salió lanzado por encima del mostrador; otro quedó en el suelo con la mandíbula fracturada; el tercero retrocedió chillando como una rata cuando el puño del judío le aplastó la nariz, bañándole la cara en sangre. Todo esto fue un juego de niños para Sansón. Plantado en el centro del bar, con las piernas separadas, el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante y la guardia perfecta, sonrió desdeñoso al advertir el desconcierto que se apoderaba de sus adversarios. Jactancioso y desafiante, gruñó:

—¡Adelante, muchachos! ¿A quién le toca la vez?

Pero las cosas experimentaron entonces una variación radical. Convencidos de que uno a uno no podrían vencerle, los italianos atacaron en masa. Para mayor seguridad procuraron no hacerlo de frente ni con las manos vacías. Provistos de sillas, botellas e, incluso, navajas empezaron a escurrirse por uno y otro lado, tratando de coger a Bailey de espaldas.

Como fiera acorralada, Sansón tuvo que girar con rapidez sobre

sus pies para hacer frente a los que le atacaban por todas partes. Hurtó el cuerpo a un silletazo y respondió asestando un puñetazo en plena boca al que lo había lanzado; el italiano retrocedió tambaleante, escupiendo los dientes, mezclados con juramentos y maldiciones. Pero Bailey no tuvo tiempo de gozarse en esta victoria.

Casi al mismo tiempo, un tipo colocado a su espalda le rompía en la cabeza una botella de vermut. Si el botellazo no dio en tierra con él debió agradecerlo a que el sombrero amortiguó un tanto la violencia del golpe, pero sobre todo a que tenía la cabeza tan dura como una roca. Sin embargo, sintió un ligero mareo, mientras un hilillo de sangre le corría a lo largo de la mejilla izquierda. Rabioso, logró coger al tipo que había manejado la botella, le volteó en el aire y la tiró contra la ventana, cuyos cristales saltaron hechos añicos, mientras vociferaba:

—¡Cobardes! ¡Gallinas!

Aunque los vapores del alcohol ofuscaban un poco su cerebro, Sansón tuvo que comprender que la pelea presentaba a cada instante peor cariz. Lejos de disminuir frente a la contundencia de sus puños, el número de enemigos aumentaba por segundos. Atraídos por el alboroto, de la calle penetraron seis o siete individuos, todos los cuales se lanzaron contra el judío. Los italianos se ponían de acuerdo con gritos y frases breves. Pese a que el hebreo multiplicaba sus golpes, la situación iba poniéndose francamente fea.

De todas partes le llovían los golpes; la punta de una navaja le hirió ligeramente en el antebrazo izquierdo; una botella se le estrelló en el pecho; una silla vino a chocar contra su cabeza.

No podía seguir allí, haciendo frente a un mismo tiempo a diez o doce enemigos diferentes. Ciertamente que quién se ponía al alcance de sus puños salía malparado; pero también lo era que en el instante menos pensado la punta de uno de los cuchillos podía encontrar el camino de su corazón. Procuró colocarse de espaldas al alto mostrador, para no tener detrás a ningún adversario. Luego, cuando un vaso se le rompió en la frente, abriéndole una ligera brecha y haciendo que algunas gotas de sangre le cayeran sobre los ojos, empezó a retroceder hacia la salida, si bien tenía que volverse a cada instante para impedir que sus contrarios se le echasen encima.

Llegaba junto a la puerta, cuando, cerrándole el paso,

aparecieron dos policías uniformados. Uno de ellos gritó, con aire amenazador:

—¡Quietos todos! El que ofrezca la menor resistencia...

Sansón vaciló un momento. Era peligroso enfrentarse con unos «coppers» pero más peligroso aún dejarse atrapar. Ya tendría bastante con lo ocurrido en el Sorrento: escándalo público, rotura de mesas, sillas y cristales amén de seis o siete heridos y contusos. Mas esto no sería nada comparado con lo anterior. Si le cogían harían averiguaciones, saldría a relucir lo de Baltimore y las consecuencias podrían ser desastrosas. En el mejor de los casos, doce o catorce años de presidio; en el peor...

—¡Más despacio, amiguito! Tendrás que venirte con nosotros para explicar...

El agente le cogió del brazo izquierdo tratando de sujetarlo. Bailey no lo pensó dos veces; levantó el puño derecho y lo dejó caer con terrible violencia contra la cara del policía que lanzó un ahogado gemido y fue a chocar contra su compañero. Rehaciéndose con presteza, el segundo «copper» se interpuso en el camino del fugitivo, mientras trataba de sacar la pistola y advertía colérico:

—¡Entrégate o...!

Sansón no le dio tiempo a concluir la frase. Como mazos de hierro sus puños alcanzaron la cara del policía, que se hundió como fulminado por un rayo, quedando atravesado en la puerta. Bailey no se entretuvo en mirarle. Los italianos del bar, envalentonados por la presencia de los agentes, se le echaban encima.

Dos o tres extendieron las manos para cogerle. El judío les rechazó con una serie de puñetazos eficaces. Luego, saltando por encima del policía caído en tierra, cruzó el umbral y se lanzó a la calle. El primero de los agentes, medio atontado aún por el golpe recibido, sacó la pistola y corrió tras él.

—¡Párate o te mato!

Pero hacía falta algo más que una amenaza para detener a Sansón. Movié las piernas con celeridad vertiginosa, derribó a dos individuos que pretendieron sujetarle, se dejó un trozo de gabardina en las manos de un tercero y saltó a la calzada para correr con mayor libertad y desembarazo. A su espalda oía los pasos de sus perseguidores y medio centenar de voces que gritaban a un tiempo:

—¡A ése! ¡A ése! ¡Cogedle! ¡Cogedle!

Pronto por encima de los gritos se escuchó el ruido inconfundible de los primeros disparos. El fugitivo sintió silbar el plomo cerca de sus oídos, lo que le sirvió de acicate para intensificar la rapidez de su huida. Por fortuna, el agente que tiraba estaba demasiado nervioso, la calle aparecía repleta de gente y temía herir a cualquier otro, lo que le impedía precisar demasiado la puntería. Aunque el número de sus perseguidores aumentaba por momentos, Bailey tenía la seguridad de que no le echarían mano. Corriendo en dirección al East River estaría en el barrio judío antes de cinco minutos. Malo sería no hallar entonces amigos que le permitieran escapar de los malditos italianos.

De repente, todas sus esperanzas se vinieron a tierra. La rapidez de su carrera le impidió fijarse en el estado del piso; no advirtió un agujero en el adoquinado, metió uno de los pies y cayó de bruces. Aunque se hizo daño en la caída, él incidente no habría tenido la menor importancia en otras circunstancias; Sansón hubiese lanzado unas cuantas maldiciones, la gente le hubiera ayudado a levantarse y habría reanudado su marcha, quizá renqueando un poco.

Pero en aquel instante la caída podía resultar trágica. Bastó para que sus perseguidores llegasen a su altura. Un italiano, provisto de un grueso bastón, lo descargó sobre sus espaldas. Acercándose a la carrera el policía gritaba:

—¡Apártese! Le tengo cubierto con la pistola y si pretende escabullirse...

No parecía que Sansón tuviera salvación posible. Cuando logró incorporarse, sus enemigos vociferantes y amenazadores le rodeaban por todas partes. Joe Maxims, el agente a quien habían golpeado y que mostraba una extensa moradura sobre el ojo derecho, tenía una «*browning*» en la mano y chillaba, iracundo:

—¡Tira para la compañía, cerdo! Cuando lleguemos vas a saber lo que es bueno...

Bailey no podía hacerse ilusiones. Dos puñetazos bastarían para terminar con el tipo que le amenazaba; pero el «cop» tenía una pistola en la mano y apretaría el gatillo con verdadera fruición tan pronto como le viese hacer el menor movimiento sospechoso. Tendría que dejarse llevar a la estación de policía; una vez allí, los «polis» a quienes había golpeado le harían conocer las delicias del tercer grado, antes, incluso, de preguntarle cómo se llamaba.

Echó a andar entre un corro de gentes que le increpaban. De pronto un coche vino a detenerse a pocos pasos del grupo. En el automóvil —un «Ford» viejo y destartalado—, iban tres hombres. Uno de ellos asomó la cabeza por la ventanilla, y gritó con voz que dominaba todos los ruidos:

—¡Soltadle, si no queréis oír una canción desagradable!

El agente y los italianos se volvieron desconcertados a mirarle. Con los ojos desmesuradamente abiertos por el asombro y el temor, vieron aparecer por las ventanillas del «Ford» los cañones amenazadores de dos ametralladoras «Thompson». El tipo que había hablado antes —al que apenas se le veía la cara, medio oculta entre el cuello del abrigo subido y el ala del sombrero echada sobre los ojos— tornó a gritar impaciente:

—¿Obedecéis, si o no?

Indignado, el agente de policía dio un paso hacia el coche y abrió la boca para decir algo. Pero antes de que una sola palabra saliera de sus labios se escuchó el tableteo inconfundible de una pistola ametralladora, y el buen hombre optó por tirarse al suelo, rehuyendo el plomo que pasaba silbando por encima de su cabeza. En pocos segundos, la multitud se dispersó chillando en todas las direcciones. Algunos italianos, imitando al policía, se pegaban materialmente al suelo; otros buscaban refugio en los portales cercanos; la mayoría corría sin rumbo cierto, alocadamente, encomendando la salvación a la rapidez de sus piernas.

Sólo Bailey permanecía en pie en el centro de la calzada, sin dar crédito a cuánto sus ojos veían, mirando boquiabierto al agente tendido en el suelo y al coche que tan inesperadamente acudía en su ayuda. Por espacio de medio minuto el estupor le impidió coordinar sus pensamientos ni tomar determinación alguna. El tipo que había exigido que le soltasen habló por tercera vez:

—¡De prisa, Sansón! ¡Salta al coche antes de que te abran algún agujero en la piel!

Bailey obedeció con presteza. En dos saltos llegó junto al «Ford», una de cuyas portezuelas acababa de abrirse para darle paso. Subió al coche y se dejó caer en uno de los asientos. Como en un sueño oyó gritar:

—¡Pisa a fondo, Cohen! Si continuamos aquí otros diez segundos...

El automóvil salió lanzado. En un instante llegaron al extremo de Old Hall Street. El conductor dobló la esquina a marcha vertiginosa para lanzarse por la margen derecha del East River. Para entonces ya quedaban muy atrás el policía que pretendió detener a Sansón y los italianos excitados y gesticulantes.

—¡Siempre metido en líos, amigo! De no ser por nosotros lo hubieras pasado bastante mal.

Bailey miró a su interlocutor, sentado junto a él. ¿Cómo no le había reconocido desde el primer instante? Se trataba de David Kalmus, judío también, antiguo compañero de juegos infantiles, nacido y criado como él en la parte más sórdida del Lower Eats Side. Tras mirar por la ventanilla posterior para convencerse de que nadie les seguía, había dejado la «Thompson» en el fondo del coche, y miraba sonriente a su acompañante. Sansón gruñó:

—¡Gracias, David! Seguro que si me dejo llevar, los «cops» me soban bien el cuero...

—¡Y te lo merecías por idiota! ¿Qué hacías con todos esos cochinos italianos alrededor? Borracho como de costumbre, ¿no?

Trabajosamente, Bailey dio unas confusas explicaciones. Estaba en el Sorrento, echando pacíficamente, un trago cuando alguien insultó a los judíos: quiso dar una lección al que hablaba y todos se lanzaron contra él; luego aparecieron los «polis» y tuvo que echar a correr. Pero volvería por allí y...

—¡Olvidalo, muchacho! Sí asomas la «jeta», lo más probable es que te la partan.

—¿A mí? —protestó acalorado Sansón—. Todavía no ha nacido el italiano que aguante dos golpes cuando yo pego con ganas...

—Es posible. Pero también que te metan unas onzas de plomo en el cuerpo. Además, la «bofia» te estará buscando, resucitarán lo de Balt[1], y ya puedes suponer lo que ocurrirá si llegan a ponerte la mano encima.

Bailey miró con gesto de profunda desconfianza a su interlocutor. Por un instante permaneció silencioso, rumiando lo que acababa de oír. Al cabo preguntó con un gruñido:

—¿Qué sabes de Balt?

—Todo —repuso sonriente David—. Pero tranquilízate, amigo. Si te saqué de un apuro, no fue para ir ahora con el soplo a la «Poli». Sin embargo, estoy enterado de todo.

—¡Mentira! —chilló, irritado, Sansón—. No puedes saber nada; nadie pudo venirte con el cuento...

—¿De veras? Pues voy a convencerte de lo contrario. Sé que tú y tu adorada Sarah teníais montado un negocio bastante sucio.

Con asombro sin límites, Bailey oyó repetir una historia que creía ignorada por todos. Sarah Slater era una belleza detonante y provocativa. Un año y medio atrás, cuando Sansón, luego de dar tumbos por todos los «*rings*» del Middle West hubo de convencerse de que su época de boxeador había pasado definitivamente y ya no servía siquiera para «*sparring*», se tropezó con ella en Saint Louis. La chica le propuso un medio rápido y fácil de hacer dinero, en el que la corpulencia y anchura de hombros de Bailey jugarían un papel decisivo.

Sansón aceptó, naturalmente. Su trabajo no podía ser ni más cómodo ni más lucrativo. Consistía en acompañar a Sarah a cualquier ciudad, inscribiéndose como su marido en uno de los mejores hoteles. Después, frecuentaban los clubs nocturnos y las salas de juego, emborrachándose concienzudamente, mientras ella hacía guiños a alguien de aspecto adinerado. La muchacha «trabajaba» al caballero por espacio de tres o cuatro días. Al final, una tarde decía a Bailey:

—Esta noche, a las once.

A las once, Sansón, que había ingerido previamente una respetable cantidad de alcohol, se presentaba de pronto en la habitación de Sarah, que se hallaba en compañía de su admirador. La llegada del supuesto marido —un tipo con más de seis pies de estatura, la nariz aplastada, el gesto feroz y unos hombros que tapaban por completo la puerta— producía un efecto aterrador en el galanteador de Sarah. Bailey prorrumpía en denuestos y amenazas; la mujer intervenía con aire conciliador; el caballero echaba mano a la cartera y el asunto quedaba resuelto en pocos minutos.

—Pero en Baltimore se torció el negocio. Y eso puede costarte unos años a la sombra, si no te sientan en la «silla caliente».

Tenía razón David. En Baltimore, el tipo que acompañaba a Sarah no se asustó. A los gritos de Sansón respondió con otros, acusando a la pareja de quererle hacer víctima de un vergonzoso «chantaje». Incluso se atrevió a lanzarse sobre el supuesto marido,

propinándole una serie de puñetazos. El antiguo boxeador había bebido aquella noche más de la cuenta y perdió la cabeza. Golpeó furioso a su contrincante; luego le estrechó entre sus brazos de gorila, hasta oír el dramático chasquido de los huesos al romperse; por último le tiró al suelo y le pisoteó con salvaje ensañamiento.

Cuando Sarah consiguió separarle de su adversario, el caballero estaba inmóvil en el suelo, ensangrentado, deshecho. La mujer le increpó airada:

—¡Bestia! ¡Animal! ¿No te das cuenta de lo que has hecho? ¡Puede costarnos la cabeza!

Tuvieron que hacer con precipitación las maletas y largarse por la escalera de incendios. Antes de salir se llevaron la cartera del moribundo, que contenía cinco mil dólares. Una vez en la calle, Sansón, asustado hasta entonces, se sintió más tranquilo. En el hotel se habían inscrito como mister y *mistress* Boy; nadie les conocía en Baltimore; no sería fácil que dieran con ellos.

—¡Te equivocas, bruto! —chilló, iracunda, Sarah—. Has dejado huellas en la habitación, y la «bofia» sabrá que fuiste tú. Aparte de que no hay confusión con ese tipo de oso...

La única solución era escapar cuanto antes de Baltimore. Había un tren que partía para Washington media hora después. Sacaron los billetes y metieron las maletas en el departamento. Entonces Sarah dio un chillido diciendo que se había dejado en el «taxi» que les trajo a la estación el bolso donde llevaba el dinero. Se apeó del tren para correr a la salida. Convencido de que decía la verdad, Bailey fue tras ella. La adelantó en dos zancadas, corriendo por el andén. Al pasar por su lado la gritó:

—¡Espérame aquí! Volveré antes de que salga el tren...

Encontró el «taxi» a la entrada de la estación. Tuvo una discusión violenta con el chofer, que juraba y perjuraba que la mujer no se había dejado nada en el coche. Cogiéndole de un brazo, Sansón le obligó a penetrar en el andén, para cazarlo con Sarah, amenazando con destrozarle la cara a golpes.

Cuando llegó al andén quedó petrificado. El tren se alejaba ya y por ninguna parte pudo ver el menor rastro de Sarah. Comprendió que la mujer acababa de darle esquinazo, llevándose todo el dinero «ganado» con su lucrativo negocio. Quedó abrumado, como si el cielo se le hubiese caído encima de golpe. Soltó al chofer,

balbuciendo unas palabras de excusa, y se dejó caer en un banco.

Durante diez minutos estuvo pensando lo que le convenía hacer. En el bolsillo le quedaban treinta dólares. Perseguir a Sarah sería perder el tiempo. Era demasiado lista para que se quedase en Washington y pudiese encontrarla. Lo mejor, lo único viable, era poner pies en polvorosa, alejarse de Baltimore antes de que la Policía descubriese el cadáver de aquel individuo en el hotel e iniciase una búsqueda apresurada del exboxeador.

Marchó a Nueva York, donde tenía numerosos amigos y creía más fácil pasar inadvertido. En Bowery residía un escocés que en sus tiempos de promesa del «ring» actuó como «manager» suyo y que se embolsó como representante del púgil diez veces más dólares que el púgil mismo. Lou McGregory había abierto una taberna en División Street y se defendía bastante bien. No le agradó la visita de Bailey; sin embargo, no se atrevió a negarle cobijo. Podría comer y dormir allí, procurando no hacerse demasiado visible, pero como pago de su pitanza tendría que pasarse el día fregando platos y vasos.

Sansón aguantó allí tres semanas. Al cabo, creyendo pasada la tormenta, decidió cambiar de aires. Tuvo una discusión violenta con McGregory, le sacó cien dólares como pago de su trabajo, amenazando de paso con partirle la crisma, y cayó en el Lower East Side. Por allí vivían cientos de conocidos. Y allí, en una callejuela cercana a High Street, tenía un cafetucho Rebeca, una mujer cuarentona, de vida nada ejemplar, que siempre le había mirado con buenos ojos.

Durante diez meses anduvo dando tumbos por su viejo barrio. Rebeca le recibió con los brazos abiertos, le proporcionó cobijo y comida, pero no se mostraba muy dispuesta a darle dinero para emborracharse. Sansón tuvo que quitárselo empleando en ocasiones la violencia. De todos modos, no resultaba suficiente. En sus tiempos de boxeador, y más aún, en la época de su asociación con Sarah, se había acostumbrado a gastar mucho. Ahora quería vivir en la misma forma.

Para conseguir algunos dólares participó, en unión de otros tipos como él, en varios atracos. Cosas de poca importancia, desde luego: caer por sorpresa sobre cualquier borracho, molerle a golpes y quitarle la cartera. A sus compinches les faltaba valor para

empresas de mayor envergadura y riesgo, y Bailey seguía temiendo las consecuencias de lo ocurrido en Baltimore.

Por fortuna, nadie parecía enterado del asunto. Ni la Policía le buscaba por el Lower East —y sería lógico que supusiera que andaba por allí—, ni oyó la menor alusión al suceso. Indudablemente, y contra lo que Sarah pensaba, la «bofia» no encontró sus huellas ni estableció la menor relación entre el chantajista de Balt y el antiguo boxeador que soñó un día con destronar al mismísimo Joe Louis, recobrando para la raza blanca el cetro de los pesos pesados. Y cuando ya empezaba a tranquilizarse, he aquí que aquel maldito Kalmus demostraba estar enterado de todo.

—¿Qué te parece, amiguito? ¿Estoy o no estoy bien informado?

—Demasiado —gruñó, malhumorado, Bailey; luego, receloso, inquirió—: ¿Quién te vino con el chivatazo? ¿Sarah?

—¿Sarah? —rió, divertido, David—. Debías conocerla mejor. Es sobradamente lista para tirar piedras a su propio tejado. Si tú estás metido en el «bollo», ella no anda muy lejos.

—¿Quién te lo dijo, entonces?

—No pienses en ello, Sansón. Lo sé y eso basta, ¿no te parece?

Tras llegar hasta las cercanías del Bowery, el «Ford» había recorrido una serie de calles y ahora volvía a la entrada de High Street. Kalmus indicó a Bailey:

—Apéate aquí y vente con nosotros.

Sansón obedeció. El chofer continuó con el «Ford», mientras junto a Bailey marchaban por la acera, repleta de una muchedumbre vocinglera a aquella hora del atardecer, David y otro sujeto silencioso y mal encarado, llamado Aaron Jessup.

—Rebeca me estará esperando. Gracias por todo, David, pero ahora...

—¿Tanta prisa tienes en que te enganchen? —le interrumpió Kalmus—. Es posible que te haya reconocido alguien y la «bofia» te aguarde en casa de Rebeca.

Aunque podía haber algo de verdad en todo aquello, Sansón no parecía muy dispuesto a dejarse convencer. Quería separarse de Kalmus y Jessup. Pero David se opuso:

—He dicho que te vendrás con nosotros y no hay más que hablar. Si te niegas...

—La bofia no tardaría en dar contigo —añadió Jessup, saliendo de su mutismo—. Tú verás lo que te conviene.

Siguió con ellos. Llevaban andando cinco minutos, cuando Sansón preguntó:

—¿Qué queréis de mí, David?

—Que vales para algo en la vida, muchacho. Hasta ahora malgastaste tus energías en asuntos de poca monta; ya es hora de que sirvas para algo útil.

—¿Trabajando con vosotros?

—¡Acertaste! Los Macabeos necesitan nuevos reclutas. Tú serás uno de ellos. ¿Qué te parece?

Bien. A Bailey no le desagradaba demasiado la perspectiva. Los Macabeos constituían una de las múltiples organizaciones clandestinas hebreas de Nueva York. Surgió, como tantas otras, con la aparente finalidad de ayudar al pueblo judío a reconquistar su hogar nacional. Los emigrantes que volvían a la vieja Tierra de Promisión necesitaban dinero para pagarse los pasajes; más tarde, armas con que luchar frente a los árabes y sus amigos ingleses. Por fin, cuando los británicos se retiraron y empezó la guerra, millones y millones para comprar fusiles, ametralladoras, tanques y aviones con que hacer frente a la ofensiva del Islam.

Los Macabeos recaudaban dinero con este fin. Empezaron de una manera pacífica, haciendo colectas entre la colectividad hebrea o pidiendo a los comerciantes del barrio que contribuyeran a la causa de su raza. Pronto descubrieron, sin embargo, que las aportaciones voluntarias resultaban demasiado menguadas, y decidieron intensificarlas recurriendo a la violencia.

En pocos meses, Los Macabeos se convirtieron en una organización de terroristas. Luego, cuando los verdaderos idealistas que había entre ellos decidieron marchar a Palestina para defender con las armas en la mano la tierra de promisión contra el asalto de los ejércitos mahometanos, los terroristas se transformaron en forajidos. Hablaban todavía de la causa sionista y de la necesidad de defenderla contra el ataque de los gentiles. Pero el dinero conseguido se quedaba en sus manos, y Tel Aviv no recibió de ellos un solo centavo.

Actuaban exactamente igual que cualquier «gang». Imponían contribuciones a industriales y comerciantes por asegurarles su

«protección»: explotaban algunos «*cabarets*» y salas de juego en el Lower East y el Bowery; cometían atracos cuando la ocasión se presentaba: intervenían en asuntos de contrabando y, como todas las bandas, tenían rivales peligrosos con los que solían enfrentarse a balazo limpio en sangrientas peleas callejeras. La única diferencia era que se amparaban en un supuesto ideal, lo que les permitía solicitar en ocasiones la ayuda de miembros influyentes de la comunidad israelita y hasta hallar protecciones entre los mangoneadores políticos de Tammamy Hall.

—Debes sentirte orgulloso de que te permitamos luchar en defensa de un noble ideal.

Bailey asintió con un gruñido. No sentía ideal alguno; jamás se había preocupado por ellos, pero no dejaba de halagarle que pudieran tomarle por un idealista. Ya otra vez le había ocurrido en el transcurso de su azarosa existencia, y también sin proponérselo.

Fue en 1938, en el momento álgido de su carrera pugilística, cuando en el Madison Square Garden hubo de enfrentarse al campeón alemán Walter Klein. Era el período más agudo de la persecución judía en el III Reich. Aunque nadie confiaba en la victoria de Sansón, porque el germano era mucho mejor boxeador, los empresarios realizaron una habilidosa propaganda que congregó en torno al «*ring*» a millares de hebreos, deseosos de presenciar la victoria de su hermano de raza sobre el representante del pueblo perseguidor.

Durante los cinco primeros asaltos, Bailey recibió una formidable paliza, besando la lona repetidas veces. Pero entonces tenía veintidós años y una resistencia de hierro. En él sexto «*round*», un golpe de suerte le proporcionó una victoria tan inesperada como sensacional. Fiado en su aplastante superioridad, Klein abrió su guardia; cuando quiso rectificar era demasiado tarde. El puño de Sansón, lanzado con la fuerza de una catapulta, se había estrellado contra la punta de su barbilla y el alemán despertó a los dos minutos en su rincón, mientras una multitud jubilosa aclamaba a su contrincante.

Si Bailey hubiese tenido un poco de inteligencia, se habría hecho rico entonces con relativa facilidad. Pudo entrenarse a fondo, seleccionar con cuidado a sus adversarios futuros, administrar el triunfo. Pero no tenía nada de listo y se dejó cegar por los

resplandores de la gloria. No supo resistir la tentación de disfrutar de cuanto siempre había estado fuera de su alcance; comió, bebió y se divirtió durante unas semanas sin tasa ni medida; descuidó los entrenamientos, convencido de que no habría contrario que aguantase en pie diez «*rounds*» ante la contundencia de sus puños. El resultado fue que cuando, dos meses después, volvió a pelear en el mismo Madison Square Garden, el negro Kid Battalino le puso fuera de combate de una manera vergonzosa en el segundo asalto, y Sansón perdió la oportunidad de seguir siendo llamado «el vengador de Israel», para convertirse en fácil escabel de quienes deseaban conquistar victorias más resonantes que dificultosas.

—Fue una suerte que llegásemos tan a tiempo; si nos retrasamos cinco minutos hubiera sido demasiado tarde.

—Pero ¿ibais buscándome? —preguntó con cierta sorpresa Bailey.

—Apuesta que sí, muchacho. El «boss» necesitaba un tío fuerte y duro; yo me acordé entonces de ti.

No dijo para qué le necesitaban, ni Sansón tuvo ocasión de preguntarlo. Habían llegado al 137 de High Street, una casa relativamente moderna y lujosa, de siete plantas. Con un mudo gesto, David invitó a pasar a su acompañante. Kalmus abrió una puerta del piso bajo, cruzó un largo pasillo y llamó con los nudillos a una puerta entornada, preguntando:

—¿Se puede pasar, jefe?

—Adelante, David.

Al transponer el umbral, Bailey se quedó vacilante, sin dar crédito a lo que veía. En el amplio despacho, amueblado, con elegancia y buen gusto, había dos personas. Tras de la mesa aparecía un hombre alto, delgado, de nariz aguileña, mirada fría y rostro impenetrable. A su lado, en pie, sonriendo con aire burlón, estaba una mujer. Y fue ésta quien principalmente atrajo la atención de Sansón.

Era rubia, esbelta, de una belleza provocativa, vestida con lujo detonante, adornada con pendientes y anillos en los que brillaban los diamantes. Tenía treinta años, aparentaba veinticinco y su gesto decía bien a las claras que se consideraba punto menos que irresistible. Bailey la reconoció en el acto, y sin poderse contener, avanzó sobre ella, gruñendo irritado:

—¡Tú aquí, perra! Debí figurármelo. Sólo tú podías habérselo contado. Pero te aseguro que...

—No asegures nada —le interrumpió a su espalda la voz fría y metálica de David—. Si llegas a tocarla siquiera, te lleno el cuerpo de plomo.

Una pistola que se apoyaba en la espalda de Sansón indicaba el peligro de no obedecer la orden. Bailey se detuvo en seco. Tranquila y segura, Sarah seguía sonriendo. Fue el hombre sentado tras de la mesa quien dio una breve explicación.

—Te equivocas, muchacho. No ha sido ella quien contó lo tuyo, sino otro tipo interesado en perderos a los dos.

—¿Dónde está ese «chivato»?

—No tardarás en verle. Pero si lo dejo de tu cuenta, ¿qué harás con él?

—Cerrarle la boca para que no pueda seguir hablando —gruñó, amenazador, Bailey.

—Eso es precisamente lo que nos interesa. Se trata de un «yellow»[2] dispuesta a hundirnos a todos, pero especialmente a ti. No tardará en venir por aquí. Entonces...

Impetuoso siempre, Bailey pidió una pistola para acabar con aquel individuo tan pronto como apareciese. El «boss» movió la cabeza en gesto negativo:

—Los tiros escandalizan demasiado. Has de terminar con él sin armar ruido ni dejar huellas.

Sansón le miró desconcertado. No creía que fuera, posible tal cosa. Hicieran lo que hiciesen, siempre quedarían huellas en el cadáver.

—Salvo si muere ahogado —le interrumpió el «boss».

—¿Tirándole atado con un buen peso en los pies al East River?

—No. Cuando le tiremos al río estará ahogado ya; tiene que ahogarse aquí.

Jacob Wiezman —que éste era el nombre del «boss», como Bailey no tardaría en saber— explicó su habilidoso plan. Peter Harris no tardaría en llegar, citado por David. Entraría confiado, sin sospechar nada. Sansón le esperaría agazapado en el pasillo. En un momento dado caería sobre él por la espalda, envolviéndole en una manta para impedirle gritar y moverse. Aprisionado entre sus brazos de oso, le llevaría al cuarto de aseo. El baño estaba lleno

esperándole. Metería en él a su prisionero, procurando que la cabeza permaneciera unos minutos debajo del agua. Lo demás...

—Será coser y cantar. David se encargará dentro de unas horas, de tirarle al río. Cuando le encuentren, todo el mundo creerá que se cayó al agua y se ahogó.

—¡Buena idea! —aprobó, asombrado, Sansón—. Pero ¿quién es ese Harris?

Wiezman dio unas explicaciones confusas. Era un individuo que había procurado introducirse en Los Macabeos, prestando algunos servicios e interviniendo con eficacia en varios asuntos. La detención de unos muchachos que transportaban un paquetito de drogas le hizo sospechoso. Pronto comprobaron que se trataba de un confidente del

F. B. I.

—Si es que no se trata de uno de sus malditos agentes...

Bailey arrugó el ceño. La tarea que le encomendaban le parecía excesivamente arriesgada. Echarse encima a la Policía federal equivalía a suicidarse. Tardarían más o menos en cogerle, pero fatalmente le sentarían en la silla caliente.

—Buscad a otro, amigos. Conmigo no contéis para eso.

—Te equivocas, muchacho —repuso con frialdad amenazadora Wiezman—. He resuelto que seas tú y tendrás que serlo.

—¿Y si me niego?

—Suponiendo que te dejara marchar, lo que es poco probable, antes de dos horas te habría echado mano la «bofia», sacaría a relucir lo de Balt y no podrías contarle.

Kalmus y Jessup tenían las pistolas en la mano. Sansón comprendió que la huida era imposible. Tenía que someterse a las exigencias del «boss». Se resignó:

—Si lo pagáis bien...

—No tendrás queja. Sarah puede decirte que soy generoso, y cualquiera de los muchachos te lo confirmará.

—Pero ¿cuánto?

—Un billete grande por este trabajito. Luego, doscientos semanales y algunos extraordinarios.

Hacía tiempo que Bailey había perdido las esperanzas de volver a ver en su poder un billete de mil dólares. Era más de lo que podía soñar una hora antes. Todas sus dudas se desvanecieron de un

golpe.

—Hecho, jefe. Pero nadie volverá a hablar del asunto de Balt, ¿eh?

—Dalo por olvidado, muchacho. No quiero tratos con la «bofia», pero convenía que supieras que estaba enterado, por si tenías la mala idea de jugarme sucio.

—Descuide. No quiero que me tuesten ni que me abran unos agujeros en la piel.

David y Kellern se guardaron las pistolas. Hablaron todos en plan amistoso, ultimando los detalles del crimen en perspectiva. Hasta Sarah se le acercó sonriente para decirle:

—No tendrás que arrepentirte, Sansón. Aquí hay más «pasta» y menos riesgo que en nuestro numerito.

El ruido de un coche que se detenía ante la puerta puso término a la conversación. Cada uno fue a ocupar el puesto designado de antemano. Kalmus salió a abrir la puerta para conducir a Peter Harris hasta el despacho. Con una gruesa manta entre las manos, Bailey esperó el momento de intervenir. No tardó en presentarse. Peter Harris, un joven alto, delgado, de aire decidido, entró sin recelar nada en compañía de David. Llegaba a la entrada del despacho, cuando Wiezman, que estaba al lado de Sansón, ordenó a éste:

—¡Ahora!

Presintiendo un grave peligro, Harris pretendió volverse, al tiempo que llevaba la mano derecha al bolsillo del pantalón, donde debía llevar la pistola. No llegó a sacarla. Con movimiento rápido, Bailey le echó la manta sobre la cabeza, sujetándole después a la altura de la cintura con sus brazos de oso.

Harris gritó y se debatió desesperado; por desgracia, Sansón era mucho más fuerte y corpulento. Cogiéndole por la cintura, envuelto en la manta que ahogaba las protestas de su víctima, le levantó fácilmente en vilo, encaminándose con paso firme hacia el cuarto de baño. David le ofreció:

—¿Te echo una mano?

—¡Bah! —repuso, jactancioso, Bailey—. Me basto yo solo.

Lo demostró cumplidamente. Manejando como un fardo a Harris, pese a la violenta resistencia de éste, lo dobló por la cintura sobre el borde de la bañera, sujetándole las piernas con las suyas y

metiéndole la cabeza y los hombros en el agua. Por espacio de dos minutos, su víctima estuvo forcejeando desesperada, tratando de escapar a la muerte. Al cabo, faltos de oxígeno sus pulmones, sufrió un desmayo y quedó inmóvil...

Con toda tranquilidad, Sansón le metió por completo en el baño, sujetándole con una mano para que permaneciera bien cubierto por el agua. Al cabo, se volvió sonriente y triunfal hacia Kalmus y Wiezman:

—Asunto resuelto, jefe. Ese tipo tiene bastante. Venga ahora la «pasta»...



**¡LO NUNCA VISTO POR 1,25 PESETAS!  
EL F. B. I.  
la organización de contraespionaje más famosa  
del mundo, vive y emociona en  
AVENTURAS DEL F. B. I.**

## II

### CARNE DE HORCA



IGEL Gould se hallaba en Londres cuando recibió la noticia de la muerte de su padre. Hacía años que las relaciones entre ambos nada tenían de cordiales. En realidad, apenas habían vuelto a verse desde que al regresar del Pacífico, una vez concluida la guerra, el joven anunció su firme determinación de seguir prestando servicios a la patria, ahora en las filas del

F. B. I.

—Sólo los vagos buscan los empleos del Gobierno —gruñó, irritado, el viejo Michael Gould—. Tu puesto está en la fábrica.

Quédate aquí de una vez y deja de correr más aventuras.

La insistencia de Nigel encolerizó al viejo, que amenazó con desheredarlo.

—Bien. El dinero es tuyo y puedes hacer lo que te parezca con él. Yo sabré abrirme camino en la vida.

En los años sucesivos, Nigel, convertido ya en agente especial del Federal Bureau of Investigation, tuvo con relativa frecuencia noticias del autor de sus días. Por regla general tenían poco de satisfactorias. Michael Gould parecía haber perdido un poco la cabeza. Aunque frisaba en los sesenta años y siempre había sido un hombre de costumbres morigeradas, frecuentaba ahora los clubs nocturnos, jugaba, bebía y no era raro verle acompañado de alguna muchachita que bien pudiera ser, por la edad, hija suya.

Dolido por la situación, Nigel se creyó en el caso de hablar con su padre en una ocasión que pasó por Baltimore. Procurando echar mano de todas sus dotes diplomáticas, le afeó un poco su conducta, impropia de los años que tenía y de la posición social que ocupaba. El viejo estalló, iracundo:

—¡Largo de aquí! El dinero es mío y hago con él lo que me da la gana. ¿No fue eso lo que me dijiste cuando discutimos tu ingreso en ese condenado

F. B. I.?

Dos meses después, Nigel salía para Londres con otros varios agentes especiales en misión de la mayor trascendencia. Iban a interrogar a Fuchs, el famoso científico alemán al servicio de Inglaterra, convicto y confeso de haber entregado a una potencia extranjera una larga serie de informes sobre la desintegración nuclear, tratando de arrancarle los nombres de los individuos que actuaban como enlaces suyos y una referencia exacta de los datos suministrados.

Klaus Fuchs, preso en Dartmoor, desengañado o arrepentido, no tuvo demasiado inconveniente en responder a sus preguntas. Esto motivó un intenso trabajo, no sólo en Inglaterra, sino en Francia e Italia, procurando detener a los numerosos y escurridizos cómplices del hombre de ciencia. Y estaban en lo más arduo de su tarea, cuando Nigel supo que su padre había sido asesinado.

Un buen amigo le llamó telefónicamente desde Baltimore para comunicarle la triste nueva. El joven Gould experimentó un

profundo dolor al enterarse de la muerte de su padre, mayor aún por las circunstancias que rodeaban el hecho, plenamente reveladas por la lectura del «Maryland Times», recibido por avión a la mañana siguiente. Según la extensa información publicada por el diario, Michael Gould había sido encontrado, materialmente deshecho a puñetazos y patadas, en una habitación modesta de la planta tercera de un hotel de segundo orden. El matrimonio Boyd, ocupante de la habitación, había desaparecido, llevándose la cartera del muerto.

Los empleados del hotel afirmaban que mister Gould había llegado sobre las diez de la noche, acompañando a *mistress* Boyd, una mujer de belleza provocativa; poco después se presentó el marido, un tipo corpulento, de aire brutal, con aspecto de luchador de «catch» o de antiguo boxeador, que se pasaba las horas bebiendo en los bares cercanos al hotel.

Sobre lo ocurrido después, la Policía tenía dos hipótesis distintas: o bien el supuesto matrimonio quiso hacer víctima de un «chantaje» a mister Gould, matándole al negarse a acceder a sus requerimientos, o el marido, impulsado por los celos, había asesinado al afortunado rival, quitándole después la cartera para hacer pensar en el robo como único móvil del crimen. La información terminaba diciendo: «De cualquier forma, la Policía tiene datos concretos respecto a los autores de este brutal asesinato, les sigue de cerca la pista y confía en que su detención no se hará esperar muchas horas».

Aunque cuando Nigel se enteró de la tragedia habían transcurrido dos días y ya no podría llegar siquiera al entierro de su padre, tuvo prisa en volver a Baltimore. Buscó al inspector Leissen que dirigía el grupo destacado en Inglaterra, y le pidió permiso para regresar a América. Harold Leissen escuchó el relato de Gould y al final movió negativamente la cabeza.

—Imposible, muchacho. El cumplimiento del deber está por encima de todas las consideraciones personales. El trabajo que tenemos entre manos es de importancia fundamental y no podemos dejarlo abandonado. Aparte de que nada puedes hacer ya en Baltimore.

—Buscar a los asesinos de mi padre.

—La Policía se encargará de ellos. Es cosa que cae fuera de

nuestra jurisdicción. ¿Que tienes motivos poderosos para intervenir en el asunto? Razón de más para no hacerlo. El castigo de unos delincuentes debe ser siempre obra serena de la Ley, nunca venganza personal de un individuo ofuscado por el dolor.

Señalaba, además, que al parecer, la Policía local tenía una pista segura para dar con los culpables. Nigel esperaba que así fuera. Desgraciadamente, cuando un mes después volvió a los Estados Unidos, terminada su misión en Inglaterra, los asesinos seguían sin ser habidos. Consiguió un permiso de sus jefes y fue a Baltimore.

Las noticias que recibió sucesivamente fueron a cual más desagradable. El abogado de su padre, viejo conocido suyo, con quien habló en primer término, le informó del estado de los negocios del viejo. Apenas si al joven Nigel le quedaba nada que heredar. Michael había derrochado el dinero a manos llenas durante los últimos años de su vida. La fábrica había dejado de ser suya; la casa estaba hipotecada...

—Si llega a vivir un año más hubieras tenido que mantenerle.

Aunque la noticia de la ruina de los negocios de su padre produjo dolorosa impresión en el ánimo de Nigel —más que por lo que a él directamente afectaba, porque era confirmación plena del desarreglo de la vida del viejo—, había algo que le interesaba cien veces más: poder hallar a sus asesinos.

Desgraciadamente, aunque se movió mucho y contó con la ayuda y apoyo incondicional de la Policía, no consiguió nada. Quienes se habían inscrito en el Atlantic Hotel como mister y *mistress* Boyd, habían desaparecido sin dejar rastros. Los empleados del hotel dieron con cierta confusión sus señas: ella era una mujer rubia, de veinticinco a treinta años, de un tipo de belleza tan corriente, que los datos proporcionados sobre ella podrían servir para describir a dos o tres millones de mujeres americanas; el supuesto marido —porque nadie tenía la menor seguridad de que lo fuese en realidad ni se llamase Boyd— parecía más fácil de localizar; un individuo de treinta y tantos años, muy alto y fuerte, moreno, de nariz aplastada, posiblemente antiguo boxeador del peso pesado, quizá de origen judío, a juzgar por sus rasgos fisonómicos.

—Hay quien afirma que un individuo de esas señas fue visto en la estación media hora después de cometerse el crimen, pero nadie

sabe si partió para Washington o Nueva York.

De las investigaciones practicadas por la Policía local se sabía que mientras el marido se pasaba las horas bebiendo hasta emborracharse, la mujer frecuentaba los centros de diversión nocturna sonriendo a los caballeros de cierta edad y aspecto acomodado. Se suponía que la llamada *mistress* Boyd atraía a sus adoradores a una encerrona para aligerarles la cartera con la ayuda de su corpulento esposo.

Era muy posible que la pareja, que sólo había pasado cinco días en Baltimore, hubiera puesto en juego su maniobra en otras ciudades de la Unión. Se preguntó a otras poblaciones, pero no se sacó nada en limpio. Sus anteriores víctimas —si las había realmente— no tenían el menor interés en verse mezcladas en un asunto tan desagradable.

Nigel agotó el tiempo de permiso en inútiles esfuerzos para dar con los culpables. Al cabo, hubo de regresar a Washington con el dolor de que el crimen hubiese de quedar impune. En los meses siguientes se entregó con afán a su trabajo en diversos servicios que le fueron encomendados; aunque no logró olvidar por completo la tragedia de Baltimore, el tiempo fue amortiguando la desesperación producida por el fracaso de descubrir y castigar a los autores de la muerte de su padre.

Terminada con éxito una delicada misión en Florida, se disponía a tomarse unos días de bien ganado descanso en el propio Washington, cuando recibió una orden concreta y terminante:

—Preséntese mañana al inspector Laisen en su oficina de Nueva York. Ha reclamado su presencia y deberá quedar bajo sus órdenes.

—¿Otro viajecito a Inglaterra? —inquirió Nigel a quien no hacía demasiada gracia la perspectiva de abandonar los Estados Unidos de nuevo.

—Supongo que no. Habrá que trabajar en Nueva York mismo, pero acaso resulte mucho más peligroso que ir a Londres.

Esta última impresión tuvo plena confirmación apenas Nigel se encontró a la mañana siguiente con el inspector Harold Leissen en su despacho de Centre Street. Peter Harris, antiguo camarada de lucha en el Pacífico de Gould, compañero suyo de promoción en Quantico, había sido encontrado veinticuatro horas antes flotando sobre las aguas del East River.

—El dictamen médico afirma que murió ahogado; no se hallaron en su cuerpo señales de violencia; no fue envenenado. Sin embargo, yo tengo casi seguridad que fue asesinado.

Razonó su afirmación. Harris era un hombre joven y fuerte, magnifico nadador, muy capaz de cruzarse a nado unas cuantas veces seguidas el East River. No cabía en cabeza humana que se hubiese ahogado y menos a pocos metros de la orilla. Sólo podía pensarse que le hubiesen arrojado al agua atado, o perdido el conocimiento por un garrotazo o un narcótico.

Había, sin embargo, que rechazar estas posibles explicaciones. Ni en sus muñecas ni en sus tobillos se veía la menor huella de que hubiera sido atado; la cabeza no mostraba lesión alguna capaz de sumirle en la inconsciencia, y el examen de sus vísceras demostraba que no había ingerido tóxico de ninguna clase. Según todas las apariencias se había caído al agua, ahogándose.

—Pero esta hipótesis resulta inaceptable para quienes le conociesen tan bien como le conocíamos tú y yo. Aparte, claro está, que pudiese haber gentes que tuviesen el máximo interés en quitarle de en medio, aunque no sepa explicarme cómo diablos pudieron arreglárselas para hacer aparecer el crimen como un accidente casual.

Explicó en pocas palabras el trabajo que Harris tenía a su cargo cuando encontró la muerte. Se trataba de vigilar las actividades de un grupo de terroristas judíos que campaban por sus respetos en el Lower East Side, el Bowery y el Bronx. Su origen parecía ser un centro deportivo: el Maccabeen *Sport* Club.

Como derivación del club, en el período álgido de la lucha por la constitución del estado de Israel, había surgido una organización secreta encargada de recaudar fondos entre sus hermanos de raza. La organización —contraria en su forma clandestina de actuación a las leyes americanas— degeneró pronto en una banda de facinerosos.

—Sus extorsiones, robos y crímenes caen de lleno dentro del campo de actuación de la Policía. Pero hay algo que nos afecta de lleno y eso es lo que nos importa descubrir.

No sabemos ni quién dirige la banda ni quiénes la integran. Ignoramos incluso si se trata de un grupo o de dos. Yo más bien me inclino por lo segundo. Supongo que al margen de los Maccabeens

—un grupito de indeseables que actúan como vulgares «gangsters» y explotan algunos garitos en High Street—, debe haber otro núcleo compuesto de personas más inteligentes y peligrosas que es fundamentalmente el que nos interesa.

Para tratar de descubrir a dichos individuos Peter Harris, que pese a su nombre y apellido era judío, conocía a fondo el «yiddish»[3] y tenía muchos amigos entre sus hermanos de raza, había frecuentado el Maccabeen *Sport Club*, logrando entrar en contacto con un tal David, que evidentemente pertenecía al grupo de «gangsters», para intentar llegar de este modo a la cabeza de la organización. El día antes de su muerte había dicho por teléfono al inspector Leissen que esperaba tener pronto en sus manos todos los hilos de la trama. Prometió verle al jueves siguiente. Desgraciadamente, el miércoles encontraron su cadáver en las aguas del East River.

—Es demasiada casualidad para que pueda creer en un accidente. Pese a lo que el informe médico parece indicar, sigo creyendo en un asesinato.

Leissen conocía la estrecha amistad que siempre había unido a Harris y Gould. Ahora pretendía que Nigel ocupase el puesto dejado vacante por Peter. Tenía que llevar adelante las investigaciones que se vieron trágicamente truncadas.

—Pero yo no soy judío ni sé una sola palabra de «viddish» —protestó Gould.

—Ni falta que hace. Tienes que seguir un método distinto al empleado por Harris. Si intentaras introducirte en la organización terrorista acabarías como él. Basta y sobra con que descubras a sus asesinos.

La tarea no parecía fácil ni sencilla. En primer término no existía prueba alguna de que Peter no hubiese muerto en un accidente casual.

En segundo lugar, no se conocía gran cosa de sus andanzas desde que se lanzó a la peligrosa tarea encomendada por el inspector Leissen. Tan sólo se sabía que había andado por el gimnasio del Maccabeen y que hizo amistad con un tipo llamado David, pero...

—Es el nombre más corriente entre los judíos y sólo en el Eats Side tiene que haber diez o doce mil que lo lleven.

La única pista posible era una mujer. Leissen conocía su domicilio y su nombre. Se trataba de una maestra llamada Esther Rawson, profesora de la Primary School de East Side Drive. Un agente vio a Peter acompañándola una semana antes de su muerte, y el inspector consideró oportuno hacer con tacto y discreción algunas averiguaciones respecto a la joven. Era una muchacha inteligente y bonita, nacida en Nueva York, pero cuyos padres procedían de la Europa central. Pese a que como tantos otros inmigrantes o descendientes de inmigrantes su apellido había cambiado, Esther era de raza judía. Al parecer, Peter la acompañó varias veces.

—Aunque esto puede significar simplemente que le agradaba la chica —hubo de reconocer Leissen.

Se ignoraba en absoluto si podía tener relación alguna con los individuos cuyas turbias actividades trataba de investigar Harris ni con la muerte de éste. Sin embargo, podía ser un punto de partida para las averiguaciones de Nigel. Cuando tan poco se sabía acerca de los pasos de Peter, no debía descuidarse ninguna posible fuente de información.

Con ánimo resuelto, Gould se lanzó a la tarea. Visitó la estación de Policía de Lower East Side, cuyos agentes habían intervenido en la recogida del cadáver de Harris. Clyve Walcott, teniente de la Policía, le recibió con amabilidad y le dio toda clase de informes.

A su parecer no existía duda posible: se trataba de un vulgar accidente. El infortunado agente debió caerse al agua, pereciendo ahogado. ¿Un atentado? Rechazaba de plano la idea. El dictamen médico era concluyente. Aparte de que los muelles estaban bien vigilados y no sería fácil tirar a un hombre al agua sin que los guardias se enterasen. Especialmente si la víctima era persona joven y fuerte, que necesariamente ofrecería resistencia a los intentos de sus enemigos.

La gente tiene demasiada fantasía, amigo mío. Ve crímenes por todas partes. Afortunadamente, por lo que respecta al East Side, se equivoca casi siempre.

El barrio tenía mala fama. El hecho de que allí residieran una mayoría de italianos y judíos pobres —muchos de ellos llegados recientemente del otro lado del mar—, hacía pensar a los aficionados a la truculencia que sus callejuelas angostas, sucias y

mal alumbradas debían ser escenario de frecuentes tragedias.

La realidad, por suerte, era muy distinta. En general, los vecinos no se preocupaban de otra cosa que de trabajar esforzadamente, procurando abrirse camino en la vida. Había, sí, algunas peleas callejeras; pero ni tenían la menor importancia ni diferían de las que solían producirse en cualquier otro arrabal de la inmensa ciudad. Aunque había gente llegada de todos los puntos cardinales, eran personas honradas y pacíficas.

—¿Los Macabeos también? —preguntó intencionadamente Nigel.

Su interlocutor sonrió. Entre todas las historias que circulaban respecto a Eats Side, acaso ninguna tan fantástica como aquélla. Los Macabeos no fueron nunca, como la imaginación popular pretendió, una organización terrorífica.

Se trataba, simplemente, de algunos judíos exaltados que procuraban recaudar fondos para enviarlos a Palestina; pero cuando la guerra estalló, los fanáticos resolvieron irse allá para luchar personalmente y Los Macabeos desaparecieron. Quedaba, claro está, el Maccabean *Sport* Club de donde algunos de ellos habían surgido, pero se trataba de un gimnasio que funcionaba a la luz del día y de un club deportivo que ninguna inquietud producía a las autoridades.

—No digo que los hebreos del East Side sean todos almas angelicales: pero sí que entre ellos no hay ningún Capone, Costello, Luciano o Dillinger.

Algo más inquietos y turbulentos eran los italianos, divididos entre sí por rencillas profundas o soñando con emular las hazañas de los grandes «maffiosi». Pero si alguno quería transformar sus sueños en realidades...

—Abandona con presteza el barrio, buscando campo más lucrativo para sus actividades.

La charla con Walcott resultó poco esperanzadora para Nigel. El teniente parecía interesado en tirar por tierra las suposiciones del inspector Leissen. Tan sólo ofreció un punto de relativo interés. Fue una alusión, de pasada y muy a la ligera, de una riña tumultuosa en el Sorrento.

Sin muchas esperanzas de sacar nada en limpio, y únicamente porque la pelea tuvo lugar la tarde antes de aparecer el cadáver de

Harris, Gould se dio una vuelta por allí. Advirtió que el «barman» tenía casi cerrado el ojo derecho y muy hinchado el pómulo del mismo lado. Dos de los concurrentes, sentados a una de las mesas, mostraban también en el rostro huellas de golpes asestados con dura contundencia.

Nigel tomó asiento junto a la barra, trasegó unos vasos de «whisky» y, con cierta habilidad, quiso sondear al «barmans». No necesitó esforzarse mucho. Boniperti era un tipo cuarentón y locuaz, al que no era preciso tirar demasiado de la lengua para hacerle hablar. Aparte de que la pelea de dos días antes era allí casi el tema único de todas las conversaciones.

Gould conoció así una versión completa del suceso, presentado como es lógico desde el punto de vista más favorable para el caballero del mostrador y demás compadres. Según Boniperti, un judío astroso, fingiéndose borracho, había entrado en el bar sin otro propósito que insultar a los italianos. Reaccionando con presteza quisieron darle su merecido, pero varios compinches que le guardaban las espaldas sacaron las pistolas y les tuvieron con los brazos en alto mientras el supuesto borracho les pegaba a placer.

—Eran de esos cerdos Macabeos. Tuvieron suerte que no estuvieran por aquí Filippini. Les hubiese hecho bailar al son del «ukelele».

Dos de los contertulios terciaron entonces. Su relato discrepaba un tanto del de Boniperti. La intervención de los amigos del agresor no se había producido allí, sino en mitad de Old Hall Street cuando ya habían echado mano al supuesto borracho para darle su merecido.

—Tuvimos que soltarle. Manejaban unas «typewriters» y nosotros no teníamos más que las manos.

Pero hubieran sacado las armas allí o a unos metros de distancia, el hecho era el mismo. Y —lo que era más interesante para Nigel—, nadie parecía dudar de que se trataba del grupo terrorista judío que llevaba como bandera el nombre de los heroicos hermanos defensores de Israel. A una pregunta de Gould, uno de los presentes, replicó:

—¡Seguro que lo eran! Conocí incluso al tipo que disparó. Es un «killer» llamado David.

La mención de este nombre centuplicó el interés de Nigel. No

tuvo inconveniente en convidar a todos los presentes, con tal de seguir hablando.

Por fuerza tenía que formularse en su fuero íntimo una pregunta: ¿no sería aquel individuo el mismo David con quien se había relacionado Peter Harris? No era posible, naturalmente, que ninguno de los clientes del Sorrento diese una respuesta. Máxime cuando ni el mismo individuo que afirmaba haberle reconocido parecía ni siquiera enterado de su apellido.

Convencido de que nada lograría averiguar sobre dicho individuo, Nigel concentró su atención en el supuesto borracho, promotor del escándalo. Aquí los datos fueron más concretos y categóricos. Eran varios los que le conocían de nombre y que incluso estaban enterados de su historia. A creer sus afirmaciones el pasado de Sansón Bailey tenía tan poco de ejemplar como su presente. Era un tipo corpulento, de fuerzas hercúleas, de aspecto brutal, con inteligencia de mosquito y sin escrúpulos de ninguna clase. Jamás se había ganado la vida con un trabajo honrado. De chico formó parte de un grupo de pilletes judíos que frecuentaban los mercados procurando robar cuanto se ponía a su alcance.

De mayor quiso ser boxeador y pudo triunfar porque no le faltaban condiciones para ello. Cuando derrotó al alemán Klein fue considerado poco menos que como una gloria de su raza. Lo echó todo a perder porque era un borracho contumaz. Prefería una botella de «*whisky*» a una hora de entrenamiento. El resultado no podía ser más que uno: que su fama se hundiese verticalmente a medida que se sucedían las derrotas vergonzosas. Después...

—Vive a costa de las mujeres. Ahora mismo hay una tal Rebeca que le mantiene.

Mentalmente, Nigel anotó las señas de Rebeca y cuanto se refería al aspecto y a las andanzas de Sansón Bailey. Aquel individuo podía ser, en sus futuras investigaciones, tan interesante o más que el propio David. ¿Pertenece también a Los Macabeos? Alguno se atrevía a afirmarlo, pero la mayoría lo negaba en redondo. Ni siquiera aquellos forajidos querrían codearse con él. Aunque hubieran salido en su defensa en un momento de apuro.

—Cuando haya quien le mate, deberían darle las gracias por haber ahorrado trabajo al verdugo.

Había algo que el agente especial no acababa de comprender. Si

tanto Boniperti como sus amigos conocían al promotor del escándalo e incluso parecían saber el nombre del individuo que tiró, no sólo contra ellos, sino contra dos agentes uniformados, ¿por qué no acudían a la Policía para denunciarlos? Mirándole, receloso, Boniperti gruñó:

—No somos chivatos, amigo. Este asunto tendremos que arreglarlo nosotros. He avisado a Filippini. Si se tropieza con él...

—Perderíamos el tiempo —repuso otro—. Esos cerdos judíos tienen a la «bofia» en el bolsillo. El teniente Walcott les quiere tanto, que siempre les da la razón. ¡Cómo manejan tanta pasta...!

Podía ser una calumnia provocada por el despecho, pero también tener un fondo de verdad. Por lo menos, como Nigel había tenido ocasión de comprobar, Clyve Walcott parecía demasiado interesado en alejar toda sospecha de los ya famosos Macabeos.

Al entrar en el Sorrento, Gould tenía intención de hacer hora para ir a esperar a Esther Rawson a la salida de sus clases en la Primary School. Después de hablar con Boniperti y sus amigos, cambió de manera de pensar. Se le había ocurrido repentinamente una idea y quería ver si podía tener algún fundamento serio.

Tomando un «taxi», abandonó el Lower East Side, marchando a la 87th Street. En el número 425 vivía William S. Forrestal, un viejo abogado criminalista. Nigel le conocía bien; llevaba treinta años actuando en los tribunales y era una enciclopedia viviente; tenía una memoria privilegiada, un formidable archivo de todas las causas célebres o curiosas y una inteligencia clara y despejada.

Recibió amablemente a Gould, escuchó su pregunta, quedó pensativo unos minutos y luego replicó:

—Sí; es posible matar a una persona, ahogándola, sin dejar señales, en forma que pueda creerse en un accidente. Basta con sujetarla dentro del agua hasta que pierda el conocimiento. Si previamente se la ha envuelto en una manta gruesa, será muy difícil que queden huellas claras del «trabajo» del asesino.

Recordaba un caso ocurrido veintidós años antes en Nueva Orleans. Un negro apareció ahogado en el Mississipí, y nadie concedió a su muerte la menor importancia, por creer que se trataba de un accidente casual. Sólo unos meses después, cuando otros dos negros se pelearon y uno de ellos quedó malherido, pudo saberse, por la confesión del moribundo, que entre él y su matador

habían asesinado al que fue encontrado ahogado, echándole una manta sobre la cabeza a orillas del río y metiéndose en el agua y sujetándole por espacio de unos minutos.

—¿Y no podría lograrse lo mismo incluso en un cuarto de baño?

—Quizá. Pero haría falta un hombre de fuerzas hercúleas para dominar la resistencia de la víctima.

Bien. Nigel tenía ya una hipótesis. Ahora, sólo necesitaba encontrar a aquel Sansón Bailey y tratar de comprobar, mediante un hábil interrogatorio, si su teoría era exacta.

Empleó las pocas horas que le quedaban de la tarde en buscar a Rebeca. Se encontró con una mujer cuarentona, opulenta de carnes y no muy sobrada de encantos, de manos grandes, nariz ganchuda y mirada recelosa. Le recibió con abierta hostilidad, respondiendo con brusquedad a sus preguntas.

—Busque por otro lado. Hace días que no le veo el pelo.

Pese a la actitud nada amistosa de la mujer, que parecía interesada en dar por terminada la charla, Nigel se quedó un rato. Advirtió pronto que Rebeca estaba despechada y celosa. Habilidadosamente supo excitar sus celos, obligándola a soltar la lengua. La dueña del cafetucho acabó por expresar con claridad sus rencores. Sansón la había sacado días antes un puñado de dólares, prometiéndola volver al anochecer, pero no había aparecido.

—¿No teme que le haya pasado algo? —inquirió Nigel, fingiendo una solicitud extremada—. Tuvo una pelea en el Sorrento y esos italianos...

—¡Bah! Todos los italianos juntos no podrían con él. Se trata de una individua que...

Rebeca dio rienda suelta a sus ofensas. Alguien había visto a Bailey la noche anterior en compañía de una mujer elegante y llamativa. Sabía de quién se trataba. Era una tal Sarah Slater —«una perdida»—, que andaba tras de Sansón en cuanto tenía algún dinero. Y ahora debía tenerlo, porque incluso iba con un traje nuevo.

—Mientras le duren los cuartos no le soltaré. Luego, cuando le haya exprimido, le dejaré tirado, como de costumbre. Entonces volverá por aquí, pero esta vez...

De creer a Rebeca, aquella Sarah —una «wamp» de menor cuantía— se había comido los últimos dólares de Bailey en sus

postreros tiempos de boxeador. Luego, ambos se habían dedicado a un negocio bastante sucio, hasta que un día le abandonó con los bolsillos vacíos y en situación comprometida. Nigel quiso saber en qué habían consistido aquellas actividades nada recomendables, pero su interlocutora no se mostró dispuesta a complacerle. Receló que pudiera ser un policía y temió haber dicho demasiado.

—¡Olvídelo, amigo! Si Sansón supiera que he hablado nada de esto...

Sin embargo, no tuvo inconveniente en decir que Sarah se hospedaba en el Jericho Hotel, en la parte judía del Bowery, añadiendo que aquella «perra» merecía pasarse unos cuantos años «a la sombra».

Dejando a la mujer con la palabra en la boca, Nigel marchó al Jericho Hotel. Sarah Slater se hospedaba allí, en efecto; pero había salido y seguramente no volvería hasta la hora de cenar. Como no eran más que las seis de la tarde, decidió darse una vuelta por el Maccabeen *Sport Club*.

El gimnasio estaba lleno de gente. En tres «*rings*» diferentes, diversos aspirantes a boxeadores realizaban su aprendizaje propinándose verdaderas palizas, en medio de la algazara de los espectadores; otros muchos endurecían sus puños en el saco o adquirirían precisión en los «*punching-balls*»; no faltaban tampoco los que hacían «sombra», lanzando puñetazos al aire y persiguiendo a un enemigo imaginario.

Gould interrogó a diez o doce individuos, pero no tuvo la menor suerte. Sólo dos parecían recordar el nombre de Sansón Bailey, aunque afirmaban que hacía años que no aparecía por allí; en cuanto a Peter Harris o su amigo David, nadie sabía una sola palabra de ellos. Perdió un par de horas hablando con unos y con otros, sin conseguir absolutamente nada.

Fracasó luego en su intento de ver a Esther Rawson. La maestra cenaba aquella noche con una compañera en Brooklyn y era probable que se quedase a dormir en su casa. Un poco cansado de tantas idas y vueltas inútiles, marchó de nuevo al Jericho Hotel, para encontrarse con que *miss Slater* no había regresado ni nadie sabio a qué hora podría hacerlo.

Convencido de que por aquella noche no había que hacer, regresó a Centre Street para conversar con el inspector Leissen. Su

primer día de trabajo no había dado los frutos apetecidos; no había dado con aquel escurridizo David y ni siquiera logró entrevistarse con Esther. De cualquier forma, no podía estar descontento. Creía haber encontrado una explicación a la muerte de Harris e incluso el nombre del asesino.

—Porque muy bien pudo ser ese Bailey, posiblemente en colaboración con su amiguita Sarah.

Pidieron las fichas de ambas. Sansón había sido detenido en diez ocasiones distintas por embriaguez, escándalo público y riñas tumultuosas. En otras tres se le acusó de haber participado en sendos atracos, pero hubo que dejarle en libertad por falta de pruebas, aunque nunca pudo justificar sus medios de vida. Se sabía, aunque no se le pudiese condenar por ello, que había sacado dinero a diversas amigas suyas.

Los antecedentes de Sarah Slater tampoco tenían nada de halagüeños. Había sufrido pequeñas condenas en Chicago y Filadelfia por dedicarse a una profesión vergonzosa, prohibida por las leyes americanas. En el propio Nueva York anduvo mezclada en el tráfico de drogas y en un asunto oscuro y turbio, del que resultó víctima un caballero, al que llevó engatusado a un garito, donde le limpiaron los bolsillos.

—¡Buena pareja! —murmuró el inspector—. Nada me extrañaría que hubieran sido éstos los que dieron el disgusto al pobre Peter. Ya puedes andarte con pies de plomo, si no quieres seguir la misma suerte. ¡Qué gentecita! Son carne de horca...





NIÑO:

**Ahora estás a tiempo de coleccionar  
AVENTURAS DEL F. B. I.  
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!**

### III

## TRAICIÓN



N los ojos de la muchacha se veía una expresión sincera de asombro y pesar. Guardó silencio por espacio de unos segundos. Luego, en tono emocionado, inquirió:

—¿Está seguro de que Harris ha muerto?

—Completamente. Hace tres días que encontraron su cadáver flotando sobre las aguas del East River.

—¿Ahogado? ¡Imposible! Si nadaba como un pez...

—Seguro. Pero también lo es que murió. Aunque quizá su muerte no fuera, como parecía, un sencillo y doloroso accidente.

—¿Qué pretende insinuar? —preguntó la joven, mirándole con fijeza.

—Que Peter Harris fue asesinado —afirmó, con calma, Nigel Gould, sin apartar los ojos del rostro de la muchacha.

Esther Rawson lanzó un grito de sorpresa. Luego, las preguntas se agolparon en sus labios. ¿Qué motivos tenía para sospechar un crimen? ¿Quién podía tener interés en eliminar a Peter? ¿Acaso llevaba encima mucho dinero y el robo fue el móvil del asesinato? Nigel movió negativamente la cabeza. Con voz pausada, replicó:

—Cuando le recogieron tenía en la cartera ciento cincuenta dólares; no creo que manejase nunca mucho más dinero. Desde luego, quienes le mataron no lo hicieron por robarle.

—Entonces, ¿por qué?

—Por la sencilla razón de que sabía demasiado y su vida era un estorbo para los que decidieron eliminarle.

—Pero ¿quiénes podían tener interés en matarle?

—Eso es precisamente lo que quiero averiguar y el motivo primordial de mi visita, *miss* Rawson.

—¿A mí? Y ¿qué puedo saber yo? —preguntó, sorprendida, la joven.

—Por ejemplo, cómo se apellida y dónde podría encontrar a un tal David, que durante los últimos días fue visto en diversas ocasiones en compañía de Peter Harris. ¿No querría decírmelo?

Nigel había resuelto hablar con claridad a la muchacha. Desde un primer instante, Esther Rawson le impresionó favorablemente. Era una belleza serena, de grandes ojos claros, en contraste con la negrura de su pelo; de labios finos y cara morena, sin retoques ni afeites de ninguna clase. Y tan sin retoques ni afeites como su cara parecía su ánimo. Daba la sensación de expresar siempre su pensamiento con absoluta sinceridad. Miraba de frente a su interlocutor y, pese a que había en ella cierto aire adolescente, casi infantil, hablaba con seguridad y aplomo.

Gould iba predispuesto contra ella, suponiendo que podía ser la sirena que hubiese hundido a Peter Harris. Pero al verla, al cambiar las primeras palabras, sus recelos se esfumaron de golpe. Esther parecía total y absolutamente incapaz de mentir.

Respondía con claridad a sus preguntas. Harris la había acompañado en diversas ocasiones desde la Primary School a su casa. ¿Novios? La muchacha lo negaba en redondo. Simpatizaban, porque ambos tenían muchos gustos semejantes, pero nada más. En

sus charlas hablaron esencialmente de su raza —los dos eran hebreos— y de la necesidad de apoyar a quienes en Palestina daban nueva vida, al cabo de dos milenios de incesantes persecuciones, al viejo Estado de Israel.

Porque Esther no negaba ni su raza ni sus simpatías. Creía que el pueblo perseguido tenía perfecto derecho a constituir su hogar nacional y que todos los judíos, especialmente los norteamericanos por ser quienes se hallaban en mejores condiciones económicas, debían colaborar en su apoyo y ayuda.

—Ya va siendo hora de que los judíos dejen de ser extranjeros en todas partes y no vuelva a repetirse lo ocurrido en Alemania durante la dominación hitleriana.

Nigel la daba la razón en este punto concreto. Pero una cosa era que los hebreos aspirasen a reconstruir una nacionalidad desaparecida veinte siglos antes, y otra muy distinta que dicha lógica pretensión sirviera de patente de corso para que unos forajidos pudiesen robar y asesinar con absoluto desembarazo. Y uno de tales indeseables podía ser, precisamente, aquel David.

—Sí, conozco a David —repuso, tras ligera vacilación, la muchacha—. Le vi dos veces en compañía de Harris. Desgraciadamente, no recuerdo su apellido.

—¿Por qué no intenta recordarlo?

—¿Acaso supone que David pudo matarlo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque David, si no me equivoco, pertenece a un grupo de facinerosos. Y Peter Harris era un agente especial del F. B. I., encargado de perseguirles.

—¡Un agente federal! —exclamó, sorprendida, Esther—. Entonces, ¿usted...?

—También lo soy —repuso con firmeza Gould—. ¿Hablará ahora?

La joven le miró silenciosa, con un gesto de recelo en el semblante. Nigel se creyó en el caso de explicar la situación. Los Macabeos constituían una partida de indeseables, que pretendían ocultar sus delitos bajo una bandera idealista. En realidad, no luchaban por ninguna causa justa y noble. Hacía años que ni un solo centavo de los recaudados por ellos iba a parar al Gobierno de

Tel-Aviv

ni a ninguna organización responsable de Israel.

Actuaban como «gangsters» y no eran otra cosa que «gangsters». Explotaban el juego, traficaban con estupefacientes, cometían atracos, robos y crímenes. Con ellos podían y debían estar tipos como Sarah Slater o Sansón Bailey, pero nunca las personas decentes. David sería, quizá, uno de sus jefes. ¿Se negaría Esther a colaborar con la Policía en contra de los asesinos de Harris?

Era claramente visible la impresión que las palabras de Nigel producían en la muchacha. Sin embargo, no acabaron de decidirla a hablar en la forma deseada por su interlocutor. Repitió que ignoraba el apellido de David, así como dónde podría encontrarle. Añadió, no obstante, que algunos amigos suyos le conocían. Hablaría con ellos y, cuando estuviese enterada, se lo diría.

Gould comprendió perfectamente lo que pasaba por el ánimo de Esther. Estaba un poco espantada por el cuadro que Nigel había presentado ante sus ojos, pero no acababa de creerle. Era muy posible que le prestase toda clase de ayudas contra unos forajidos, pero antes tenía que convencerse de que lo eran realmente.

—«Okay», amiga. Tómese el tiempo que quiera para reflexionar y hacer averiguaciones. Pero ándese con cuidado. No se fíe de esos tipos ni pretenda avisarlos. Sería muy peligroso para todos. Incluso para usted.

—Descuide, Gould. Si lo que me ha dicho es verdad, tendré tanto interés como usted mismo en desenmascarar a esos miserables.

Al dejar a la muchacha, Nigel encaminó de nuevo sus pasos a Bowery. Tenía la esperanza de encontrar a Sarah en el hotel y no se vio defraudado. El encargado del «comptoir» le informó de que mis Slater no había salido todavía de sus habitaciones. Podía informarla por teléfono de que un caballero deseaba verla.

—No se moleste. Somos viejos amigos. Prefiero subir a verla.

Sarah ocupaba una lujosa «suite» en la planta principal del edificio. Las ventanas del saloncito en que recibió a su visitante daban a una callejuela estrecha, en la que había parado un automóvil, al parecer vacío. Nigel no dirigió a la callejuela más que una simple mirada, interesado en observar a *miss* Slater.

Era una mujer de belleza provocativa; de grandes ojos verdes,

nariz ligeramente respingona y boca roja, correctamente dibujada; era alta, metida en carnes, de piernas bien torneadas que gustaba de exhibir. Ahora iba envuelta en un simple salto de cama, aunque estaba ya perfectamente maquillada; en sus dedos relucían las piedras de unas cuantas sortijas; los brillantes eran demasiado grandes para ser buenos.

Tras responder al saludo de Nigel, se dejó caer en uno de los sillones, cruzó las piernas, dirigió a su visitante una sonrisa incendiaria y habló:

—Me dijeron que vino dos veces anoche a preguntar por mí. Parece que tenía mucho interés en verme, ¿no? Sin embargo, por más que me esfuerzo no consigo recordarle.

—Es un poco difícil —replicó Gould—, porque es la primera vez que nos vemos.

—¿Entonces?...

—Quería que tuviese la bondad de decirme dónde podría ver a un amigo de ambos, al que tengo mucho interés en encontrar: Sansón Bailey.

—¿Dice que es amigo suyo? —inquirió Sarah, de cuyo rostro había desaparecido repentinamente la sonrisa.

Nigel asintió con un leve movimiento de cabeza. Luego, asaltado por un repentino presentimiento, añadió:

—Nos conocimos en Baltimore y...

—¿En Baltimore? —inquirió, con un asombro difícil de disimular, la mujer.

—Sí. ¿Por qué la sorprende?

Sarah tardó unos segundos en responder. En sus ojos pudo ver Nigel una huida inquietud. Hizo un esfuerzo por serenarse. Luego, con aparente indiferencia, repuso:

—Por nada. Únicamente que no sabía que Bailey hubiera estado en Balt.

—¡Pues estuvo, vaya si estuvo! Sólo unos días, desde luego; pero el tiempo suficiente para que pudiera hacerle un pequeño favor. Tenía cierta prisa en largarse de allí y yo...

El ruido de unos pasos cercanos le impidió terminar la frase. Se volvió a tiempo de ver que la puerta de la alcoba se abría y en el umbral se recortaba la silueta de un individuo de extraordinaria corpulencia, que le miraba con gesto ceñudo. Gould comprendió en

el acto que se trataba de Sansón Bailey.

—¿Preguntaba por mí, amiguito? —inquirió el recién llegado, dando un paso al frente.

—Seguro. Necesitaba encontrarle para...

—Para algo que va a decirme sin demasiados rodeos —le interrumpió Sansón—. He oído lo que contaba a Sarah, pero ni es usted amigo mío ni jamás nos vimos las caras.

—¿Es que ya no se acuerda del Splendid Hotel, de Balt? —insistió, procurando conservar la calma, Nigel.

—Ni sé dónde está ese hotel —mintió, irritado, Bailey— ni he puesto los pies en Baltimore. ¡Déjese de comedias, amigo, y hable clarito! ¿Qué quiere de mí?

Gould vaciló un instante. No estaba seguro de que aquel individuo estuviera solo; tampoco que, pese a la contundencia de sus puños, tuviera muchas posibilidades de éxito frente al exboxeador. Resolvió intentar desconcertarle con un golpe de audacia, diciendo claramente la verdad:

—Que me diga cuánto sepa acerca de Peter Harris.

—Eso es chino para mí —repuso Sansón—. ¿Quién es Peter Harris?

—Un amigo mío que apareció hace tres días ahogado en el East River. Si no estoy equivocado, usted...

Mientras hablaba procuraba llevarse con disimulo la mano al costado izquierdo, tratando de asir la culata de la pistola. Si llegaba a tenerlo en la mano podría hablar en tono muy distinto a aquel tipo y a cuántos estuviesen con él.

Pero Sansón Bailey había previsto algo semejante y estaba alerta, con todos los músculos en tensión. Ahora no perdió el tiempo en advertencias inútiles. Dio un paso al frente y alargó el puño izquierdo, lanzándolo con terrible violencia contra la boca del estómago de Gould, Nigel sintió un dolor intenso, como si la cox de un mulo le alcanzase de lleno.

Impulsado por el dolor, se dobló hacia adelante, mientras se esforzaba por manejar el arma que acababa de sacar. Pero nuevamente su contrincante fue más rápido. El puño derecho de Bailey alcanzó con matemática precisión la punta de la barbilla de Nigel, que experimentó una violenta sacudida, mientras la habitación entera parecía bailar ante sus ojos.

Con un esfuerzo desesperado trató de mantenerse en pie, de ver a su enemigo, de levantar el arma que empuñaba para meterle unos balazos en el cuerpo. No consiguió nada de esto. Los puños de Bailey tornaron a golpearle con terrible eficacia y dos segundos después aparecía tendido en el suelo, con la cara bañada en sangre.

—¡Buen trabajo, muchacho! —aprobó David Kalmus, que había salido de la alcoba pistola en mano, a tiempo para ver derrumbarse a Nigel—. Ni el mismo Joe Louis lo habría hecho mejor.

—Apuesta que no —gruño, satisfecho, Sansón—. Todavía tengo un millón en cada puño.

—La pena es que los tengas constantemente en alcohol —repuso, en tono despectivo, Sarah.

—Cierra el pico, si no quieres que te lo cierre yo de un tortazo —amenazó Bailey.

La mujer no parecía demasiado impresionada por la amenaza y contestó con palabras hirientes para Sansón. David tuvo que mediar, para impedir que la pareja se enzarzase en una pelea. Había que aprovechar los minutos, antes de que Gould volviera en sí.

—¿Qué hago con él? ¿Lo mismo que con el otro?

—Lo decidiremos más tarde. Ahora vamos a llevármolo. El «boss» quiere hablarle.

—¿Para qué? Ya sabemos que es un «poli», y cuanto antes le liquidemos...

—Sobrará tiempo después; antes tenemos que enterarnos de cuánto sabe.

—Más de la cuenta —afirmó, preocupado, Bailey—. Ese tipo parece enterado de todo. ¿Quién ha podido darle el chivatazo?

—Tendrá que decirlo. Para eso necesitamos interrogarle. Pero no aquí, naturalmente.

Indicó a Bailey que cogiese al desmayado agente de un brazo, mientras él lo hacía del otro. Metiéndole mucho el sombrero, limpiándole un poco la cara y subiéndole el cuello de la trinchera, lo sacarían entre los dos por la puerta trasera del hotel, como si estuviese un poco mareado, hasta meterle en el automóvil, que tenían esperándoles en la callejuela.

—¿Y el portero? —preguntó, receloso, Sansón.

—Sam es de los nuestros. Aunque le hagan pedazos, no dirá una sola palabra.

Se disponían a llevarse a Nigel, cuando Sarah intervino de nuevo para aconsejar:

—¡Ojo no se os largue ese «pajarraco»! Sabe hasta lo de Baltimore y...

—Si tú no te hubieras ido de la lengua —la interrumpió, iracundo, Bailey—, nadie sabría una sola palabra.

—Pues no fui yo quien se lo dijo ni tampoco que andabas por aquí tú. ¿Por qué no guardas los humos para meter en cintura a tu amiga Rebeca? Claro que la tienes miedo por...

Soltando a Gould, Sansón avanzó sobre ella, gruñendo, irritado:

—¿Miedo yo? Repite eso y te tiro por la ventana...

Indignado, Kalmus tuvo que chillar, para volverles a la razón. Era estúpido que en un momento de peligro, cuando la «bofia» podía presentarse, cogiéndoles «in fraganti», perdieran el tiempo en peleas idiotas.

—Si continuáis así, me largo y ya veréis cómo salís solos del atolladero.

Comprendiendo que tenía razón, Bailey tornó a su lado, dispuesto a cargar con el cuerpo desmayado de Nigel, pero sin dejar de dirigir miradas rencorosas a Sarah. David abrió la puerta del pasillo para dejarse pasar. A modo de despedida, indicó a la mujer:

—Y tú no pierdas el tiempo. Vístete aprisa y desaparece de aquí. Si la «Poli» te encuentra vas a pasar un rato bastante amargo...

Sarah hubiera deseado que la esperasen para marchar en su compañía, pero Kalmus no quería perder más tiempo. En vestirse y recoger sus cosas, la mujer tardaría quince o veinte minutos; Gould podía volver en sí entre tanto y armar un buen escándalo.

—Coge un coche y vete donde sabes. Nosotros iremos delante.

Un minuto después cruzaban por delante de Sam, el portero de la puerta trasera del Jericho que no les hizo la menor pregunta. Nadie les vio meter el cuerpo desmayado de Nigel en el «Hudson» que les estaba esperando. David tomó el volante, aconsejando a Bailey, en el momento de poner el coche en marcha:

—¡Cuidado con ese tipo! No quiero alborotos ni escándalos.

—Descuida. No se moverá.

Cruzaron a buena velocidad distintas calles, sin el menor entorpecimiento. De pronto, Kalmus sintió un ruido en el interior del vehículo. Sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. Empezaba a moverse y tuve que dormirle de nuevo.

—Con tal de que no le hayas matado.

Bailey se encogió de hombros. No creía que se perdiera gran cosa con liquidar sin tardanza a aquel individuo que tan enterado parecía de cuanto le atañía directamente. Pero no había cuidado; le pegó con cierta dureza, más no lo suficiente para hacerle emprender un viaje sin retorno posible.

Hubo un instante, sin embargo, en que creyó haberse excedido. Fue cuando al llegar al punto en que Jacob Wieszman les aguardaba —un hotelito de las afueras de Brooklyn, en Williamsburg Drive— tuvieron que sacar a Gould y conducirlo a una de las habitaciones interiores sin que recobrase el conocimiento.

—Eres un bestia, Sansón —gruñó, irritado, David—. Te dije que tuvieras cuidado.

Pronto, el mal humor de Wieszman y Kalmus se disipó, al advertir que Nigel estaba tan sólo desmayado. Tardaría más o menos tiempo en recobrar el conocimiento, pero no tenían prisa. Dejándole en un sillón, bajo la directa vigilancia de Bailey, pudieron ocuparse de otras cosas. En la media hora que duró la inconsciencia del agente, fueron varias las personas que llegaron hasta el hotelito. Y dos de ellas —Sarah Slater y Aaron Jessup— se hallaban en el saloncito, en compañía de Wieszman, David y Sansón, cuando Gould abrió de nuevo los ojos.

Antes de abrirlos, sin embargo, permaneció un rato inmóvil, pero ya consciente, tratando de recordar lo sucedido, mirando a hurtadillas a todos los presentes y procurando averiguar cuál era su situación. Escuchó con atención lo que hablaban, pero tan sólo logró oír unos cuantos nombres. Había, no obstante, varias cosas que aparecían como indiscutibles. La primera de todas que no se encontraba ya en el Jericho Hotel, de Bowery; aprovechando su desmayo, le habían conducido a otro lugar, posiblemente una de las guaridas de los famosos Macabeos, «gang» al que debían pertenecer cuantos le rodeaban, cuyos nombres y fisonomías revelaban un inconfundible origen semita.

Se dio cuenta también de que sus enemigos, posiblemente por no considerarle de ningún peligro, no se habían molestado en atarle las manos. Ninguno de ellos, por otro lado, empuñaba un arma,

aunque cabía suponer que no las tuvieran lejos del alcance de la mano. ¿Habrían sido tan descuidados como para dejarle la que llevaba en el bolsillo del pantalón, creyendo que únicamente disponía de la que portaba en la sobaquera? Si así fuera, podría darles un disgusto más que regular, incorporándose de pronto y cubriéndoles con el cañón de la «Walker».

Con terrible lentitud fue acercando la mano al bolsillo del pantalón. Sufrió una grave decepción: la pistola había desaparecido. Tenía que cambiar sus planes. ¿No sería posible engañarlos? Debía intentarlo, por lo menos. En el peor de los casos, procuraría confiarlos; sería muy difícil, solo y desarmado como se hallaba, vencer a cuatro hombres, uno de los cuales —aquel Bailey de rostro repulsivo y fuerzas hercúleas— no le perdía de vista un solo segundo, pero era preciso jugárselo todo a una sola carta...

—Me parece que ese cerdo empieza a rebullir...

Nigel comprendió que no podía seguir por más tiempo fingiéndose desmayado. Abrió los ojos, miró con aire sorprendido en torno suyo y lanzó la pregunta que parece inevitable en tales casos:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Donde querías ir, amiguito, y con las personas que buscabas —repuso, irónico y sonriente, David Kalmus.

—¿Cómo he venido aquí y quiénes son ustedes? —Tornó a preguntar Gould.

—¡Basta de tonterías, muchacho! —intervino en tono enérgico Wieszman—. No eres tú, sino yo, quien tiene derecho a preguntar. Y vas a contestarme de corrido o tendrás que sentirlo. ¿Entendido?

—Le aseguro —repuso Nigel, fingiendo un asombro que estaba muy lejos de sentir— que no comprendo absolutamente nada. ¿Qué quiere que le conteste y por qué me amenaza?

—Mis palabras son algo más que una amenaza. Y en cuanto a mis preguntas, ahí va la primera: ¿quién te dio el encargo de buscar a David Kalmus y Sansón Bailey?

—Y ¿quién le ha dicho que yo tuviera interés en encontrarles?

—¡Tú mismo, cerdo! —intervino, iracundo, Bailey—. ¿O vas a tener el cinismo de negar que preguntabas a Sarah por nosotros?

—No; desde luego que no —repuso, con una sonrisa, Nigel—. No le había reconocido, amigo. Pero para eso no hace falta amenazar.

Se lo hubiera dicho, de no darse tanta prisa a sacudirme en el hotel...

—¿De veras? Y si no te sacudo, ¿qué hubieras hecho con el «cacharro» que sacaste? ¿Hacerme cosquillas?

—Se equivocó al atacarme, Bailey. Aunque llevaba una pistola...

—Dos.

—Bueno, dos. Aunque llevaba dos pistolas, iba en plan amistoso. Cuando le vi echárseme encima con ánimo de pegarme, traté de defenderme, pero no me dio tiempo.

Hablaba en tono de profunda sinceridad, que por un instante desconcertó a Sansón, cuya inteligencia no funcionaba con tanta rapidez y eficacia como sus puños. Wieszman inquirió, receloso:

—En plan amistoso, ¿eh? ¿Querrás decirme, entonces, para qué le buscabas?

—Buscaba a Los Macabeos —contestó Nigel—. Alguien me dijo que Bailey y David pertenecían al grupo y que Sarah podría ponerme en comunicación con ellos. Por eso fui a preguntarla.

—¿Para saber qué había sido de Peter Harris?

—Ni hablar. Si le nombré fue para demostrar a este amigo que estaba enterado de algunas cosas y le convenía entenderse conmigo, pero no me dio tiempo a explicarme.

—¿Qué tenías que explicarle? ¿Que perteneces a la «bofia» y andas tras de nosotros?

—Cambie el disco, amigo. Ni pertenezco a la «Poli» ni estuve jamás en buenas relaciones con ella. Se me presentó un buen negocio y necesitaba ayuda. Hay posibilidad de embolsarse una pila de billetes de los grandes; alguien me dijo que ustedes querrían participar en el asunto si les pagaba bien y...

Con perfecto aplomo contó la historia que se había imaginado. Se trataba de un cargamento de drogas escondido en State Island. Valdría, como mínimo, cien mil dólares. Protegiendo el contrabando había tres hombres decididos; pero si Wieszman y sus acompañantes iban con él podrían eliminarlos sin demasiado ruido.

—¿Dónde está ese cargamento?

Simulando cierta desconfianza, Nigel se negó a decirlo. Antes necesitaba tener la seguridad de que no le darían de lado. Quería la mitad del botín. Cuando tuviese el asentimiento de todos, cuando incluso le hubieran devuelto la pistola, lo diría. Antes sería

demasiado peligroso...

—Sobre todo para un agente del

F. B. I.

—comentó, con una sonrisa burlona, Jacob Wiezman.

Gould protestó, airado. Quien hubiera dicho tal cosa, era un embustero; sólo si el miedo les hacía ver visiones, podían admitir que tuviese nada que ver con la «bofia». Iba a proponerles un buen negocio y bastarían un par de horas para que se convencieran de que decía la verdad.

Con tal vehemencia y aparente sinceridad se expresaba, que por un momento creyó haber convencido a sus oyentes. Sufrió una terrible decepción cuando, tras dejarle hablar durante diez minutos, Wiezman repuso, irónico:

—¡Buena imaginación, muchacho! ¡Qué pena que no te sirva de nada!

—Pero si he dicho la verdad...

—Sí, ¿eh? Espera un momento. Vas a ver lo que queda de toda esa historia...

Se acercó a una puerta que había a la derecha, la abrió de par en par y, alzando la voz, indicó:

—Ya puede pasar, *miss* Rawson.

Una bomba explotando a sus pies no hubiera hecho mayor impresión a Nigel. Se preciaba de conocer a las personas a primera vista y no equivocarse nunca. ¿Se habría engañado con aquella chica?

Sus dudas no tardaron en disiparse. En la puerta apareció Esther Rawson. Estaba un poco pálida y le brillaban de una manera extraña los ojos, pero daba muestras de serenidad y aplomo.

—Mire a ese caballero, amiguita. ¿Le conoce?

—Desde luego, estuvo hablando conmigo hace tres horas escasas.

—¿Podría repetirnos lo que la dijo?

—Que era Nigel Gould, agente especial del

F. B. I.,

encargado por su jefe, el inspector Leissen de terminar con Los Macabeos y descubrir a los autores de la muerte de su compañero Peter Harris.

Con aire triunfal, Wiezman se volvió hacia el prisionero,

preguntándole:

—¿Qué te parece, muchacho? ¿Aún crees que puedes engañarnos?

Nigel no le contestó. Se había puesto en pie y miraba con odio y asco a la muchacha. Avanzando hacia ella, escupió, colérico:

—¡Traidora! Voy a destrozarla esa carita de ángel, para que no pueda seguir engañando a nadie...

David y Aaron se cruzaron en su camino. Cogíéndole con violencia de un brazo, Sansón le arrojó sobre el sillón, advirtiéndole:

—¡Quieto ahí o te sacudo, cerdo!

Agitaba los puños ante las narices de Nigel, con claros deseos de empezar a golpearle. Pero no fue la actitud de Bailey lo que contuvo al agente, sino advertir que Jacob Wieszman había sacado una pistola, con la que le apuntaba. Optó, pues, por permanecer inmóvil, esperando una mejor oportunidad.

—Así está mejor, muchacho. Y ahora, supongo que no te harás ilusiones y «cantarás» de plano, ¿verdad?

Nigel se limitó a encogerse de hombros. Irritado y amenazador, Wieszman empezó a señalar los puntos sobre los que exigía una explicación categórica y concreta de su prisionero. ¿Por qué intervenían los agentes federales en la persecución de Los Macabeos? ¿Cómo habían logrado averiguar que la muerte de Harris no fue un accidente casual? ¿Quién les informó de que Sansón y David habían tenido algo que ver en el asunto?

—Sólo voy a responder una cosa —repuso, en tono desafiante, Gould—. Hagáis lo que hagáis, no tenéis salvación posible. El F. B. I.

sigue vuestras huellas; podréis matarme, como matasteis a Harris, pero otro me sustituirá, como yo le sustituí a él.

—Por eso necesito que hables —insistió Wieszman—. Quiero saber hasta dónde está enterado el

F. B. I.

de nuestras actividades. Tendrás que hablar. Si te niegas...

—Me mataréis, hable o no hable. En igualdad de condiciones, prefiero morir como un hombre.

—Ya cambiarás de manera de pensar. ¡Duro con él, Sansón! Acarícialo en la forma que te he dicho...

Antes de que terminase de hablar, Bailey había cumplido la

orden. Cogiendo el brazo de Nigel con movimiento rápido, se lo retorció con violencia, arrancando de sus labios un grito de dolor.

—Basta por ahora, Sansón. Tú verás si quieres que continúe. Responde: ¿quién os contó lo de Harris?

—Busca en torno tuyo —repuso, intencionado, Gould—. Acaso el «chivato» no esté muy lejos...

Wiezman miró receloso a sus secuaces. Reaccionó con prontitud, dándose cuenta del intento del agente.

—Conmigo no valen esos trucos. ¿Quién fue con el cuento?

—Que diga también quién le contó lo de Balt —exigió Sarah, que había permanecido silenciosa hasta aquel momento.

—¡No sé nada de Balt! —replicó Nigel.

—¡Mentira! —chilló Sansón—. Me hablaste del Splendid y sabías perfectamente todo lo ocurrido...

—¿Lo ocurrido en una habitación del Splendid? —inquirió, estremeciéndose de pies a cabeza, Gould.

—Exacto. ¿Quién te dio el «chivatazo» de que fluí yo quien sacudió al viejo chiflado aquél?

La verdad penetró como un rayo en el cerebro de Nigel. Durante sus investigaciones de la víspera, había establecido instintivamente, casi sin darse cuenta de que lo hacía, una relación entre Sansón y Sarah y la pareja de desconocidos que asesinó a su padre. Había un solo motivo para poder pensar tal cosa: el parecido entre las señas de unos y otros. Al presentarse en el Jericho había hablado de Baltimore como pudo hablar de cualquier otro sitio; luego, viendo el efecto que le producía a la mujer, mencionó el Splendid. Aquello había bastado para que Bailey se descubriese.

No fue dueño de sus nervios. Pensar que tenía al alcance de sus manos a quienes habían atraído a una emboscada a Michael Gould, asesinandole cuando se resistió al «chantage»; que podían matarle antes de haber intentado vengarle, le sacó de quicio. Olvidó su situación, el peligro que se cernía sobre su cabeza, para dejarse llevar por la cólera. Y atacó con furia ciega y violencia salvaje.

Estaba en pie antes de que Sansón pudiera impedirse. Ladeó la cabeza, para rehuir el puñetazo que su enemigo le lanzaba, y al propio tiempo golpeó con todas sus fuerzas la cara de su contrincante. Bailey retrocedió dos pasos, sorprendido y asombrado de que nadie se atreviese a pegarle. Luego reaccionó, acometiéndole

impetuoso, mientras gruñía:

—Voy a enseñarte a...

Midiendo perfectamente las distancias, con verdaderos deseos de hacer daño, Nigel levantó la pierna derecha. Alcanzado con un patadón en el bajo vientre, Sansón soltó un verdadero alarido, abrió los brazos en gesto angustiado y se derrumbó de espaldas. Con un salto se le echó encima el agente. Sus manos se cerraron como garfios en torno al cuello del exboxeador y apretó con fuerza salvaje, decidido a estrangularle.

Medio atontado por el patadón, Bailey se debatía impotente en el suelo, sintiendo que el aire comenzaba a faltarle en los pulmones. David y Aaron corrieron en ayuda de su compañero, tratando de apartar a Nigel, propinándole una serie de golpes por la espalda. Indiferente al peligro, resuelto a terminar con Sansón, Gould seguía apretando. Wiezman chillaba:

—¡Sacudidle! ¡Zumbadle fuerte!

Tuvo que intervenir personalmente, viendo que sus secuaces no acertaban a dejar fuera de combate al prisionero con la rapidez deseada. Acercándose por la espalda, propinó dos fuertes culatazos en la cabeza de Nigel, que hubo de soltar su presa, rodando por el suelo, perdido de nuevo el conocimiento.

—¡Atadle! Con este tipo no podemos fiarnos.

Jessup se apresuró a cumplir la orden, ligando con fuerza brazos y piernas de Nigel, mientras Kalmus auxiliaba a Bailey, que, tendido en el suelo, medio asfixiado por la presión de las manos de Gould, respiraba trabajosamente.

Las dos mujeres contemplaban silenciosas la escena. Esther, muy pálida, profundamente impresionada; Sarah, sonriendo divertida, con una mueca despectiva en los labios al advertir el estado en que se hallaba el exboxeador. Transcurrieron unos minutos de silencio, en tanto Sansón iba recuperando sus fuerzas.

—Después de todo —comentó, desdeñosa, Sarah—, te creía más fuerte. Si os dejan solos hubiera terminado por ahogarte.

—¡Cierra el hocico, perra! —replicó, irritado, Bailey—. Tienes la culpa de todo, por hablar más de la cuenta. Si hay aquí un «chivato»...

—Lo eres tú, por demasiado bestia. Seguro que ese tipo no sabía una sola palabra hasta que tú le contaste que habías liquidado al

viejo.

Sansón la miró, sorprendido; comprendió, de pronto, que podía ser verdad lo que la mujer decía. De todas formas...

—De poco va a servirle —gruñó, mirando, rencoroso, a Nigel, que empezaba a recobrar el conocimiento—. Voy a sacudirle de una vez y nos evitaremos nuevos líos.

Wiezman se opuso con energía. Estaba de acuerdo en que Nigel debía morir, pero no sin que antes dijese cuanto le interesaba saber. Teniéndole bien atado, para que no pudiese intentar la defensa, Bailey se encargaría de convencerle de que debía hablar.

—No le pegues demasiado fuerte, porque le matarías. Bastará que le «acaricies» unas cuantas veces, para que se le suelte la lengua.

Sansón puso manos a la obra inmediatamente. Por espacio de una hora descargó sus iras contra el prisionero indefenso. A veces se pasaba de la raya y Nigel perdía el conocimiento; otras fingía desmayarse, para ganar tiempo. Aunque el castigo fue muy duro, logró mantenerse entero y firme. En uno de sus momentos de lucidez miró, iracundo, a Esther:

—Ya puedes estar satisfecha. Me engañaste con tu aire inocente, pero no lograrás engañar al verdugo.

—No importa —repuso la muchacha—. Si muero, será por la causa de mi pueblo.

Hubieron de convencerse al cabo de que no lograrían hacerle hablar. Sólo quedaba rematarle. Bailey preguntó entonces:

—¿Lo mismo que al otro? ¿Le meto en el baño hasta que «palme»?

Wiezman movió la cabeza en gesto negativo. Con la cara amoratada por los golpes recibidos y huellas de ligaduras en muñecas y tobillos, no habría nadie que pudiese creer en un accidente casual. Había que buscar otro procedimiento.

—Esperad a que anochezca y le tendéis sobre los raíles del «elevado». No le encontrarán hasta por la mañana. Cuando le hayan pasado por encima diez o doce trenes, no habrá nadie que pueda averiguar si antes de morir recibió unas cuantas caricias de tus puños.

De aquel «trabajito» se encargarían Sansón y Jessup en unión de otros dos amigos. Bailey tenía el máximo interés en presenciar la

muerte de quien no sólo le había dado una violenta patada, sino que parecía muy interesado en aclarar lo sucedido en Baltimore. A Sarah, en cambio, no le agradaba participar directamente en el nuevo crimen y tenía prisa en marcharse.

Esther Rawson, por el contrario, insistió en quedarse. No ocultaba que la sangre le repugnaba; pero tampoco que de salvarse Nigel no habría quien la librase a ella de la silla eléctrica.

—Entre su vida y la mía, la elección no es dudosa. No podré dormir tranquila hasta tener el convencimiento directo, personal y pleno de que ha dejado de existir.

Wiezman dio complacido su asentimiento, riendo satisfecho al advertir la mirada de odio y rencor que Gould dirigía a la muchacha. A modo de despedida dijo a Nigel, con aire triunfal:

—Al encontrar tus restos, Leissen tendrá que volver a empezar. El que te sustituya correrá la misma suerte; pero dudo mucho que llegue siquiera donde llegaste tú...



NINO:

¿SABES QUIEN ES **BILL BOY**?

**BILL BOY** es hijo de un «gangster» protegido de un valeroso Agente Especial del F. B. I.

**BILL BOY** es un muchacho valiente, ejemplo de la juventud.

Conócelo en  
AVENTURAS DEL F. B. I.

## IV

### A LA DESESPERADA



I querían que nadie les sorprendiera en el instante de colocar el cuerpo del detenido sobre los raíles, convenía que esperasen hasta las once de la noche como mínimo. Esto significaba tres horas largas de espera, porque aún no habían dado las ocho. Tras de la marcha de Wieszman, David y Sarah, en la casa quedaron, custodiando a Gould, Bailey, Jessup, otros dos forajidos y Esther Rawson.

En un principio estaban dispuestos a mantener una severa y constante vigilancia sobre el prisionero. Al cabo de un rato, la perspectiva les resultó bastante aburrida. Fue Sansón quien puso

una botella de «*whisky*» sobre la mesa, sacó una baraja y propuso a sus compañeros matar el tiempo echando unas manos de póker. La propuesta tuvo la más entusiasta acogida por parte de sus compañeros.

Pronto, Nigel se convirtió en un estorbo. Se quejaba de una manera constante, sin que bastasen a callarle ni las amenazas ni los golpes de sus guardianes, interrumpiendo el normal desarrollo de la partida. Para obviar el inconveniente, resolvieron trasladarle, bien atado de pies y manos, a la habitación inmediata.

—¿Y si intenta largarse? —preguntó, receloso, Jessup.

Bailey no creía que, después de los golpes recibidos, estuviera siquiera en condiciones de sostenerse en pie, y mucho menos de romper las fuertes ligaduras que le inmovilizaban. Sin embargo, como no quería correr ninguna clase de riesgos, indicó que uno de ellos le estaría vigilando, mientras los demás jugaban.

Así lo hicieron, pero al cabo de media hora, Nigel pareció caer en una especie de sopor que hizo considerar poco menos que innecesaria la vigilancia. Sansón, que era quien cuidaba de él en aquel instante y al que no hacía ninguna gracia permanecer lejos de las cartas y del «*whisky*», volvió a la mesa, gruñendo:

—No es necesario seguir a su lado. Está medio muerto y ni siquiera se mueve.

—Yo puedo encargarme de echarle una mirada de cuando en cuando —se ofreció Esther, silenciosa hasta aquel instante—. Al fin y al cabo, tengo más interés que nadie en que no se escape.

Todos aceptaron sin vacilaciones el ofrecimiento. Esther lo puso en ejecución sin pérdida de momento. Pasó a la habitación inmediata y estuvo contemplando al detenido por espacio de quince minutos; luego volvió un rato junto a los que jugaban, siguiendo con aire interesado la partida, aunque sin participar en ella ni, menos aún, probar una sola gota de «*whisky*».

Repitió sus visitas al detenido con breves intervalos a lo largo de dos horas. Durante ellas, especialmente en los instantes en que permanecía a solas, Nigel —que estaba mucho menos quebrantado por las palizas sufridas de lo que tenía interés en hacer creer a sus enemigos— fue recuperando sus fuerzas y tanteando la firmeza de sus ligaduras. Por desgracia, las cuerdas eran demasiado fuertes para soñar en romperlas. Su única esperanza consistía en poder

aprovechar el instante en que se las quitasen para dejarle sobre la vía.

Con Esther Rawson no fue mucho lo que habló. Odiaba a la muchacha que le había engañado, con todas sus fuerzas y le repugnaba hasta mirarla. Tan sólo en tres o cuatro ocasiones contestó con los insultos más brutales a los improperios con que la chica le anunciaba complacida la proximidad de su fin. Una de las veces, sus palabras llegaron a oídos de Bailey, que, abandonando la partida, se asomó a la puerta, para amenazar:

—Si vuelvo a oírte insultarla te pateo la cabeza.

Pasadas las diez y media, tras una ausencia más prolongada que las anteriores, Esther volvió a penetrar en la habitación. Un poco sorprendido, Nigel advirtió que la muchacha casi cerraba la puerta a su espalda. Su sorpresa subió de punto cuando la chica, tras hacer un gesto ordenándole guardar silencio, se inclinó sobre él para decirle, en tono apagado:

—Procure no moverse ni chillar. Voy a cortar le las ligaduras. Una vez libre, podrá intentar la fuga por la ventana.

El estupor impidió a Nigel responder una sola palabra. Por espacio de medio minuto temió que todo aquello fuera producto de su imaginación. Tendió las manos, sin embargo, a la joven y vio cómo Esther se esforzaba por romper las cuerdas con un pequeño estilete.

Ni aun entonces se convenció de que la joven pretendiera libertarla realmente. ¿No se trataría de alguna maniobra cuyo alcance no acertaba a imaginar? Fuera como fuese, si le soltaba las manos tendría una posibilidad de salvación y procuraría aprovecharla. En voz muy queda, preguntó:

—¿Por qué lo hace?

—Porque no puedo dejar que le asesine esta partida de miserables.

—Pero ¿no está de acuerdo con ellos? —exclamó Nigel, levantando sin darse cuenta la voz a impulsos de la excitación que sentía.

La muchacha, que acababa de cortar con un esfuerzo las ligaduras de las manos, suplicó:

—¡No chille, si no quiere que nos maten a los dos!

—Pero ¿forma o no forma parte de su banda?

—Estaba en relaciones con el grupo —repuso pausadamente la joven, midiendo con cuidado el alcance de sus palabras—. Suponía que eran idealistas que luchaban por una causa limpia y noble. Ahora sé que no pasan de ser un puñado de asesinos merecedores de la horca.

—Entonces, ¿por qué me traicionó, diciéndoles quién era?

—Porque lo sabían antes de que yo se lo dijese.

Alguien, cuya personalidad ignoro aún, les había informado de su misión, como les informó de la de Harris. Si yo hubiese pretendido apoyar sus ingenuas mentiras, habrían recelado de mí, y ni podía tener esperanzas de salvarle a usted ni de salvarme yo.

—¿Por qué no avisó a la Policía?

—No pude hacerlo. Aunque no lo crea, estoy vigilada. Aparte de que aquí no hay teléfono. Y ¿quién me dice que no tenga Wiezman confidentes entre la propia Policía?

—¡Imposible! Si los tuviera...

—No haría más de lo que ha hecho. Y bastaría una simple sospecha para que me quitasen de en medio.

¿Como una confirmación a sus palabras? les llegó en aquel instante la voz recelosa de Bailey, inquiriendo:

—¿Ocurre algo, muchacha?

—Nada, míster Bailey. Ahora voy para allá.

Entregando el estilete a Gould, que se había sentado en el suelo, para que se librase de sus ligaduras de los pies, Esther le aconsejó:

—Dese prisa y procure no hacer ruido.

—¿Por qué no se viene conmigo?

—Se darían cuenta y no iríamos muy lejos. Sólo le serviría de estorbo.

—¿No tendría una pistola? Con ella en la mano podría meter en cintura a esos cuatro.

—No la tengo. Ahora he de irme. Procuraré que tenga noticias mías. Espero serle, quedándome, de mucha mayor utilidad que escapando.

La muchacha se apresuró a salir de la habitación. Nigel se esforzó entonces por cortar las ligaduras de los pies. Por desgracia, el estilete, si era de fuerte acero y de punta afilada, tenía muy mellado el corte. Hubo de forcejear por espacio de varios minutos antes de lograr su propósito.

Acababa de cortar las cuerdas y se disponía a incorporarse, cuando el corazón le dio un vuelco al oír pasos que se aproximaban. Tuvo el tiempo justo de colocarse por encima de los pies las ligaduras y de ocultar las manos, tumbándose de bruces antes de que la corpulenta humanidad de Sansón Bailey se recortase en la puerta.

El exboxeador avanzó pausadamente hasta el punto en que se hallaba el prisionero. Nigel fingió estar desmayado. Su enemigo le dio un puntapié, despectivo, en el costado; acogió, complacido el lamento de Gould y le volvió al espalda, murmurando, despectivo:

—¡Pronto dejarás de quejarte, gallina!

Sin atreverse a mover, Nigel permaneció inmóvil por espacio de varios minutos. Aguardó con terrible impaciencia hasta que Bailey volviera a sentarse a la mesa y reanudase la interrumpida partida.

Luego, procurando no hacer el más ligero ruido, con todos los sentidos alerta, presto a reaccionar a la menor señal de peligro, se puso en pie y lentamente avanzó hacia la ventana.

Empleó un tiempo que se le antojó interminable en levantar pulgada a pulgada la persiana, procurando que no hiciese ruido alguno. Vio entonces que daba a un descuidado jardín, en la parte posterior del edificio. Rápidamente trazó su plan de acción. Daría la vuelta a la casa hasta la puerta principal, frente a la cual tendrían posiblemente parado el automóvil. Aun sin tener la llave de encendido, le bastaría maniobrar durante medio minuto en el motor para ponerlo en marcha. Y entonces...

Abrió la ventana y se lanzó al jardín. Permaneció entonces medio minuto parado, escuchando con atención. A sus oídos no llegó el menor rumor sospechoso. Con paso cauteloso dio la vuelta al edificio. Sintió entonces una gran alegría. No se había equivocado en sus presunciones. Parado junto a la puerta de entrada, dentro ya del jardín separado de Williamsburg Drive por un muro de escasa altura, había un automóvil. Dos saltos le bastaron para llegar hasta él y apresuradamente levantó el «capot» y comenzó a manipular el motor.

Mientras, Jessup malhumorado porque un póker de treses fue superado por uno de ases —lo que le costó perder veinte dólares acabando con su reservas monetarias—, miró impaciente el reloj, vio que eran las once menos veinte, advirtió que *miss* Rawson

sentada en un sillón cercano parecía dormitar, y gruñó:

—¡Basta de juego! Creo que ya es hora de ocuparnos de ese tipo...

Sin aguardar el asentimiento de sus compañeros, se dirigió a la habitación inmediata. Al transponer el umbral quedó inmovilizado por el asombro: el cuarto estaba vacío. La ventana abierta decía bien a las claras por dónde se había producido la increíble evaporación del prisionero. Sacando con rapidez la pistola, fue hacia allá gritando:

—¡Corred todos hacia la puerta! El «poli» se ha largado...

Con una maldición, Sansón se puso en movimiento. Atravesó corriendo el vestíbulo y abrió de par en par la puerta de salida. Inclinado sobre el motor, con el «capot» levantado, vio a un individuo al que reconoció, en el acto, pese a la oscuridad de la noche. Su primer impulso fue correr a cogerle; rectificó en el acto, pensando que las balas corren más y apretó el gatillo:

—¡Toma, perro!

Creyó haber herido a Gould, viéndole desaparecer detrás del automóvil. Pero las balas no habían hecho más que silbar por encima del agente, sin llegar a herirle, porque tuvo la precaución de agacharse en el instante mismo en que Bailey hacia los disparos.

La aparición del exboxeador se había producido en el instante mismo en que conseguía poner el coche en marcha. Pensó saltar al interior del «Hudson» y pisar a fondo el acelerador; rechazó la idea, por considerarla suicida. Por mucha prisa que se diera, más correrían los balazos de su enemigo. Y sería muy difícil que a cinco yardas de distancia no hiciera blanco.

Sólo le quedaba huir a la desesperada, puesto que con el estilete no podía soñar en enfrentarse con varios hombres armados de pistola. La puerta de la verja estaba cercana, pero para llegar allí tendría que atravesar un terreno totalmente descubierto y lo más probable sería que no le diesen tiempo de llegar con vida a la calle. Tenía que retroceder al interior del descuidado jardín, esconderse entre los matorrales, tratar de salvar el muro por cualquier otro lado y fue lo que hizo.

—¡Buscadle por ahí! No puede escaparse. En cuanto pretenda salvar la tapia sacudidle...

Nigel oyó las órdenes de Sansón y los gruñidos de aceptación de

sus compañeros. Pistola en mano, convenientemente espaciados entre sí, los cuatro hombres iniciaron un concienzudo registro del jardín. Gould retrocedía, agachado, resguardándose tras los troncos de los árboles y la alta hierba que crecía por todas partes. En dos ocasiones llegó junto al muro, sin atreverse a intentar salvarlo. Oía muy cerca los pasos de alguno de sus enemigos, y en lo alto de la tapia ofrecería un blanco magnífico para sus disparos.

Fue, pues, rehuendo a sus perseguidores, caminando en zigzag, acercándose una vez al edificio y alejándose otras, quedando en ocasiones inmóvil, tendido en el suelo, apretando con fuerza el estilete, presto a saltar sobre cualquier adversario en caso de ser descubierto. Transcurrieron así diez minutos interminables. Nigel podía escuchar las voces de sus contrarios, pero guardaba un absoluto mutismo para no denunciar el sitio en que se hallaba.

Dando la vuelta al edificio creyó por un instante haber despistado a sus contrarios, las voces de alguno de los cuales sonaban en el extremo opuesto del jardín. Consideró llegado el momento de intentar transponer la tapia y se incorporó dispuesto a correr hacia ella.

Jimmy, uno de sus perseguidores, le vio confusamente en aquel instante. Quiso disparar, pero el tronco de un árbol tapaba al fugitivo.

Corrió a su encuentro, empuñando la pistola y gritando:

—¡Aquí! ¡Aquí está!

Gould se volvió como fiera acorralada. Vio que Jimmy estaba tan sólo a cuatro yardas de distancia y levantaba el brazo con la pistola dispuesto a disparar. No vaciló un segundo. Con ansias salvajes de matar tiró de punta su estilete.

La hoja de acero se hundió en el pecho del forajido que se derrumbó con un grito de agonía.

Nigel corrió hacia el lugar en que había caído. Si lograba apoderarse de la pistola, podía considerarse a salvo. Con ella en la mano estaría en condiciones de hacer frente a los demás facinerosos, de borrarles del mundo de los vivos o de mantenerles a raya como mínimo. Por desgracia, Jimmy había soltado el arma en su caída.

Se agachó a buscarla entre la hierba. Y entre tanto Jessup y Bailey descubrieron su presencia.

Las balas comenzaron a silbar en torno al agente. Sintió una quemazón en la oreja izquierda y que un hilillo de sangre le corría por el cuello. Había qué huir. Sansón y Aaron se aproximaban a la carrera, sin dejar de hacer fuego. Continuar allí por espacio de tres minutos equivalía a firmar su sentencia de muerte.

De un salto buscó refugio tras un árbol cercano; luego, agachado, corrió por entre los matorrales, alejándose del lugar en que había caído Jimmy. Dio vueltas y revueltas, tratando de desorientar a sus perseguidores; aunque no los oía, no estaba muy seguro de haberlo conseguido.

Había caído uno de sus enemigos, pero quedaban tres en pie y él se hallaba en peores condiciones que antes, puesto que ya no tenía ni siquiera el estilete, y la herida de la oreja, aun siendo un leve rasguño, le dolía bastante. En el suelo encontró una gruesa rama desgajada, sin duda de uno de los árboles. La asió con fuerza. Era un arma elemental, primitiva, pero siempre más eficaz que sus puños.

No sabía con exactitud dónde se encontraba, pero por fuerza tenía que hallarse en Nueva York o en sus proximidades. ¿No habría oído nadie el ruido de los disparos? ¿No acudiría la Policía en su ayuda? Esperaba que si, pero si antes conseguían encontrarle sus adversarios, todo posible socorro llegaría demasiado tarde.

En un momento en que descansaba agazapado tras un matorral, oyó pasos de un individuo que se acercaba. Pegado al suelo, casi sin respirar, esperó con tensa impaciencia. Pronto vio aparecer una figura; por su corpulencia tenía que tratarse de Bailey. Caminaba despacio, ligeramente inclinado hacia adelante, procurando taladrar la oscuridad de la noche con la mirada y llevando en la mano derecha un arma de fuego. Pasó por su lado, sin verle, y se detuvo, volviéndole la espalda, a dos metros de distancia.

Por el cerebro de Nigel cruzó una rápida idea. Era posible agredirle por la espalda, dejarle inconsciente de un garrotazo en la cabeza, apoderarse de la pistola y... La acción acompañó casi al pensamiento. Se incorporó lentamente y avanzó cauteloso. Alzaba ya el palo dispuesto a dejarlo caer sobre su contrincante, cuando Sansón se volvió bruscamente. Vio a Gould y trató de apretar el gatillo.

El agente no le dio tiempo. Descargó el palo sobre la mano

derecha de Bailey, arrancándole el arma de entre los dedos. Sansón lanzó un gruñido de dolor y rabia, y se abalanzó, furioso, sobre su enemigo. De un ágil salto, Nigel esquivó la acometida; luego descargó un violento garrotazo que alcanzó de refilón la cabeza del exboxeador partiéndose la rama al chocar contra su hombro.

El golpe hubiera sido suficiente para dejar fuera de combate a un hombre normal, pero Bailey no lo era. Aunque el garrotazo le dolió bastante y le atontó un poco, tuvo las fuerzas precisas para caer sobre Nigel, derribándole en tierra. Aplastándole con su humanidad voluminosa, le echó las manos al cuello, gruñendo con feroz alegría:

—¡Voy a devolverte la caricia, perro! Te ahogaré, te ahogaré...

Nigel se debatía desesperado. Fue inútil que golpease la cara de su contrincante, que una de sus manos buscase la nariz de Sansón, retorciéndose, mientras la otra trataba de saltarle los ojos.

Agachando la cabeza, el exboxeador seguía apretando y Gould experimentaba los primeros síntomas de la asfixia.

Instintivamente hizo entonces lo único que podía salvarle. Dobló la rodilla derecha, reunió sus últimas energías y golpeó con fuerza la entrepierna de su contrincante. Sansón lanzó un verdadero alarido y aflojó instantáneamente la presión de sus manos. Nigel se liberó con un esfuerzo y logró ponerse en pie.

Casi repuesto de su momentáneo desmayo, Bailey se incorporaba también. Con furia salvaje, Gould le pegó una patada en el pecho, pero no consiguió derribarle de nuevo. Un instante después, el forajido estaba en pie y extendía los brazos, deseoso de aprisionar entre ellos a su enemigo. Recordando sus lecciones de boxeo en Quantico, el agente le pegó con ambas manos; los puños rebotaban en el rostro de su enemigo como si fuera de piedra, sin producirle en apariencia el menor efecto.

En cambio, un puñetazo de Sansón le aplastó los labios y le saltó dos dientes; tan violento fue el golpe, que Nigel retrocedió, tambaleándose unos pasos, hasta ir a tropezar con un tronco cercano. Con un grito de triunfo, Bailey fue tras él. El agente creyó llegado el final. Estaba medio atontado, sin fuerzas para seguir la lucha.

Quiso la suerte que cuando Sansón estaba casi a su lado, tropezase en unas raíces y cayera de bruces. Nigel pudo echársele

encima, cogerle casi indefenso en el suelo. De tratarse de otro enemigo, lo hubiera hecho sin vacilaciones, pero con aquél sabía que llevaba las de perder. Siempre le sobrarían energías para darse la vuelta y aplastarle. No era un hombre, sino un gorila, y Gould sentía verdadero terror al solo pensamiento de verse de nuevo entre sus garras.

Con repentina resolución echó a correr hacia la tapia. Marchaba en línea recta, desdeñando el peligro de que le viese Jessup o el otro de los forajidos, obsesionado por la idea de escapar a los brazos de Bailey. Poniéndose en pie, el exboxeador le siguió. En la precipitación no se preocupó de recoger la pistola caída, convencido además de que no necesitaba más que sus puños para acabar con su enemigo.

—¡Por aquí! ¡Que se escapa! —gritaba, llamando a sus compañeros.

Nigel llegó junto al muro y trepó con prisa febril. Estaba a horcajadas sobre la tapia, cuando Sansón llegó a su lado, extendiendo los brazos para cogerle. Desesperado, el agente alargó la pierna derecha, pegándole una patada en plena cara que hizo retroceder dos pasos tambaleante al forajido.

Casi en el mismo instante, Jessup, que se acercaba a la carrera, le vio y apretó el gatillo. Era más de lo que Nigel necesitaba para comprender que allí no podía seguir ni una décima de segundo. Se dejó caer al otro lado, y aunque se hizo daño en la caída, se incorporó con presteza y echó a correr. Oyó gritar desesperado a Sansón:

—¡Matadle! ¡Matadle antes de que se largue!

El agente corrió desesperado, sin volver la cabeza. No se detuvo ni siquiera cuando el estrépito de unos disparos desgarró el silencio de la noche y unos insectos de plomo zumbaron amenazadores en torno a su cabeza. Atravesó corriendo una especie de solar, trepó por unos desmontes y continuó hacia adelante.

Pronto se encontró en un camino secundario y siguió hasta desembocar en una carretera. Ni aun entonces se detuvo. Estaba seguro de que sus enemigos vendrían pisándole los talones. La desesperación parecía poner alas en sus pies, y corrió vertiginosamente, sin saber a ciencia cierta hacia dónde.

Llevaba veinte minutos de aquella carrera desenfrenada y estaba

materialmente sin aliento, cuando divisó las luces de un coche que avanzaba en dirección opuesta. Tomó una resolución, colocándose en el centro de la calzada y agitando frenéticamente los brazos, para hacer que se detuviese el vehículo.

Lo consiguió. Con un chirrido de frenos, el automóvil —un «Chrysler», de modelo anticuado, que indudablemente había conocido días mejores— se paró a su lado. El conductor, un hombre gordo, de aire pacífico, le miró sobresaltado. Luego, cogiendo una llave inglesa, gruñó:

—Si intenta acercarse...

—¡No tema nada, amigo! Necesito que me lleve inmediatamente a un sitio desde donde pueda telefonar. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Su interlocutor no supo qué responder. Una mujer de edad indefinida que iba a su lado, chilló:

—¡Pisa el acelerador sin hacerle caso, Peter! No te metas en ningún lío.

—Si lo hace, le costará una temporada de cárcel. Soy agente del F. B. I., y su negativa a prestar ayuda a la Policía...

La amenaza produjo su efecto. El hombre calló, asustado; la mujer murmuró, entre atemorizada y recelosa:

—Si es agente de la autoridad, podrá demostrarlo, ¿verdad?

—¡No perdamos más tiempo! Tras de mí vienen unos «gangsters»; si se quedan aquí pueden barrernos con una ráfaga de ametralladora. ¡Dé media vuelta y corra lo que pueda!

Con aire resuelto, Nigel abrió la portezuela y se metió en la parte posterior del coche. El conductor, muerto de miedo, se apresuró a obedecer. Segundos después corrían, alejándose del lugar en que Gould había vivido las horas más difíciles y amargas de su existencia.

—Vivimos en Williamsburg —explicaba la mujer—, y hemos estado en el teatro, en Brooklyn. Cuando le vimos en mitad de la carretera...

—Entonces, ¿estamos en las afueras de Brooklyn?

—Seguro. Ésta es Williamsburg Drive. Antes de cinco minutos llegaremos a la estación de gasolina de Wallabout Bay.

—¡Párese allí y espere a que telefonee!

A los pocos minutos, entre el asombro de los empleados de la estación de gasolina, un hombre con la ropa hecha jirones y la cara manchada de sangre se tiraba de un coche y penetraba a la carrera preguntando por el teléfono y haciendo constar su calidad de agente del

F. B. I.

Diez segundos después, Nigel hablaba con el inspector Leissen.

—¡Gracias a Dios, muchacho! Empezaba a inquietarme tu tardanza. ¿Dónde diablos te has metido?

—En el infierno, inspector, y sólo por un milagro estoy vivo. Pero no perdamos tiempo. Movilice en el acto sus fuerzas y movilice a la Policía. Acaso podamos echar mano a quienes asesinaron al pobre Harris.

En pocas palabras contó a grandes rasgos lo que le había ocurrido, dio la dirección aproximada del hotelito donde le tuvieron encerrado y las señas del automóvil que no tuvo tiempo de utilizar en su huida. Segundos más tarde, todos los patrulleros policíacos recibían orden por radio de buscar un «Hudson» pintado de verde, modelo 1946, matrícula de Nueva York, con una clara advertencia:

«Dentro pueden ir tres peligrosos asesinos.  
Aproximarse con precauciones y hacer fuego a la menor  
señal de peligro».

Al terminar su rápida charla, el inspector indicó a Nigel:

—No te muevas de ahí. Antes de un cuarto de hora iré a buscarte.

Gould empleó el cuarto de hora en proporcionarse una pistola — que no sin cierta resistencia le entregó el encargado de la gasolinera — y apostarse en la carretera por si aparecía el coche de sus enemigos. Perdió el tiempo, porque el «Hudson» no asomó por allí. En cambio, llegaron, precedidos por el aullido de las sirenas, tres coches policíacos con hombres armados hasta los dientes. A su frente venía, como era lógico, el inspector Harold Leissen.

—No perdamos un solo minuto —dijo Nigel, saltando al primero de los automóviles—. Vamos a buscar el famoso hotelito, por si aún fuera tiempo.

En plena carretera, y sobre un plano detallado que llevaba uno de los agentes, Gould señaló el punto aproximado en que se alzaba

el edificio. Los tres coches fueron hacia allá, lanzados a toda velocidad, aunque ahora, como necesaria medida de precaución, no hacían funcionar las sirenas.

—¡Ahí es! No me cabe la menor duda...

Las luces del interior del edificio estaban encendidas y la puerta de la verja, abierta de par en par; el «Hudson» que Nigel había visto parado una hora antes había desaparecido.

—Me parece que los pájaros han volado.

Por si acaso, echaron pie a tierra y avanzaron extremando las precauciones. Antes de penetrar en la casa, diez o doce agentes se extendieron a uno y otro lado, cercando el edificio, con las armas en la mano y los sentidos alerta.

Gould, Leissen y otros cuatro hombres —la mirada vigilante y el dedo puesto en el gatillo de las «Thompson»— penetraron en la casa. En pocos minutos comprobaron que estaba totalmente desierta. Tampoco en el jardín había nadie vivo. Encontraron un individuo tendido en tierra y bañado en sangre. Era Jimmy. El estilete lanzado por Nigel le había partido el corazón.

—¡Buena puntería, amigo! —le felicitó el inspector—. ¡No sabía que manejases tan bien el cuchillo!

Gould no parecía oírle. Paseaba de un lado para otro con un gesto de grave preocupación en el semblante.

—¿Qué te pasa, muchacho? Has librado la piel por milagro y pareces tan triste como si estuvieras a punto de perderla. ¿Temes algo?

—¡Seguro que lo temo! Y no por mí, naturalmente. Esther se quedó con los forajidos. ¡Pobre de ella si ese bestia de Bailey llega a sospechar lo más mínimo...!



## AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

y AMENIDAD

## LOBOS A LOBOS SE MUERDEN



URANTE el resto de la noche, buena parte de la Policía neoyorquina trabajó sin darse punto de reposo. Un centenar de coches patrulleros recorrieron las calles de Brooklyn, de Williamsburg, de City Island e incluso de Bowery y Lower East, buscando un «Hudson» pintado de verde, modelo 1946. Mientras, otros grupos de agentes realizaban registros en distintos puntos.

Los resultados no correspondieron en absoluto a la actividad desplegada. Esther Rawson no había vuelto por su casa. Sarah Slater había abandonado a media tarde el Jericho Hotel, dejando una

dirección que no tardó en comprobarse que era falsa. Los empleados del hotel afirmaban no saber nada de la visita del agente especial, no haber oído ruido de lucha y menos aún que le hubieran sacado desvanecido.

Se detuvo, naturalmente, a Sam, el portero de la puerta trasera del Jericho, cerca de la cual Nigel había visto el automóvil que horas más tarde volvió a ver en el hotelito de Williamsburg Drive y que indudablemente sirvió para llevarle desvanecido hasta allí. Pero aunque le apretaron de firme y conoció las delicias de un tercer grado ligeramente atenuado, se empeñó en cerrar la boca, encerrándose en una rotunda negativa.

—Acabará cantando —dijo el inspector Leissen—. Pero me temo que cuando lo haga no nos sirva ya de nada.

En el curso de la noche pudo realizarse otra detención: la de Rebeca. Desgraciadamente, no fue tampoco de mucha utilidad. La mujer protestó airada contra su detención, y cuando le hablaron de Bailey, replicó irritada:

—Ni sé ni quiero saber nada de ese tipo. ¡Seguro que estará con la perra de Sarah gastándose mis cuartos!

Juraba y perjuraba que hacía varios días que no veía a Bailey y que no le había llamado por teléfono para anunciarle la visita de Nigel. Era posible que mintiese, pero no hubo forma humana de poderse lo demostrar.

A media mañana del día siguiente fue hallado el «Hudson» pintado de verde. Lo encontraron abandonado en una callejuela de las afueras de Hoboken. Nadie podía explicarse cómo el coche pudo cruzar de extremo a extremo Nueva York sin ser detenido por los patrulleros que le buscaban con interés por todas partes. Tampoco el hallazgo del automóvil sirvió de gran cosa. Se comprobó que había sido robado la tarde anterior, y esto fue todo.

—Pero ¿no hay manera de saber algo de ese maldito Jacob Wiezman? —pregunto, exasperado, Nigel Gould, al levantarse de la cama donde permaneció descansando por espacio de diez largas horas, luego de ser curado de sus innumerables golpes y contusiones, aparte del rasponazo de la oreja—. Es el jefe del grupo y por fuerza tiene que conocerle mucha gente.

No faltaban, desde luego, quienes le conocían, incluso entre la propia Policía. Era un tipo hábil, escurridizo, de inteligencia clara y

carente de escrúpulos, que gozaba de cierta popularidad en el Lower East Side. Oficialmente se dedicaba a la compra-venta de automóviles y tenía un garaje y unas oficinas en el extremo norte de High Street. Extraoficialmente, negociaba con todo, aunque tenía el ingenio suficiente para no dejar pruebas de sus turbias actividades. Ahora mismo, y según sus empleados, podía presentar una magnífica coartada, por cuanto todos juraban que a media tarde de la víspera había tomado el tren para Chicago.

—¡Pues yo le aseguro que anoche estaba en Nueva York!

Sin embargo, estaba probado que sacó el billete para Chicago y que incluso subió al tren. Lo confirmaban diversas personas con las que habló en la misma estación.

—Es seguro que subió al expreso. Pero también lo es que se apeó por el lado contrario o abandonó el vagón al llegar a la primera parada. De todas formas, nos dará bastante que hacer.

Wiezman tenía, al parecer, muchos amigos y valedores que saldrían en su defensa tan pronto como la Policía le echase mano. Era lo que había ocurrido ya en dos ocasiones anteriores en que le detuvieron. El individuo, al parecer, era un muñidor electoral, un caciquillo capaz de movilizar unos millares de votos más o menos fantasmas, suficientes para decidir cualquier contienda puramente local. Había en Tammamy Hall quien le tenía en cierta estima y correspondía a los servicios que prestaba en épocas electorales. Y Tammamy Hall tenía en sus manos la política municipal de la inmensa urbe.

—Hay mucho que huele a podrido en Nueva York, como demostró la información Kefauver en el caso de O'Dwyer.

Y nuestro amigo Jacob parece aprovecharse de una parte de esa podredumbre.

De todas formas, y aun admitiendo que sus complicidades, desbordando el caciquismo político, influyeran en la Policía local — y empezaba a pensar que podía haber mucho de cierto en la insinuación de *miss* Rawson—. Nigel no creía que Wiezman pudiera escapar con bien cuando hubiera de sufrir ante un tribunal sus directas imputaciones. El inspector tampoco lo creía, pero...

—¿Qué pasaría si antes de que le echásemos la vista encima te ocurriese a ti un «accidente» semejante al que costó la vida al pobre

Harris?

—¿Quiere decirme con claridad lo que está pensando? —inquirió, arrugando el ceño, Gould.

—Que temo más que nunca por tu vida. Vivo eres un peligro gravísimo para ese tipo que cometió la imprudencia de que le vieses en compañía de sus secuaces, acaso por estar convencido de que no tenías escape posible. Si mueres antes de que «vuelva» de Chicago y se nos presenta con buenas pruebas de que ha estado allí durante los últimos días, no habrá jurado capaz de condenarle.

Entendía que Nigel ya había hecho más que suficiente. Ahora debía mantenerse al margen de las investigaciones, dejando que otros continuaran su labor. Incluso insinuaba la conveniencia de que saliese de Nueva York para buscar refugio en algún lugar donde no pudieran hallarle los secuaces de Jacob Wieszman.

Cuando Gould rechazó sin vacilaciones la insinuación, el inspector, un poco acalorado, la repitió, ahora como una orden, añadiendo:

—Me interesa que vivas, porque tu testimonio es lo único que puede lograr que sea condenado ese maldito judío.

—Lo siento, inspector —repuso con firmeza Nigel—, pero ni aun siendo una orden puedo cumplirla. Aparte de que sería una cobardía abandonar una misión por miedo a los riesgos posibles, tengo motivos personales para cumplir la tarea que hace dos días me fue confiada.

—¿Motivos personales? —preguntó, sorprendido, Leissen.

—Seguro. Harris era uno de mis mejores amigos; Esther Rawson se ha jugado la vida, acaso esté a punto de perderla, por ayudarme a escapar. Si ella no pensó en el peligro que corría, ¿puedo vacilar yo?

—No, pero...

—No hay peros que valgan en este caso, inspector. Todavía hay algo más: ayer, merced a la propia confesión de los interesados, conocí a los asesinos de mi padre. Son, naturalmente, Sarah Slater y Sansón Bailey. De estar usted en mi caso, ¿dejaría a otro el honor y el riesgo de hacer justicia con ellos?

Eran de tal fuerza las razones de Nigel, que Harold Leissen hubo de inclinarse ante ellas. Gould seguiría trabajando intensamente en el asunto, pero era preciso que extremara las precauciones. No

debía fiarse de nadie, descuidarse en ningún instante, hacerse demasiado visible ni apartar la mano de la culata de la pistola.

—No quisiera despertarme mañana o pasado con la desagradable sorpresa de que te habían encontrado en cualquier callejuela con el cuerpo lleno de plomo. Y, a menos que esté totalmente equivocado, ésa es la aspiración fundamental de nuestro «buen amigo» Jacob Wieszman.

El inspector Leissen no se equivocaba en absoluto. Para el habilidoso jefe de Los Macabeos, la muerte de Nigel Gould constituida una verdadera obsesión. Convencido de que no tenía salvación posible, había cometido la imperdonable torpeza de aparecer ante él, de interrogarle personalmente, no dejando lugar a posibles dudas respecto al turbio juego que desarrollaba. No creía correr el menor riesgo, por cuanto el agente especial moriría sin poder revelar a nadie lo que había visto y oído.

Cuando Sansón Bailey se presentó en su refugio de Bowery cerca de las doce de la noche acompañado de Aaron Jessup para comunicarle, no que el prisionero había muerto, sino que se había fugado, sintió que el mundo se le caía encima y dejándose llevar por la cólera estuvo a punto de empezar a tiros con los imbéciles que le habían permitido escapar. Logró dominarse con un violento esfuerzo, cubriendo de improperios a sus visitantes. Ni siquiera le impresionó la noticia de la muerte de Jimmy.

—¡La merecía por idiota! Y vosotros también.

Pero pasado el primer impulso, comprendió la necesidad de afrontar serenamente la situación. Hizo que David Kalmus se entretuviera con determinada persona lo que le permitió conocer de una manera exacta el alcance del peligro que le amenazaba y tomó las medidas oportunas para conjurar la tormenta. Como primera medida dispuso que el «Hudson» que buscaba afanosamente toda la Policía neoyorquina fuera conducido, dentro de un gran camión de mudanzas, al otro extremo de la ciudad, dejándolo abandonado en una calle apartada de Hoboken. Después de convencerse de que su refugio de Bowery no era conocido por nadie, pudo trazar su plan.

Antes de dar los pasos preliminares para la eliminación de Gould se había preparado una buena coartada, diciendo a todo el mundo que pensaba dirigirse a Chicago, haciéndose visible en la estación e incluso dando la mayor verosimilitud al viaje ya que uno de sus

hombres, utilizando su nombre, su billete y su departamento siguió en el tren hasta la gran ciudad del Middle West. Por su parte, nada tenía que temer, excepto ser careado con Nigel.

—Esto tiene una solución relativamente fácil —afirmó hablando con sus secuaces—. Basta con quitarle de en medio antes de que yo tenga que «regresar» a Nueva York.

Deseando hacerse perdonar su fracaso, Sansón Bailey se ofreció en el acto a ir en busca del agente para eliminarle. Wiezman tuvo buen cuidado de no aceptar el ofrecimiento. El exboxeador odiaba con todas sus fuerzas a Gould y tenía las mejores razones para desear su muerte, pero le faltaba la inteligencia precisa para llevar las cosas a feliz término. Sólo conseguiría hacerse matar; o, lo que era cien veces peor, dejarse prender para cantar de plano cuando le apretasen las clavijas.

—No soy ningún «chivato» —protestó airado Bailey—. ¡A mí no hay quien me haga abrir la boca!

—Por la violencia, posiblemente no; pero esos tipos del F. B. I.

son envidiablemente listos. Conseguirían envolverte y habrías dicho cuánto les interesa saber, antes de darte cuenta de que lo estabas haciendo.

Convenía mucho que no pudieran echar mano a ninguno de los que habían intervenido en el asunto. Por lo menos, mientras Gould continuase vivo. Después las cosas podían tener un arreglo relativamente fácil. Bailey y Jessup debían quedarse allí, esperando sus órdenes; Sarah no se apartaría de su lado; David realizaría, con su acostumbrada habilidad, algunos encargos. En cuanto a Esther Rawson...

—No puede volver por su casa. Aunque es de toda confianza, podría verse en un aprieto y decir más de la cuenta.

Afortunadamente, la chica parecía haber comprendido con exactitud el peligro, quedándose voluntariamente en un pisito de Harlem en compañía de Ezzard, el chofer del «Hudson» y otros dos amigos. Jessup se atrevió entonces a preguntar a su jefe:

—¿Tienes confianza en esa chica?

Wiezman miró sorprendido a su interlocutor. No se le había ocurrido dudar de la muchacha, acaso porque sin darse cuenta exacta de ello le gustaba extraordinariamente. Esther no era, desde

luego, del tipo de Sarah. No la interesaba el dinero ni procuraba cobrar sus servicios. Pero le había prestado algunos de consideración, segura de que lo hacía en defensa de la causa sionista, sin imaginarse siquiera que Los Macabeos pudieran ser, bajo su nombre retumbante, una simple partida de «gangsters».

—Suelta lo que estás pensando —exigió—. ¿Qué te pasa con *miss Rawson*?

—A mí, nada —replicó Jessup—. Pero Bailey supone que fue quien ayudó al «poli», y eso...

—Seguro —intervino Sansón—. Las cuerdas no iban a romperse solas, y alguien tuvo que darle el cuchillo con el que liquidó a Jimmy.

—Pero ¿no fuiste tú el último que le vio atado y casi sin sentido?

Sansón inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. Le había visto tendido en el suelo momentos antes de la fuga, y hasta le había propinado un puntapié. Nadie entró posteriormente en la habitación, hasta que al hacerlo Jessup advirtió que el pájaro había desaparecido. Pero la chica, con su ofrecimiento de vigilancia, pasó algunos ratos en compañía del detenido. ¿No pudo entregarle en cualquier instante el estilete que le sirvió para librarse de sus ataduras?

—Dicen —terció de nuevo Jessup—, que esos tipos del F. B. I.

llevan siempre algún arma escondida donde nadie puede imaginarse.

—¡Hum! —Gruñó David—. Cuando yo registro a un individuo no le dejo nada encima. Y a ése le registré yo.

—Tuvo que ser ella —insistió Sansón—. Las mujeres son siempre un estorbo. No hacen más que meter la pata...

Al hablar miraba a Sarah con aire de clara hostilidad. La mujer le devolvió la mirada, replicando, despectiva:

—A veces son los hombres quienes la meten. Sobre todo cuando se van de la lengua con la facilidad que tú.

De buena gana, Bailey se hubiese lanzado sobre ella, pero le contuvo la presencia de Wiezzan. Sin hacer caso de su disputa, Jacob se hundió en una profunda abstracción. Pese a ser un animal, quizá Sansón viera aquel asunto con mayor claridad que todos ellos. Esther era una muchacha exaltada, fanática, entusiasta de la causa

del pueblo perseguido. Les había ayudado sin vacilaciones, corriendo toda clase de riesgos, sin esperar ni pedir recompensa alguna, creyendo luchar en favor de su raza.

Pero ¿no cambiaría de manera de pensar y sentir al descubrir su verdadera catadura moral? ¿No pudo adivinar lo que hasta entonces su ceguera le había impedido ver al saber que tipos como Sarah y Bailey pertenecían al grupo, que Harris había sido asesinado cobardemente y que para todos ellos no existía otro ideal que reunir de cualquier forma y manera la mayor cantidad posible de dinero? Seguramente sí, porque la chica no tenía nada de tonta.

¿Qué al presentarse en Williamsburg Drive confirmó cuánto Wiezman ya sabía respecto a la personalidad y propósitos de Nigel Gould? Desde luego. Pero fue Jacob quien habló primero, descubriendo con un exceso de ingenuidad su juego. ¿Podía negar la muchacha, al saber que el agente especial estaba preso y que posiblemente le obligarían a cantar de plano? La respuesta no ofrecía dudas. Caso de tener deseos de ayudar a Nigel y traicionarles a ellos, no podía actuar de otra forma que como lo hizo.

—Es posible que tengáis razón y esa chica se haya reído de nosotros. De ser así, no tardará en descubrirse. Y en servirnos de cebo para que Gould caiga en una trampa de la que no podrá salir.

Expuso en breves palabras el plan que acababa de trazarse. No parecía tener posible fallo. Todos sonrieron satisfechos cuando Wiezman terminó de hablar. El agente especial volvería a caer en sus manos, sin posibilidad alguna de repetir la jugarreta de Williamsburg Drive.

A las siete de la tarde del día siguiente en Centre Street se recibía una apremiante llamada telefónica para Nigel. Al acudir al aparato, Gould reconoció en el acto la voz de Esther Rawson.

—Estoy en el trescientos diecisiete de River Street, en el Lower East Side. Si viene de prisa puede detener, sin grandes dificultades, a Jacob Wizman y Sansón Bailey.

Hablando apresuradamente, sin levantar la voz, la muchacha dio unas rápidas explicaciones. Nadie recelaba de ella. La mejor prueba estaba en que el jefe del «gang» y el exboxeador se habían tumbado a dormir —al parecer no se habían acostado la noche anterior—, confiados en que Esther vigilaría. La chica esperó con calma hasta

que sus ronquidos le indicaron que estaban bien dormidos; entrando con sigilo en la habitación les quitó las pistolas; luego llamó por teléfono.

—Es un primer piso, al que se sube por una escalera exterior desde la calle. Si ve la puerta entornada, entre sin el menor temor.

Aquello parecía el colmo de la fortuna. ¡Coger dormidos, sin que pudieran ofrecer la menor resistencia al forajido que asesinó a su padre y al jefe del grupo terrorista judío! Demasiado hermoso para ser verdad.

Pero ¿no había demostrado la noche anterior Esther Rawson que era muy capaz de todo?

Colgando el auricular, Nigel se dispuso a entrar en acción sin pérdida de minuto. Era una pena no poder contar con el inspector Leissen, que se hallaba en aquel instante registrando de arriba abajo el hotelito de Williamsburg Drive esperando hallar pruebas y datos respecto a las actividades del «gang» que acaudillaba Wiezman. Como el hotelito carecía de teléfono resultaba imposible avisarle; ir en su busca, significaría perder una hora larga, con el riesgo de llegar demasiado tarde.

Iría solo a efectuar las detenciones. Era posible, aunque nada probable, que le tendieran una trampa; pero el éxito perseguido justificaba sobradamente correr tal riesgo. De cualquier forma, procuraría tener cubiertas las espaldas. La Policía tenía órdenes concretas de cooperar con el

F. B. I.

en el esclarecimiento de aquel asunto. Se había insistido especialmente sobre el teniente Clive Walcott, que mandaba el grupo móvil de Lower East, por cuanto se suponía que aquel barrio era la guarida del grupo de forajidos.

Antes de salir en busca de su coche, Nigel habló por teléfono con la estación de Policía de Lower. Tuvo la suerte —al menos así lo creyó entonces—, de hacerlo directamente con el teniente Walcott. Le informó en pocas palabras de sus proyectos, haciendo constar claramente la casa a la que se proponía dirigirse.

No necesito que nadie me acompañe. Sin embargo, sería conveniente que destacase algunos hombres que vigilasen con discreción los alrededores. Son las siete y diez; a las siete y veinticinco entraré en el piso. Si transcurren cinco minutos sin que

vuelva a salir, que entren sin contemplaciones, barriendo a tiros a quienes pretendan cerrarles el paso.

—«Okay», Gould. Puede ir tranquilo. Mandaré seis agentes de paisano. Le bastará dar un grito o hacer un disparo para que acudan en el acto en su ayuda.

Nigel tenía un automóvil esperándole a la puerta. Era un «Chevrolet» de cuatro plazas que el inspector Leissen había puesto a su disposición unas horas antes. Montó en él y se dirigió a toda prisa hacia el punto indicado por Esther.

En poco más de diez minutos llegó a su destino. River Street era una calle larga y estrecha bordeada por edificios de aspecto sórdido donde se hacinaban centenares de familias humildes: La mayoría de las casas eran de seis o siete plantas, con las escaleras arrancando directamente desde la acera.

Condujo su automóvil hasta la altura del número 290 y echó pie a tierra para aproximarse andando. Fue por la acera opuesta a la que le interesaba, bien abiertos los ojos, la mano derecha hundida en el bolsillo de la trinchera donde llevaba la pistola presta a ser utilizada, mirando receloso en todas las direcciones.

Aunque había caído la noche y el tiempo estaba desapacible, la calle distaba mucho de hallarse desierta. Pasó por delante de dos tabernas a cuyas puertas había varios individuos charlando. Otros iban y venían por las aceras con paso precipitado; frente a una carbonería dos hombres descargaban un camión. Todo esto ofrecía un aspecto de absoluta normalidad.

En la esquina, a treinta metros escasos de la casa indicada por Esther Rawson, vio un grupito que le pareció significativo. Aunque aquellos individuos iban de paisano, tenían un inconfundible aire marcial. Uno de ellos le miró de reojo e incluso pareció hacerle una seña disimulada. Sonrió, satisfecho. Indudablemente, el teniente Walcott había cumplido su palabra. En caso necesario tendría quien respaldase su acción.

Pasó y repasó por delante del 317 antes de decidirse a cruzar la calzada. No advirtió nada alarmante. Miró su reloj: las siete y veinticinco. Había llegado el momento. Con ánimo resuelto atravesó la calle. Cuando llegó al pie de la escalera que desde la acera conducía a un apartamento del primer piso, pudo ver que la puerta estaba entornada.

Disipando sus dudas, en el umbral se recortó una silueta de mujer, haciéndole seña de que subiese. Era mala la visibilidad; porque en el interior del piso no debía haber una luz intensa, pero le pareció que se trataba de Esther. Por lo menos tenía su mismo tipo e idéntico sombrero. ¿Y quién, de no ser ella, podía saber que se disponía a entrar?

La mujer se retiró dejando la puerta entornada. Nigel subió los escalones con paso cauteloso, procurando no hacer el menor ruido. En la mano derecha llevaba la «Luger». Esperaba que no fuera preciso llegar a emplearla; pero si se producía una lucha, no sería el último en disparar ni el primero en caer.

Al llegar ante la puerta se detuvo vacilante un segundo. La primera habitación, una especie de vestíbulo no muy bien amueblado, estaba envuelta en penumbras. En ella reinaba un silencio absoluto. Forzando un poco la vista pudo ver a Esther que le volvía la espalda, desapareciendo por una puerta del fondo, no sin hacerle con la mano un leve gesto de que la siguiese.

No dudó más. Empujó la puerta de entrada procurando no hacer ruido y se adentró sigiloso, con todos los sentidos alerta, los músculos en tensión y la mano derecha crispada sobre la empuñadura de la pistola.

Dio dos pasos hacia adelante, sin que a sus oídos llegase el menor rumor sospechoso. Luego, inesperadamente, antes de que diese el tercer paso, se produjo con rapidez y violencia inusitadas la catástrofe. No hubo nada que le advirtiera del peligro hasta que resultó demasiado tarde para rehuirlo.

El primer aviso fueron unos dedos de hierro que se cerraron con fuerza en torno a su muñeca derecha, retorciéndosela con tan salvaje violencia que la «Luger» se le escapó de la mano antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo. Quiso volverse con rapidez para hacer frente a su inesperado enemigo, pero a su espalda surgieron otros dos. Mientras uno le atenazaba el brazo izquierdo, el otro le cogía con fuerza del cuello, manteniéndose casi inmóvil al clavarle en los riñones una de las rodillas. Aun convencido de la inutilidad de toda resistencia, Nigel forcejeó por librarse durante un par de minutos. El intento sólo sirvió para que recibiese unos cuantos golpes. Aunque era fuerte y la desesperación duplicaba sus energías, nada podía hacer frente a tres adversarios, que le habían

cogido por la espalda y le tenían bien sujeto desde el primer instante.

—¡Auxilio! ¡Socorro!

Los gritos tenían que ser oídos por fuerza en la calle. Bastarían para hacer entrar en acción a los agentes enviados por el teniente Walcott que aguardaban en la calle. No tardarían más de dos minutos en presentarse. Si para entonces no le habían matado...

Una mano grande y dura cayó sobre su boca impidiéndole seguir gritando. Cesó de forcejear, deseando conservar sus energías para un último intento. Entonces hubo algo que le hizo abrir desmesuradamente los ojos. Por la misma puerta que Esther había dejado abierta al penetrar en el interior de la vivienda, surgió Jacob Wieszman. Venía sonriente, con un brillo amenazador en las pupilas y empuñando una pistola.

—¡Bien, amiguito, bien! Otra vez en nuestro poder. Y ahora sin esperanzas de salvación.

Aunque la mano que le tapaba la boca se había apartado de sus labios, Nigel no se molestó en responder una sola palabra. Volvió la cabeza a uno y otro lado para darse cuenta exacta de la situación: Sansón Bailey y Aaron Jessup le seguían sujetando de los brazos. David Kalmus —indudablemente el que en un primer instante le cogiese del cuello—, había retrocedido hasta la puerta de la calle. Luego de cerrarla estaba recostado de espaldas en ella, jugueteando sonriente con una pistola.

—Creíste que podías cogernos dormidos, ¿eh? Bastó que la chica te llamase por teléfono para caer ingenuamente en la trampa.

Por el cerebro de Nigel cruzaban en confuso tropel los más encontrados pensamientos. ¿Tendría razón Wieszman y habría sido atrapado en una celada cuidadosamente preparada? ¿Sería posible que Esther Rawson jugase a un tiempo con dos barajas y estuviera traicionando alternativamente a unos y otros? ¿O perseguiría alguna finalidad que no alcanzaba a comprender? De cualquier forma, no parecía haber la menor duda de que la muchacha le había engañado.

—Es lo malo de fiarse de las mujeres —gruñó satisfecho Sansón—. Acaban siempre por meterle a uno de cabeza en un cepo.

Gould no tenía el menor interés en defender a Esther que, según todas las pruebas, actuaba de perfecto acuerdo con sus enemigos,

pero si en distraer a sus contrincantes y ganar a cualquier precio unos minutos decisivos. Las repetidas alusiones a la muchacha, le proporcionaban oportunidad de entablar una breve discusión que diese tiempo a la intervención de los agentes que esperaban en la calle, que acaso estuvieran subiendo en aquel instante la escalera.

—No sé nada de ninguna chica —mintió—. Nadie me ha llamado por teléfono. Si vine aquí...

—Fue por una corazonada, ¿no? —le interrumpió, irónico, Wiezman—. ¡Cambia el disco, muchacho! ¿Quieres que te repita lo que la adorable *miss* Rawson le dijo por teléfono? ¿Qué te parecen los ronquidos de Sansón y los míos?

—¿Estaba de acuerdo contigo al llamarme? —preguntó Nigel, convencido ya de que su interlocutor estaba enterado de todo.

—¡Seguro! ¿Acaso supones que iba a ponerse frente a mí enamorándose de un tipo como tú? La gusto yo demasiado para hacerlo.

—¿Y también me ayudó a escapar de Williamsburg Drive por indicación tuya? —replicó, perdiendo un poco la calma Gould—. Si es así, tus amigos tienen poco que agradecerte, sobre todo Jimmy...

Si sus palabras hicieron arrugar el ceño a Wiezman, produjeron todavía mayor efecto en Bailey. Miró con hosco semblante a Jacob y saltó sin poderse contener:

—¿Es eso cierto, jefe?

—De sobra sabes que no, idiota —contestó, irritado, Wiezman—. La chica nos jugó allí una mala pasada; aquí pretendió repetir el intento, pero sólo sirvió para que la enganchásemos a ella y a su amigo.

—¿Por qué no quieres que la sacudamos entonces?

—Habrá tiempo más tarde —replicó, evasivo, el «boss»—. Lo que corre prisa es terminar con ése.

Nigel había seguido con extraordinario interés el diálogo. Experimentó una profunda alegría al enterarse de que Esther no le había traicionado. Le costaba trabajo creerlo, sin embargo. ¿Cómo explicarse, de ser así, que estuvieran enterados de su visita, que le esperasen para caer por sorpresa sobre él, que incluso la muchacha se asomase para indicarle que podía entrar? Quiso aclarar estos extremos de una manera habilidosa que sembraría la desunión entre sus enemigos y le permitiría ganar tiempo.

—¡Mentira! —chilló—. A éstos, que son idiotas, podrás engañarles, pero no a mí. La chica hizo lo que tú le mandaste, Bailey comenzaba a estorbarle y quisiste que yo te ahorrara el trabajo de quitarlo de en medio. Por eso...

—¡Maldito embustero! —le interrumpió violento Wiezman, al tiempo que su puño izquierdo se estrellaba contra la boca del agente—. Voy a llenarte el cuerpo de plomo para que te calles de una vez...

—Un momento, jefe —terció de nuevo Sansón cuyos recelos aumentaban por segundos—. Déjale que hable. Si es mentira lo que dice, será fácil comprobarlo. Pero si es verdad y alguien trata de jugarme sucio...

—¡Imbécil! —gritó irritado Kalmus, mezclándose en la discusión—. ¿Tan bruto eres que no comprendes que lo único que pretende ese tipo es enfrentarnos unos con otros?

—Pero lo de la chica...

—Vas a convencerte, bestia —replicó Wiezman, que alzando la voz ordenó—: Trae aquí a la muchacha, Sarah.

No tuvieron que esperar mucho antes de que en la puerta de la alcoba apareciese Sarah Slater, con una pistola en la mano, conduciendo delante de ella a Esther. *Miss Rawson* venía con las manos atadas y un pañuelo a modo de mordaza tapándole la boca; una extensa moradura en la parte derecha de la cara indicaba que no había sido tratada con excesivos miramientos; estaba muy pálida y en sus ojos había huellas de lágrimas recientes.

—¿Te convences ahora, animal? —preguntó Wiezman a Bailey.

—Me convencerás cuando la liquidemos —gruñó sin abandonar por entero su actitud recelosa el exboxeador.

Nigel miraba con atención a las dos mujeres. Ahora tenía ante sus ojos una explicación clara de lo sucedido. Sarah llevaba puesto el abrigo y el sombrerito de Esther. Ambas eran de una misma estatura. Vista a distancia, medio envuelta en la penumbra, era muy fácil confundirla con *miss Rawson*.

—El jefe soy yo —repuso, colérico, Wiezman—. Terminaré con ella cuando me parezca sin admitir órdenes de nadie, y menos tuyas.

—Si fueras hombre —encizao Nigel, dirigiéndose a Sansón—, no tolerarías que te trataran como un perro...

—¡Chitón! —ordenó Jessup pegando una bofetada al agente—. Si vuelves a despegar los labios...

—¡Soy más hombre que ninguno de vosotros! —afirmó, irritado, Bailey.

—Pero dejas que te sopapeen como un crío —replicó hiriente Nigel, sin importarle el puñetazo que Jessup le asestó en pleno rostro, haciéndole saltar la sangre por las narices.

Dio por bien empleado el golpe cuándo advirtió el efecto que sus palabras producían en Sansón. El exboxeador seguía sujetándole el brazo derecho, pero sus ojos despedían llamaradas al clavarlos en Wiezman. Desconfiado y receloso como todos los hombres de cortos alcances, temía que el «boss» pretendiera engañarle; pero todavía le irritaba más que nadie supusiera que se doblegaba ante él impulsado por el miedo. En tono destemplado, afirmó:

—Las cosas claras, jefe. Aquí nos jugamos todos la vida y...

—¡Y tú vas a perderla si te atreves a chillarme!

Dejándose llevar por la cólera, Bailey soltó un instante a Nigel para enfrentarse con Wiezman. El «boss» tuvo miedo. Conocía las reacciones primarias y salvajes del exboxeador y el efecto demoledor de sus puños. Levantando la pistola que empuñaba, amenazó:

—¡Quieto ahí, cerdo! Si te atreves a acercarte...

Bailey vaciló un instante bajo la amenaza del arma que empuñaba el jefe del grupo. Cerró y abrió con fuerzas las manos y los ojos se le empequeñecieron hasta convertirse en dos simples rayitas. Luego, con la rapidez del rayo y la violencia del huracán, se lanzó al ataque.

De un salto que nadie hubiera esperado en un hombre de su corpulencia, estuvo junto al «boss»; con un movimiento, cuya rapidez desafiaba a la vista, cogió la mano derecha de Wiezman, apretándola con tanta fuerza, que la pistola se le escapó de entre los dedos. Después, sin dar tiempo a que nadie interviniera, volteó limpiamente a Jacob por encima de su cabeza, tirándole contra la pared del fondo, mientras chillaba:

—¡Amenazarme a mí!... ¡A Sansón Bailey!...

Recogió del suelo a Wiezman y, cegado por la ira, le estrechó con fuerza entre sus brazos. Parecía dispuesto a destrozarle. El «boss» chillaba pidiendo auxilio a sus hombres. Sarah, frenética,

insultaba a su antiguo compinche:

—¡Bestia! ¡Animal! ¡Salvaje!

Saliendo de su pasividad, Jessup y Kalmus corrieron en auxilio del jefe. El primero la emprendió a golpes con Bailey, que no parecieron producir gran efecto en el exboxeador; el segundo fue mucho más eficaz. Apoyando en la nuca de Sansón el cañón de una pistola, gritó:

—¡Suéltale o te vuelo la sesera!

La amenaza bastó para que Bailey volviese a la realidad. Comprendió en el acto que David dispararía sin vacilaciones. Aflojó la presión de los brazos y dejó en libertad a Wiezman, que respiró profundamente un par de veces, antes de gritar, colérico, a su agresor:

—Sólo por esto merecías que te llenase el cuerpo de plomo...

Las palabras de Jacob parecieron redoblar la ira de Bailey. Extendió las manos, como si de nuevo quisieran coger al «boss», murmurando, con aire torvo:

—Si vuelves a amenazarme...

—¡Cuidado! —Tornó a advertir Kalmus—. Si te mueves, te dejo seco.

Sintiendo en la nuca el frío del cañón de la pistola, Sansón permaneció inmóvil, aunque seguía mirando con rabia a Wiezman. Jacob ordenó:

—Vamos a terminar lo que tenemos entre manos; luego discutiremos la actitud de Bailey.

—No hay nada que discutir —dijo Sansón, dominándose con visible esfuerzo—. Es posible que me haya pasado de la raya, pero no me gusta que me amenacen.

—Fuiste tú el primero en amenazar. Si no fueses tan obtuso, que cualquiera sea capaz de engañarte...

La paz renacía entre los forajidos. Nigel no podía hacerse ilusiones respecto a lo que sucedería a continuación. Puestos todos de acuerdo, caerían sobre él. ¡Y los agentes, mandados por Walcott, sin aparecer! Aunque no hubiesen oído sus gritos demandando auxilio, habían transcurrido de sobra los minutos de espera convenidos con el teniente. ¿A qué aguardaban?

No podía perder tiempo buscando una contestación. Si quería salvarse, tenía que ser por su propio esfuerzo. Y de prisa. Miró en

torno suyo y halló lo que le interesaba. La pistola de Wiezman había ido a caer a unos pasos de distancia, a espaldas de sus enemigos, junto a la ventana de la calle. Disimuladamente fue hacia allí. Un segundo después, su voz sonaba amenazadoramente:

—¡Quietos todos! ¡Arriba las manos! El que vacile, puede darse por muerto...

Con un grito de rabia, David Kalmus pretendió volverse y disparar. Sonó un disparo y el arma que empuñaba se le escapó de entre los dedos. Nigel pudo matarle, pero no lo consideró imprescindible, por el momento.

Wiezman y Jessup se apresuraron a obedecer; Bailey quedó vacilante, como si no acabara de comprender el cambio repentino de la situación. En los ojos de Esther brilló una luz de esperanza. Habilidadosa y astuta, Sarah fue a colocarse a espaldas de la muchacha, procurando que el cuerpo de *miss* Rawson se interpusiera entre ella y la pistola del agente especial.

—Se mudaron las tornas, amiguitos —anunció alegremente Nigel—. Si hay aquí algún muerto, no seré yo precisamente...



NIÑO:

**Ahora estás a tiempo de coleccionar  
AVENTURAS DEL F. B. I.  
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!**

## VI

### EN EL ULTIMO INSTANTE



OR espacio de medio minuto, Nigel Gould creyó tener ganada definitivamente la partida. Cogidos por sorpresa, dominados por la resuelta actitud del agente, sus enemigos no parecían capaces de reaccionar con la rapidez necesaria.

—¡De cara a la pared y sin moverse! Si alguno trata de bajar las manos...

Su plan de acción era sencillo y claro. Sin dejar de apuntar a los forajidos, retrocedería andando de espaldas hasta la puerta de la

calle. Bastarían unos gritos de llamada para que los agentes enviados por el teniente Walcott, de la estación de Policía de Lower East Side, acudieran en su ayuda. Entonces sería facilísimo desarmar a los facinerosos, colocarles las esposas y conducirles a Centre Street.

Pero en la confusión del instante cometió un grave error: olvidarse de Sarah Slater. Ni siquiera se fijó en ella, suponiendo que nada tenía que temer por aquel lado. De pronto, unas palabras de Esther, que aun, conservando las manos atadas, había logrado librar su boca de la mordaza, le hicieron comprender la amenazadora realidad:

—¡Cuidado, Nigel, cuidado!

Instintivamente se agachó el agente; no pudo hacerlo con mayor precisión, porque en aquel instante, una onza de plomo pasaba silbando a pocos centímetros de su cabeza. Era Sarah quién disparaba; parapetada detrás de *miss* Rawson, podía hacerlo con relativa seguridad. Si el agente contestaba en la misma forma, tenía un máximo de probabilidad de herir primero a la muchacha.

Nigel vio perfectamente la jugarreta de Sarah, pero no se atrevió a tirar contra ella. Le angustiaba el pensamiento de que Esther pudiera ser la víctima. Se detuvo, vacilante, un segundo, sin saber qué hacer. Volvió a hablar la pistola que manejaba su enemiga. Aunque Esther la dio un empujón en el momento de apretar el gatillo, el balazo pasó rozando el hombro de Gould.

Con fuerzas que nadie hubiera sospechado en ella, Sarah sujetó con la mano izquierda a Esther, apretándola contra sí, mientras seguía apuntando al agente con la pistola que empuñaba en la otra mano. *Miss* Rawson gritaba:

—¡Escape, Nigel, escape!

—Antes le mataré —murmuró, apretando de nuevo el gatillo, Sarah.

Un salto de lado salvó a Gould de recibir un balazo en el pecho. Con terrible ansiedad vigilaba el instante en que Sarah se descuidase para dejarla fuera de combate de un solo disparo; si antes aquella fiera no le alcanzaba de lleno a él.

De pronto se produjo un cambio en la situación. Wieszman, que estaba junto a la pared del fondo, al lado de la llave de la luz, la hizo girar con movimiento rápido, al tiempo que se tiraba de cabeza

al suelo. La habitación quedó sumida en la más profunda oscuridad. Desde el suelo, Jacob gritaba a sus secuaces:

—¡Matadle! ¡Matadle!

Gould se corrió a un lado en el instante mismo que se oía un nuevo disparo. El fogonazo le denunció la situación exacta de quien había tirado. Hizo fuego contra aquel lado con ansias de matar. Herido en mitad del pecho, Aaron Jessup lanzó un verdadero alarido.

—¡Escape, Nigel, escape! —seguía gritando Esther.

Sonaban ahora disparos procedentes de distintos puntos. Ya no era sólo Sarah quién tiraba; Wiezman y Kalmus la secundaban. Gould comprendió que no podía continuar allí. No se atrevía a tirar contra un lado de la habitación, temeroso de herir a *miss* Rawson; los balazos de sus adversarios acabarían por alcanzarlo. Sin contar con la posibilidad, más dramática aún, de que Bailey pudiera cogerle en la oscuridad y destrozarle entre sus manos.

Era preciso huir, y de prisa. Pero ¿por dónde? Estaba lejos de la puerta de salida. Por allí debía andar —creía haberle oído removerse— el exboxeador. Intentar escapar por aquel lado era exponerse a topar con él. Podría matarle de un balazo certero, pero aun herido, el bestia seguiría luchando, dando tiempo a la intervención de sus compañeros.

La ventana, que ahora aparecía tenuemente iluminada por la luz de la calle, ofrecía mayores posibilidades. Cuatro listones de madera delgada sostenían unos cuantos cristales; unos y otros saltarían al menor empujón. Corría peligro de herirse con los vidrios, de romperse la cabeza al caer a la calle desde cuatro metros de altura, pero no tenía posibilidad de opción.

Tomó impulso y saltó con todas sus fuerzas. Se lanzó contra la ventana, salvando limpiamente el alféizar, con los pies por delante y los brazos tapándose instintivamente la cara. Los listones de madera y los cristales saltaron hechos añicos; sintió que algunos trozos de vidrio le arañaban las piernas y los brazos, pero ya estaba por el aire.

En la Academia de Quantico le habían aleccionado convenientemente acerca de la mejor manera de caer en un salto de altura para hacerse el menor daño posible. Sin pensarlo puso en práctica las enseñanzas recibidas. Cayó en cucullas, sobre las puntas

de los pies, bajando los brazos y extendiendo las manos, para amortiguar la violencia del golpe. Nada fue suficiente, sin embargo. Se le torció un pie al chocar con la acera y cayó sobre el costado izquierdo, haciéndose verdadero daño en la cadera y el hombro.

Por un instante temió haberse roto algún hueso. Pero el miedo sólo duró un segundo. Oyó gritos de alguien que se asomaba a la ventana por la que acababa de lanzarse y la noción del peligro que le amenazaba le hizo realizar un esfuerzo y ponerse en pie, no sin recoger la pistola que se le escapó en la caída.

Pegándose materialmente a la pared, casi podía considerarse a salvo. Era muy difícil que desde la ventana pudiesen atinarle. Y ya corrían hacia allí los hombres que vio un cuarto de hora antes parados en la esquina: los agentes enviados por el teniente Walcott. Quiso advertirles el peligro y gritó:

—¡Cuidado con la ventana! Están armados y tiran a matar...

Los cuatro individuos siguieron acercándose. Aunque le oyeron perfectamente, no se molestaron siquiera en mirar hacia arriba. Sacaban con premura las pistolas y Nigel tuvo la alarmante impresión de que le apuntaban a él.

Desde la ventana le llegó entonces la voz inconfundible de Wiezman, gritando:

—¡Duro con él, muchachos! ¡Que no se escape! ¡Cinco billetes para el que lo liquide!

¿Se habría vuelto loco? ¿Cómo podía soñar siquiera que le obedeciesen unos agentes de Policía, que tirasen contra un compañero por ganarse unos cuantos billetes?

Y, sin embargo, le obedecían. Desorientados por los gritos, por lo imperativo de la orden de Wiezman, por la violencia del tiroteo o la oscuridad de la calle, los cuatro hombres se abrieron en abanico a diez metros de distancia y se enfrentaban con él. ¡Con él!

Se escuchó el estampido de varios disparos y las balas siluetearon la figura de Nigel. Gould se tiró de un salto junto al arranque de la escalera que conducía al primer piso, gritando a voz en cuello:

—¡No seáis bestias! ¡Soy un agente especial del F. B. I.!

Los «gangsters» están arriba, en la ventana...

Los individuos tenían que oírle por fuerza, pese al estrépito de

los disparos. Y, no obstante, seguían haciendo fuego contra el lugar en que se hallaba. Sintió el dolor de un rasponazo en el brazo izquierdo; el plomo rebotaba contra el pasamanos de la escalera y aquellos imbéciles seguían acercándose, procurando precisar la puntería...

Nigel no estaba dispuesto a dejarse matar estúpidamente. Si aquellos tipos se habían equivocado, no por ello iba a dejar que le cosieran a balazos. Colérico, advirtió:

—¡No tiréis! Soy el agente Gould y si continuáis disparando contra mí...

Una rociada de balas le convenció de la inutilidad de seguir hablando. No quedaba otra solución que responder al plomo con el plomo. Pero ni aun así quería matar. Apuntando con todo cuidado a uno de los supuestos policías, hizo fuego. Acertó donde se proponía. Con el brazo derecho roto por encima del codo, el individuo echó a correr, llenando la calle con sus gritos de dolor.

Sus tres compañeros retrocedieron con rapidez para parapetarse en las escaleras de las casas inmediatas, pero desde allí siguieron haciendo un fuego graneado. Nigel contestaba de cuando en cuando, espaciando los disparos, sabiendo que le quedaban pocas balas. En los pisos altos de los edificios cercanos se asomaron algunos curiosos, que se metían precipitadamente al ver la lucha que se libraba en plena calle.

La situación del agente se hacía más crítica por momentos. Desde la ventana por donde había saltado, disparaba Wieszman. No era fácil que le alcanzase, pero para rehuir sus disparos tenía que permanecer agazapado tras la escalera, perdiendo de vista a los enemigos de la calle.

—¡Entrégate, Nigel! No tienes escape posible...

La respuesta de Gould fue un balazo, que obligó a resguardarse precipitadamente a Jacob. Pero entonces surgió un peligro mayor. En lo alto de la escalera acababa de aparecer David Kalmus. Asomando por encima de la barandilla, se disponía a tirar sobre el agente.

Nigel le vio en el preciso instante en que hacía fuego y pudo echarse hacia un lado. Kalmus quiso volver a tirar, pero Gould no le dio tiempo. Disparó a su vez con ansias locas de matar. Herido entre las dos cejas, el forajido cayó, rebotando en los escalones.

—¡Morirás de todas formas, cerdo!

Sansón Bailey acababa de aparecer en la puerta del piso. No traía pistola, acaso porque tenía más confianza en sus puños que en las armas de fuego. Al verle, Nigel quiso tirar contra él, pero, aunque apretó el gatillo, no se produjo el esperado disparo. Con un estremecimiento de angustia, comprendió la terrible realidad: había agotado el cargador.

Bailey lo comprendió también y soltó una estruendosa carcajada. Bajando a toda prisa los escalones, anunció, triunfal:

—¡Voy a destrozarte, imbécil!

Saltando por encima de la barandilla, cayó en pie al lado de Nigel. Gould se incorporó con rapidez, tirando la inútil pistola contra la cabeza del exboxeador. Sansón recibió el golpe en plena frente; le abrió una pequeña brecha, de la que brotaron algunas gotas de sangre, pero no bastó a contener su ímpetu.

Con la mano izquierda sujetó por el hombro al agente, mientras le colocaba en pleno rostro un formidable «uppercut», asestado con el puño derecho. Medio inconsciente, Nigel fue lanzado contra la pared, donde quedó inerte a merced de su enemigo, que le acometía, gruñendo:

—¡Vas a pagármelas todas!...

Fue inútil que Nigel pretendiera frenarle con unos cuantos puñetazos. Sus golpes no parecían producir el menor efecto en el forajido; los del exboxeador, en cambio... Gould sintió una coz en el estómago; luego, un terrible manazo en la cabeza. Se mantuvo en pie con un supremo esfuerzo, pero no pasaba de ser un pelele, al que vapuleaba su contrincante con plena impunidad.

—¡Mátale, Sansón! ¡Mátale!

Desde la ventana, sacando medio cuerpo fuera, Wieszman le animaba a gritos; lo mismo hacían los individuos que habían estado disparando desde la calle hasta un minuto antes y que ahora se aproximaban, divertidos, a presenciar el espectáculo. Nigel rodó por el suelo. Sansón le levantó para seguirle pegando...

De pronto, por encima de todos los gritos, se escuchó el agudo silbido de la sirena de un coche policíaco. Pronto se divisaron sus luces. Se acercaba a todo correr, procedente de las orillas del East River. Uno de los individuos que Nigel había tomado por policías, gritó, alarmado:

—¡La «bofia» está ahí, muchachos!

Se produjo un momento de pánico y desconcierto. Desde la ventana, Wiezman daba sus órdenes:

—¡Contenedla a balazos! ¡Hay que ganar unos minutos!...

Los tres forajidos se apresuraron a obedecer. Corriendo a uno y otro lado de la calle, parapetados en los quicios de los portales, empezaron a disparar sobre el coche policíaco. Mientras, Bailey seguía golpeando con furia asesina a Nigel.

El automóvil se detuvo en seco, pero de sus ventanillas brotaron varias ráfagas de ametralladoras, barriendo los puntos en que se escondían los agresores. Uno de éstos murió en el acto; otro rodó por tierra, herido, pidiendo a gritos que no le matasen; el tercero encomendó su salvación a la huida.

El tableteo de las «Thompson» volvió a Bailey a la realidad. Se dio cuenta de que corría el mayor peligro de su vida. Miró un instante al agente, que se mantenía milagrosamente en pie, pensando en cargárselo a hombros. Pero cuando vio que del coche y de otro que se detenía junto a él descendían siete u ocho hombres con las pistolas ametralladoras en las manos, sólo se cuidó de escapar.

—¡Alto! ¡Alto o tiramos!

Sin hacer caso de la intimidación, Bailey corría ya por la escalera, salvando de cuatro en cuatro los escalones. Una ráfaga silbó su figura; los balazos silbaron en torno a su cabeza, pero no le hirieron. Llegó a la puerta del piso y penetró de un salto.

Varios agentes avanzaron con paso rápido. De pronto resonó un disparo y uno de ellos rodó por el suelo.

—¡Cuidado! ¡Tiran desde aquella ventana!

Varias ráfagas de ametralladora barrieron la ventana. Por fortuna para él, Wiezman se había retirado hacia el interior de la habitación nada más hacer fuego. Imperativo, ordenó a Bailey:

—¡Cierra la puerta y atráncala bien! Mientras la rompen podemos escapar por el otro lado...

Cuatro agentes se acercaron a la escalera, mientras otros seguían haciendo fuego contra la ventana. Uno de ellos vio a Nigel, que permanecía medio inconsciente, recostado contra la pared, y le reconoció en el acto.

—¡Aquí está Gould, inspector!

Leissen corrió a su lado. Una sola ojeada le bastó para darse cuenta del estado en que se hallaba. De todas formas, en bastante peor situación temía volverle a ver, si le veían.

—¡Gracias a Dios que te encontramos vivo, muchacho! Cogiéndole del brazo le llevó, pegado a la pared, hasta un portal cercano, donde podían considerarse a cubierto de los balazos que seguían zumbando en la calle. Unos sorbos de «*whisky*», suministrado por uno de los acompañantes del inspector, permitieron a Nigel volver a coordinar ideas y pensamientos. Mientras tanto, los agentes del

F. B. I.

secundados por un destacamento de la Policía, se disponían a asaltar el piso de Wiezman; para evitar desgracias, habían cortado la circulación y tomaban posiciones dominantes en los edificios inmediatos, intimando a voces a la rendición a Jacob y a sus secuaces.

—¿Cómo diablos supo que estaba aquí, inspector? —preguntó Gould—. No acabo de comprender cómo pudo aparecer cuando ya estaba con un pie en el otro barrio.

—Casualidad y suerte —repuso, sonriendo, Leissen—. Los mismos factores que te permiten a ti continuar vivo en este momento.

Pero había algo más que suerte y casualidad en su presencia allí. Al realizar un meticuloso registro en el hotelito de Williamsburg Drive, encontró una nota en que se aludía, sin nombrarle concretamente, a un individuo bien informado que ponía sobre aviso al «gang» acerca de las investigaciones emprendidas por Nigel. De la nota parecía desprenderse que dicho individuo había hablado con el propio agente. Para intentar identificarle, el inspector llamó por teléfono a Gould, recibiendo la noticia de que acababa de salir de Centre Street.

Como le había dado órdenes concretas de que no se moviese del edificio de la Jefatura policíaca, supuso que se trataba de algo importante. El mismo policía que respondía a sus preguntas, le informó de que Nigel había marchado en su coche hacia el Lower East Side, luego de recibir una llamada telefónica femenina. Alarmado, temiendo que fuese a caer en alguna nueva emboscada, Leissen decidió salir para allá inmediatamente, en unión de los

hombres que le acompañaban.

Dieron unas vueltas por el barrio tratando de hallar el automóvil de Nigel. No lo habían conseguido aún, cuando un ciclista les informó de que había oído algunos disparos en River Street y que debía haberse armado «algún jaleo gordo». Fueron a toda marcha hacía dicha calle y...

—No pudimos llegar con más oportunidad. ¿Quién está dentro de la casa?

Gould se lo dijo. Leissen se estremeció al escucharle. Allí, casi al alcance de la mano, tenía al cerebro director del grupo terrorista y al más bestial de sus secuaces; a los mismos, precisamente, que habían asesinado a Peter Harris. Abandonó el portal, para lanzarse a la calle.

—¡Hay que cogerles, sea como sea!

Nigel fue tras él. Desde el interior de la casa habían dejado de disparar. Subiendo con precauciones por la escalera, tres agentes, con las «Thompson» preparadas, llegaban ante la puerta del piso, decididos a forzar la entrada y barrer a quien hubiese en el interior de la vivienda. Angustiado, Gould indicó a Leissen:

—*Miss Rawson* está dentro, inspector. La tienen atada esos miserables. ¡Cuidado, no seamos nosotros mismos quienes la matemos!

Sin preocuparse por el peligro ni porque aún le duraba el ligero atontamiento producido por los golpes de Bailey, subió corriendo la escalera. Llegó a tiempo de ver cómo los agentes, disparando una ráfaga sobre la cerradura, violentaban la puerta.

—¡Manos arriba todos! El que intente resistir...

Nadie contestó a la intimidación. Sin poderse contener, Nigel atravesó el umbral. Dentro reinaba un silencio absoluto. Fue hasta la pared del fondo y encendió la luz. El inspector entró a su vez, acompañado de los agentes. Pronto, la verdad apareció claramente a sus ojos.

Tendido boca abajo en el suelo, en medio de un charco de sangre, aparecía el cadáver de Aaron Jessup. No había nadie más. Wieszman, Bailey, Sarah y Esther habían desaparecido. Al fondo de la casa había una escalera que daba a un patio, desde el que se podía salir a una calle trasera.

—Indudablemente escaparon por aquí, aunque no pueden estar

muy lejos.

—¡Pero se han llevado a la pobre Esther!

Siguieron el mismo camino recorrido por los forajidos en su huida. Un vecino asomado a la ventana les dijo que había visto al grupo huido dirigirse a buen paso hacia River Street. Con un exceso de audacia pretendían mezclarse con la gente que contemplaba desde lejos la acción policíaca, suponiendo que así pasarían más inadvertidos.

Por una callejuela salieron a River Street, a quince o veinte metros del punto en que un agente contenía a los curiosos. Era precisamente el lado del lugar en que Nigel dejó su «Chevrolet» para dirigirse andando al 317. El coche había desaparecido.

—Vi subir hace un momento a dos hombres y dos mujeres. Una de ellas debía ir desmayada, porque la llevaban en brazos. ¡Seguro que se asustó al oír los disparos!

—¡Ellos son!

Volvieron a los automóviles, para emprender la persecución. Alguien les señaló que el «Chevrolet» parecía marcha rumbo a Bowery, y hacia allá se encaminaron sin pérdida de minuto. Mientras salían a toda marcha de la red de callejuelas que integran el Lower East, Harold Leissen llamaba por radio a la Comandancia local del

F. B. I.

y a todas las estaciones de la Policía. A los tres minutos, dos centenares de coches patrulleros recibían órdenes de trazar un extenso cordón que impidiese la huida del coche en que escapaban los forajidos.

—No puedo explicarme cómo no acudió el teniente Walcott a River Street —dijo, de pronto, Nigel—. Me prometió que enviaría unos hombres a proteger mi salida de la casa, pero sólo aparecieron unos forajidos.

—¿Estás seguro de haber hablado con él, diciéndole dónde ibas?

—Completamente. Le llamé a la estación de Policía del barrio antes de abandonar Centre Street. Charlamos por espacio de dos minutos y afirmó que varios de sus agentes correrían a prestarme ayuda.

—Es posible que mandase algunos hombres —repuso, pensativo y preocupado, Leissen—; pero no a ayudarte a ti, sino a proteger a

Wiezman.

—¿Cree usted que puede estar de acuerdo con ese miserable?

—¿Puedo pensar otra cosa? Pero ya aclararemos este asunto. Antes vamos a terminar con Wiezman y Bailey. Y no será Walcott quien pueda impedirlo esta vez.

Transcurrieron quince minutos interminables sin lograr dar alcance a los fugitivos. Dos o tres personas indicaron que habían visto pasar poco antes a un coche de las características del perseguido, pero recorrieron inútilmente varias calles de Bowery. De pronto, por radio, recibieron noticias concretas:

—¡Atención! ¡Atención! El «Chevrolet» buscado ha sido visto en la 47th Street a la altura de la Thirdth Avenue, marchando a toda velocidad en dirección Oeste. Todos los coches deben concentrarse en aquella zona, procurando cerrarle el camino de huida. No olvidar que sus ocupantes, perseguidos por asesinato, son «gangsters» peligrosos que se defenderán a la desesperada.

—¡Tira hacia el centro de Manhattan! —ordenó el inspector al agente que conducía—. Tenemos que caer sin tardanza sobre esos tipos.

Mientras corrían hacia allá, la radio les iba transmitiendo noticias de la cacería emprendida. Desde Centre Street, con un plano de la ciudad a la vista y teniendo en cuenta los datos transmitidos por los diversos coches de patrulla, se dirigía la persecución. Pronto, el «Chevrolet» estuvo envuelto en un anillo enemigo. El locutor de Jefatura anunció:

—¡Atención! Coche «Chevrolet» cercado en la entrada de Central Park; sus ocupantes parecen dispuestos a entregarse.

Subían por la Quinta Avenida al recibir la noticia. Aceleraron más aún su marcha. Tres minutos después llegaban donde había parado el «Chevrolet», rodeado de coches policíacos. Pero en su interior, los agentes no encontraron más que a un individuo, que miraba desdeñoso a sus aprehensores, diciendo:

—¡Valiente escándalo por un coche robado! ¡Ni que me hubiese llevado la bomba atómica!

Afirmaba que había visto abandonado aquel «auto» en las proximidades de Wall Street y que lo había cogido para darse una vueltecita. Parecía sinceramente sorprendido de que toda la Policía neoyorquina se hubiera movilizado para detenerle.

—Creo que dice la verdad —aseguró un sargento de la Policía—. Conozco a este tipo, porque le detuvimos dos veces como ladrón de coches.

Sin hacerle mucho caso, Nigel Gould, respaldado por el inspector, se enfrentó resueltamente con él.

—Mira, muchacho, con nosotros no valen comedias. Estamos enterados de todo. ¿Dónde dejaste a Wiezman, Bailey y la chica secuestrada?

—Número equivocado, amiguito —repuso el detenido, con una sonrisa—. Ni conozco a ese Wiezman ni sé nada de ninguna chica secuestrada.

—Pues vas a recordarlo y de prisa. ¡Sube a nuestro coche!

El forajido, un individuo de mediana estatura, flaco, de ojillos vivos y expresión astuta, pretendió resistirse. Agarrándole de un brazo, Leissen le obligó a penetrar. El automóvil se puso en marcha inmediatamente en dirección al Bowery.

—¿Dónde están éstos? Responde de una vez, si tienes interés en seguir viviendo.

El forajido sonrió, irónico. No era un novato, para que le asustasen con amenazas. Si era preciso, aguantaría unos cuantos golpes, pero esto sería todo lo malo que podía ocurrirle. La Policía no podía acusarle más que de haberse apoderado de un coche; un delito sin la menor importancia con el que nada tenía que ver siquiera el

F. B. I.

—Te engañas de medio a medio, muchacho. Si no «cantas» de plano y rápido, te encontrarás con una ración de plomo en el cuerpo.

—¡No pueden hacer eso! —chilló, alarmado, el detenido—. ¡No pueden hacerlo!

—¡Vaya si lo haremos! Contestas, ¿sí o no?

El temor del bandolero crecía por instantes viendo la resuelta actitud de quienes le rodeaban. Todavía, confiaba, sin embargo, en que no pasarían de las amenazas. Pero incluso esta esperanza no tardó en desvanecerse.

Con gesto decidido, Nigel sacó una pistola, cuyo cañón apoyó en la sien derecha del forajido. Anunció:

—Se acabaron las contemplaciones. Voy a contar hasta diez. Si

para entonces sigues callado, no volverás a hablar. Por lo menos, en este mundo.

El detenido comprendió que hablaba en serio y que estaba dispuesto a llevar a la práctica su amenaza. Le acometió un terror pánico y gruesas gotas de sudor corrieron por su frente, mientras Gould iba contando:

—Cuatro..., cinco..., seis...

—¡Basta! ¡Basta! Hablaré...

Habló de corrido, diciendo cuánto sabía. Wiezman, Bailey, Sarah y la muchacha a la que llevaban atada se habían refugiado en el segundo piso de una casa de Allers Street, en el corazón mismo del barrio judío. Con ellos se encontraba el dueño de la vivienda, un conocido «gangster» llamado Evan Parrish. Disponían de dos pistolas ametralladoras y estaban dispuestos a vender cara su vida.

Cinco minutos después, veinte coches policíacos recibían por radio orden de dirigirse a Allers Street en seguida. Silenciosamente, un centenar de hombres fueron tomando posiciones, cercando toda la manzana antes de que fuera advertida su presencia. Al terminar los preparativos, Leissen murmuró, satisfecho:

—¡Llegamos al final, Wiezman! De ésta no podrás escapar ni con alas...



---

NIÑO:

**Ahora estás a tiempo de coleccionar  
AVENTURAS DEL F. B. I.  
¡MAGNIFICOS Y VALIOSOS REGALOS!**

## VII

### BARBARIE



UANDO volvió a entrar en el piso de River Street, perseguido por los balazos policíacos, Bailey buscó una pistola y se dispuso a morir matando. No creía tener escapatoria posible. Por fortuna para los restos del «gang», Wiezman conservaba la serenidad incluso en los más críticos instantes; procuraba tener siempre previsto un camino de huida y ahora sabía por dónde escapar, siempre que no perdieran demasiado tiempo.

No tuvo que esforzarse mucho para convencer a Sarah y Sansón de que había que salir de allí a la carrera. La escalera del patio les permitiría salvarse, si alcanzaban la callejuela antes de que los agentes pensasen en acordonar toda la manzana. La única dificultad provino de Esther, que afirmó, resuelta:

—Yo no iré. Podréis matarme aquí, pero no lograréis que os

acompañe.

—«Okay», preciosidad —repuso, feroz, Bailey—. Se hará lo que tú quieres. Te liquidaré sin mayor espera. Cuanto menos estorbos...

Levantaba la pistola, decidido a tirar sobre la muchacha. Wiezman se opuso:

—Necesitamos llevárnosla.

—¿Para qué? Empezaría a alborotar y nos echaría encima a la «bofia».

—No dirá una sola palabra. Y mientras la tengamos con nosotros, no se atreverán a barrernos con una ráfaga. ¡Cógela en brazos y de prisita!

Esther pretendió resistirse y gritar. El puño de Bailey cayó sin contemplaciones sobre su rostro y la muchacha perdió el conocimiento.

—Perfectamente —comentó Sarah—. Tardará media hora en despertar; —así podremos soltarla. Las cuerdas despertarían ciertas sospechas.

Lo hicieron con rapidez y bajaron al patio antes de que los agentes violentasen la entrada del piso. A buen paso salieron a la callejuela trasera. Nadie les prestó la menor atención. Con un gesto audaz, Wiezman resolvió encaminarse a River Street.

La calle estaba en plena conmoción, pero todo el mundo miraba a lo lejos, al punto en que Leissen y sus huestes se disponían a penetrar en la guarida de los malhechores. Vieron abandonado un coche pequeño, de cuatro plazas.

—Lo que necesitamos, precisamente lo que necesitamos.

Montaron sin vacilaciones y Wiezman pisó el acelerador. Un instante después, River Street quedaba atrás. Pudieron salir del Lower East sin el menor entorpecimiento ni dificultad. Pero Jacob no se hacía engañosas ilusiones. Tan pronto como advirtieran su fuga, comenzaría la persecución. Y el coche que les conducía se convertiría en la mejor de las pistas.

A toda prisa se dirigió a Allers Street. Evan Parrish era uno de sus hombres de confianza. El hecho de que no fuera judío ni nadie sospechara que tuviese la menor relación con él, favorecía considerablemente sus planes. Podían refugiarse en su casa y permanecer escondidos hasta que pasase la tormenta.

Parrish les dio, como suponía, toda clase de facilidades. Nada

tenían que temer. Hacía tres años largos que no le echaban mano y la Policía del barrio le creía totalmente regenerado. No era de suponer que a nadie se le ocurriese registrar su casa.

—El único peligro es el automóvil.

Pero el inconveniente se obvió con facilidad y rapidez. Jerry Handel, amigo íntimo de Evan y sujeto de toda garantía, se encargaría de llevarlo al otro extremo de Nueva York, dejándolo abandonado en cualquier calle extraviada. Especialista en robos de coches, sabía cómo burlar a la Policía. Y aunque le cogieran, no podrían acusarle de otra cosa que de haberse apoderado de un modesto «Chevrolet». No había cuidado de que hablase.

—Antes me dejaría hacer pedazos. Ya una vez me aplicaron el «tercer grado» y se quedaron con las ganas de que dijese una sola palabra.

Cuando Jerry se marchó llevándose el coche, el grupo creyó encontrarse a salvo. Nadie les había seguido, nadie les vio entrar allí, nadie les buscaría por aquel barrio. Como Esther había recobrado el conocimiento, Jacob hizo que la atasen de pies y manos, confiando a Sarah su custodia. Luego exclamó, satisfecho:

—Esperaremos aquí hasta que pase el peligro. Luego nos largaremos de Nueva York sin la menor dificultad. Walcott me indicará la forma de hacerlo sin tropezar con ningún obstáculo.

—¡Hum! —Gruñó, recelosa, Sarah—. Yo no me fiaría mucho; aunque jueguen con dos barajas, todos los «polis» acaban por vender a quien confía en su amistad.

—¡Seguro! —Remachó Sansón—. Apostaría que fue ese cerdo quien mandó la «bofia» a River Street.

—A la «bofia» la llevaste tú —replicó, alterado, Jacob—. De no lanzarte estúpidamente contra mí, Nigel no hubiera podido escapar. Hace media hora que habríamos terminado con él y ahora estaríamos tan tranquilos.

La discusión tomó un agrio cariz, cuando Bailey contestó en tono destemplado echando todas las culpas sobre su interlocutor e insistiendo en que era preciso liquidar cuanto antes a *miss* Rawson, en la que sólo veía un estorbo y un peligro. Wieszman respondió afirmando que era el jefe, que se hacía lo que él quería y no admitía imposiciones de nadie.

—Si no estás conforme, con largarte, concluido. Pero mientras

estés aquí, no debes olvidar que soy yo quien manda.

Bailey se enfureció al mirar a Sarah, creyendo advertir un gesto burlón en su rostro. Violento, dio un paso al frente, decidido a demostrar al «boss» quién era allí el más fuerte. Parrish, silencioso hasta entonces, intervino. Con la mano derecha hundida en el bolsillo de la americana, advirtió, amenazador:

—No armes escándalos, amiguito. En mi casa no tolero que nadie levante el «gallo». Tengo el «cacharro» empalmado y muchas ganas de darle gusto al dedo. Y siempre que lo hago tiro a matar, ¿entendido?

Tranquilizado por la ayuda de Parrish tanto como por la pistola que tenía en la mano, Jacob habló en tono enérgico. En lugar de plantear dificultades, cuando la vida de todos pendía de un hilo, Bailey debía cuidarse de hacer bien las cosas.

—¿Qué he hecho mal?

—Perder el tiempo pegando a Nigel. Un par de balazos le hubiesen borrado del mundo de los vivos. Así...

—¡Bah! —rió, jactancioso, Sansón—. Ese tipo no volverá a molestarnos. Le pegué a placer y cuando yo pego con todas mis ganas...

Estaba seguro de que Nigel no podría contarle. Con alegría salvaje refirió la saña con que le había golpeado, el interés que puso en alcanzarle en los puntos más sensibles. Exaltándose al hablar, recordó algunas de sus pasadas hazañas.

Aun con guantes de ocho onzas mató un día en Búfalo a un contrincante. Con los puños desnudos, en peleas callejeras, había roto muchas mandíbulas y hundido no pocas costillas.

—Apuesto que ese imbécil está ahora más muerto que mi abuela.

Wiezman empezaba a creerlo. De todas formas, hubiese estado más tranquilo de saber que tenía una buena ración de plomo entre pecho y espalda.

Siguieron hablando, pero ahora en tono más cordial y amistoso. Jacob tenía bastante dinero en lugar seguro. Cuando escaparan de allí, ni Sansón ni Sarah tendrían que preocuparse del porvenir. Recibirían lo suficiente para vivir con todo desahogo en donde les pareciese. Tampoco Parrish quedaría descontento.

—Podemos darnos una vueltecita por Europa. Allá tengo buenos

amigos y algunos negocios en perspectiva. Podemos redondearnos mientras el

F. B. I.

se olvida de nosotros.

De pronto, Evan Parrish, que estaba mirando por la ventana hacia la calle, lanzó una maldición. Luego, apresuradamente, apagó la luz de la habitación, diciendo en tono alterado:

—¡Acércate, Jacob! Juraría que esos tipos son «polis» que buscan a alguien.

Sarah, Wiezman y Bailey corrieron a la ventana. Al fondo de la calle acababa de pararse un automóvil, del que descendían presurosos seis o siete individuos. Otros varios parecían tomar posiciones en la acera de enfrente; algunos más penetraban en las casas del otro lado de la calle, posiblemente para ocupar posiciones dominantes.

—¡Vienen por nosotros y saben dónde estamos!

Por fortuna, el piso tenía otra salida. Una escalera de incendios, adosada a la parte posterior de la fachada, les permitiría escapar por el lado trasero de la manzana. Evan Parrish corrió hacia allá, pero al asomarse a la ventana, masculló un juramento. Metiéndose precipitadamente, anunció:

—Tienen cercada la manzana.

—Vamos por la escalera principal. Acaso podamos abrírnos paso a balazo limpio en un golpe de audacia.

Convencido de que habría lucha y dura, Parrish sacó de un escondrijo dos «Thompson» —una de las cuales entregó a Wiezman, quedándose con la otra—, con varios tambores de repuesto, indicando, con una sonrisa siniestra:

—Estos juguetitos pueden sernos muy útiles.

Salieron al descansillo a tiempo de oír cómo un grupo de agentes que habían entrado en el portal subían por la vieja escalera. Levantando la cabeza, uno de ellos vio el grupo formado por Jacob y sus amigos y exigió a voces:

—¡Entréguese sin hacer tonterías, Wiezman! Si se resiste...

La respuesta fue una ráfaga de la «Thompson» manejada por Parrish. Uno de los agentes cayó, rebotando en los escalones. Los otros retrocedieron apresuradamente. Dos de ellos, parapetados en el piso inferior, empezaron a disparar también.

Fue la señal de comenzar la lucha. Desde la casa de enfrente tiraban sobre la ventana de la habitación en que habían estado hasta un minuto antes. Apresuradamente, Jacob distribuyó a su gente:

—Quédate aquí, Evan, y no dejes subir a nadie. Tú, Sansón, haz lo mismo con la escalera de incendios. Yo me encargaré de la ventana. Y tú, Sarah, cuídate de que no intente escaparse la muchacha...

—¿Todavía te interesa que viva? —protestó Bailey.

—Ahora más que nunca. Acaso sea nuestra última esperanza de salvación...

Pero no parecía haber ninguna esperanza, por remota que fuese. Los agentes habían tomado posiciones y estaban decididos a terminar con sus enemigos. Desde las casas de enfrente tenían enfiladas las ventanas, metiendo por ellas una verdadera lluvia de plomo. Jacob tuvo que disparar por la del comedor a ciegas, sin atreverse a asomar la cabeza, por miedo a que le acribillasen. Sansón llegó a la escalera de incendios en el instante en que un policía uniformado asomaba por ella. Logró matarle de un certero balazo, pero a continuación tuvo que meterse hacia dentro, tirándose al suelo, para rehuir los balazos que silbaban en todas las direcciones.

Dominando los ruidos de la pelea, se oyó de pronto la voz del inspector Leissen. Hablaba desde la calle por un micrófono conectado a un altavoz:

—¡No tienes escape posible, Wiezman! ¡Entrégate antes de que sea demasiado tarde!...

Jacob no estaba dispuesto a obedecer. Si le cogían iría de cabeza a la silla eléctrica. Era preferible morir matando. Aparte de que, continuando la pelea, siempre habría una posibilidad de salvación.

Repentinamente cesaron las descargas de los agentes y volvió a resonar la voz del inspector:

—Os damos tres minutos para entregaros. ¡Salid por la escalera, sin armas y con los brazos en alto!

Por el cerebro de Wiezman cruzó una idea luminosa. Habló, aprovechando el momentáneo silencio, para hacerse oír. Proponía a sus enemigos un arreglo. A cambio de dejarle escapar entregaría a Esther Rawson sin sufrir daño alguno. La respuesta fue tajante:

—No admito condiciones. ¡Entregaos o moriréis!

Jacob se sintió acometido por una rabia sorda. Odiaba al inspector Leissen más que había odiado a nadie en su vida. Era quien había lanzado el

F. B. I.

sobre sus huellas, el que introdujo en sus filas a Peter Harris, el que después envió a Nigel Gould. Todo hubiera ido bien sin su intervención. Por culpa suya se veía acorralado, a punto de morir. ¡Si pudiera, cuando menos, llevárselo por delante!...

Y ¿por qué no? Hablaba desde la calle, a unos metros de distancia. Si conseguía asomarse y apuntar, le bastaría un solo disparo para terminar con él. Sólo había la dificultad de que si se asomaba, los individuos apostados en la casa de enfrente le segarían con una ráfaga de ametralladora.

—¡De prisa, Sarah! Desata los pies a esa chica...

Sin comprender lo que el «boss» se proponía, Sarah obedeció. Pronto supo lo que había tramado la imaginación de Wiezman. Soltando la «Thompson», empuñó una «*Parabellum*», que podía manejar con una sola mano. Luego, cogiendo del cuello a Esther, cubriéndose con el cuerpo de la muchacha, avanzó hacia la ventana, gritando a voz en cuello:

—¡Cuidado! Si tiráis, mataréis a *miss* Rawson...

Aunque sus enemigos le vieron asomar por la ventana, no se atrevieron a disparar, temerosos de herir a la joven. Con alegría feroz, seguro de su triunfo, Jacob miró hacia la calle. No se había engañado en sus presunciones. A quince yardas de distancia había un coche con un altavoz. Parados delante del vehículo, dos hombres. Uno era Harold Leissen; el otro, Nigel Gould.

Les apuntó con ansias locas de matar, sujetando al propio tiempo a Esther, que se debatía furiosa. Dudó un segundo en cuál de los dos elegir como primera víctima. Al fin se decidió por el inspector. Apretando el gatillo, exclamó:

—¡Tú morirás antes!

Tiró a la cabeza, pero un movimiento de la muchacha desvió ligeramente su puntería. De todas formas, el balazo fue a clavarse en el hombro de Leissen, que rodó por tierra a impulsos del dolor. Creyéndole mortalmente herido, Wiezman soltó una carcajada. Quiso seguir tirando, mientras murmuraba:

—Ahora el otro...

A pie firme, sin cuidarse de buscar donde refugiarse para huir al peligro que le amenazaba, Nigel miraba fijamente a la ventana, esperando una oportunidad. Se le presentó en el instante mismo en que el inspector rodaba por tierra. Wiezman había apartado su cabeza unas pulgadas de los de la muchacha. Gould aprovechó el instante.

Su disparo resonó al mismo tiempo que el de la «*Parabellum*» de Jacob, pero fue cien veces más certero. Mientras el balazo del forajido fue a clavarse en la pared del fondo, el de Nigel alcanzó la sien derecha de Wiezman. El judío no tuvo tiempo de lanzar un solo grito. Muerto de pie, se dobló sobre sí mismo hasta rodar por el suelo, arrastrando a la joven, en su caída.

—¡Sansón! ¡Sansón! ¡Han matado al «boss»! Abandonando la vigilancia de la escalera de incendios, Bailey acudió a la carrera. Una sola mirada le bastó para darse cuenta de la situación. Fue a decir algo, pero se lo impidió una ráfaga que resonó, en el descansillo de la escalera, seguido del ruido de la caída de un cuerpo. Corrió hacia allá a ver lo que ocurría. Evan Parrish estaba en el suelo, estremeciéndose en las últimas convulsiones de la agonía con unos negros agujeros en el pecho. Furioso, Bailey disparó hacia abajo, por encima de la barandilla de la escalera; no alcanzó a nadie, pero sí obligó a retroceder a los agentes que habían comenzado a subir.

Sarah acudió entonces a su lado. Sansón habló para señalar que no tenía salvación. Sólo les quedaba matar a Esther, coger las «Thompson» y bajar por la escalera para barrer a quien se le pusiera por delante.

—Creo que hay una solución mejor —dijo, pensativa, Sarah—. ¿Qué tal prender fuego a la casa?

Es muy vieja y arderá como yesca...

—¿Para quemarnos vivos nosotros? —Gruñó, desconcertado, Bailey.

—No, para intentar salvarnos.

En pocas palabras expuso su plan. Nada tenían que perder en el intento; puesto que su situación era desesperada, y, en cambio, podían ganarlo todo. En el comedor de Parrish había un bidón de diez litros de gasolina. Sansón debía cogerlo, subir a los últimos

pisos, rociar los descansillos de la escalera y prenderla fuego.

En aquella casa, como en tantas otras del barrio, se hacinaba cerca de un centenar de familias. Ninguna había rechistado durante la pelea.

Todo el mundo se había encerrado en sus viviendas, temeroso de recibir un balazo. El fuego les haría escapar como ratas asustadas. Nada les importarían los tiros frente a la perspectiva de morir achicharrados.

—¡Saldrán corriendo en montón y la Policía no se atreverá a tirar contra ellos! Aprovechando la confusión podremos largarnos...

—¿Y la chica?

—La haremos bajar delante. Si se les escapa algún tiro, será para ella.

Bailey acogió con entusiasmo la idea. Mientras Sarah, manejando una de las «Thompson» impedía que ningún agente se asomase al hueco de la escalera, Sansón cogió el bidón de gasolina y subió hasta los pisos últimos. Con rapidez roció de petróleo los descansillos, y las puertas de las viviendas y las ventanas. Luego prendió fuego y bajó precipitadamente a unirse con su inspiradora.

—Espera un instante. Ya verás los resultados...

Sansón acudió un instante a la parte trasera de la casa, para hacer unos disparos sobre la escalera de incendios para mantener alejados a los posibles asaltantes de aquella parte. Luego, tras obligar a patadas a levantarse a Esther, la condujo hasta la puerta del descansillo donde ya aguardaba Sarah.

Lo que esperaban, no tardó en producirse. Los pisos altos comenzaron a arder y el incendio se propagó con rapidez vertiginosa. El edificio era muy viejo, con entramado de madera reseca que ardía como yesca. Pronto un humo espeso envolvió la escalera, y grandes llamaradas empezaron a consumir los pisos altos. Una voz angustiada tronó sobreponiéndose a todos los ruidos.

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Está ardiendo la casa!

Cien voces distintas le hicieron eco inmediatamente. El aire se llenó de gritos de espanto y confusión de puertas y ventanas que se abrían precipitadamente. Dos o tres personas, con las ropas chamuscadas y el espanto reflejado en sus rostros, bajaron corriendo sin hacer el menor caso de las órdenes de los agentes del portal que les mandaban detenerse. Una mujer, con la falda

ardiendo, se tiró enloquecida por el hueco de la escalera.

A las primeras personas que huían aterradas, no tardaron en seguir en confuso tropel todos los habitantes de la casa. Hombres, mujeres y niños llenaron la escalera, disputando entre sí por bajar más de prisa, escapando a la amenaza espantable de las llamas que consumían los pisos altos. Los agentes del portal hubieron de retroceder hasta la calle frente aquella avalancha. Fuera crecía también la alarma. Los vecinos de las casas inmediatas se lanzaban a su vez a la calzada y pronto reinó una confusión indescriptible.

—¡Ahora! —indicó Sarah—. Es el mejor momento...

El comienzo del fuego sorprendió a Nigel a treinta yardas del edificio en el instante mismo en que, tras sufrir una rápida cura, se incorporaba de nuevo Leissen, decidido a no abandonar su puesto hasta haber terminado con los forajidos.

Comprendió en el acto quién era el culpable de aquella catástrofe. Los secuaces de Wiezman pretendían salvarse al amparo del caos.

—¡Canallas! No pagarían ni con veinte vidas...

Estaba decidido a que no escapara ninguno y dio órdenes a los agentes de extremar la vigilancia. Le angustiaba pensar en la suerte de Esther. Los forajidos eran capaces de dejarla achicharrarse viva, caso de no haberla asesinado antes. Tomó una resolución desesperada:

—¡Tengo que salvarla... si aún es tiempo!

Sin hacer caso de los gritos de Leissen que había adivinado sus intenciones, corrió hacia el portal de la casa. Tres policías trataron de cerrarle el paso, pero siguió adelante luego de darse a conocer a voces.

En el portal chocó violentamente con un grupo que pretendía salir cuanto antes. Tuvo que abrirse paso entre ellos a puñetazo limpio, ganando el arranque de la escalera, cuando por el hueco de la misma caían ardiendo algunos trozos de la barandilla de los pisos altos. Se oía un griterío ensordecedor de las gentes que en el interior de sus viviendas rebuscaban apresuradamente algún objeto valioso y de los que corrían ya bajando a saltos los escalones.

Nigel quiso subir corriendo. Hubo de pegarse a la pared para dejar paso a un hombre que descendía a toda prisa con un baúl sobre los hombros y a tres o cuatro mujeres cargadas con grandes

fardos de ropa. Luego subió hasta el descansillo del primer piso, sintiendo que aumentaba el humo y el calor a medida que iba ganando altura.

En el tramo siguiente se tropezó con un grupo de gentes que huían enloquecidas. Luchó a puñetazos para que no le arrastraran en su marcha. Apenas se había librado de ellas, cuando vio ante sí la figura de Esther, intensamente pálida, con un gesto de horrorizado estupor en el semblante, que bajaba tambaleante, empujada por quienes le seguían. Sin fijarse en éstos, sin verlos siquiera, Gould gritó, alborozado:

—¡Menos mal que he llegado a tiempo!

—Sí, de morir a mis manos —replicó una voz que sonó extrañamente familiar y amenazadora en sus oídos.

No tuvo que mirar siquiera para saber que se trataba de Sansón Bailey. Apartando a un lado a la muchacha, el exboxeador se lanzaba ya sobre él. Nigel se había guardado la pistola y no tenía ahora tiempo de sacarla. Tampoco el forajido creía necesario recurrir a las armas de fuego. Sentía un odio sin límites contra el agente que se había atrevido a enfrentarse con él en repetidas ocasiones y sólo saciaría su rabia destrozándole entre sus brazos.

Viendo que Bailey se le echaba encima, Gould apenas tuvo tiempo para agacharse. Llevado de su impulso, Sansón no pudo contenerse; al cerrar los brazos pensando estrechar entre ellos a su enemigo, sólo encontró el vacío; perdió el equilibrio, tropezó con el cuerpo agachado de Nigel y salió rodando, dándose una violenta costalada.

Nigel marchó tras él, decidido a aprovecharse de la ligera ventaja conseguida. Bailey intentó levantarse en el acto. El agente, que estaba ahora tres escalones por encima, alargó la pierna derecha pegándole un patadión en la cabeza. El exboxeador tornó a caer, pero se incorporó con presteza, avanzando, amenazador, y gruñendo colérico:

—¡Te mataré de todas formas!

Rehuyendo su abrazo, Nigel subió un par de escalones. Mientras lo hacía tuvo ocasión de sacar la pistola. Se volvió, empuñándola, cuando Bailey le dio alcance. Sin vacilaciones, apretó el gatillo y dos agujas de plomo fueron a hundirse en el pecho del forajido. La camisa se le tiñó de rojo en el acto y un hilillo de sangre apareció

en la comisura de sus labios. Estaba gravemente herido, moribundo casi, pero aún le quedaban fuerzas. Cogió a Nigel por la cintura, lo levantó en vilo y avanzó hacia la barandilla, gritando:

—¡Morirás conmigo!

Con todas sus fuerzas, Nigel se agarró al cuello del exboxeador. Por un instante, los dos hombres forcejearon contra la barandilla. Al cabo, cedió ésta y ambos cayeron pesadamente por el hueco de la escalera, desde una altura de cinco yardas.

Quiso la suerte que dando vueltas en el aire, el agente fuese a caer encima de su contrincante. El golpe le atontó ligeramente, pero no le produjo mayor daño, mientras Bailey quedaba en el suelo, estremeciéndose en dramáticas convulsiones.

Con un esfuerzo se levantó Nigel, recogiendo en movimiento instintivo la pistola perdida en su caída. Por un instante contempló impresionado el cuerpo del exboxeador, al que evidentemente solo le quedaban unos segundos de vida. De pronto llegó a sus oídos la voz angustiada de Esther:

—¡Que te mata, Nigel! ¡Apártate!

Como saliendo de un sueño, miró hacia arriba. Inclínada sobre el hueco de la escalera, con los ojos inyectados en sangre y una pistola en la mano, estaba Sarah Slater. Apretó por dos veces el gatillo antes de que el agente pudiera esbozar el menor gesto defensivo. Gould sintió unos golpes secos en el pecho, se le nubló la vista, se le doblaron las piernas y cayó de rodillas.

—¡Ahora, tú, perra!

Con un esfuerzo levantó la cabeza. Confusamente vio cómo Sarah se disponía a tirar a boca de jarro sobre Esther. Quiso adelantarse. Apuntando trabajosamente, hizo fuego. Herida en mitad de la espalda, la mujer abrió los brazos en gesto trágico, retrocedió tambaleándose, buscó desesperada algún punto a que asirse y, por último, cayó por el hueco de la escalera, encima del cuerpo ya inmóvil de Sansón Bailey.

De rodillas, Nigel miró emocionado a sus dos enemigos muertos. Esther, que bajaba precipitadamente la escalera, le oyó murmurar en el instante de llegar a su lado:

—¡Me alegro! Eran carne de horca...

Cinco semanas después, en el sanatorio de Coney Island, donde convalecía de sus graves heridas, Nigel Gould conversaba en una

galería abierta sobre el mar con Harold Leissen, en presencia de Esther Rawson. El inspector acababa de comunicarle el final del dramático episodio a que dio lugar el exterminio del «gang» de Los Macabeos.

—Clive Walcott ha confesado de plano su complicidad. Expulsado del cuerpo, espera en una celda la decisión de los jueces. Podrá considerarse muy afortunado si escapa con menos de veinte años de condena, aunque lo más probable es que no salga vivo de Sing-Sing.

Diez miembros de la banda que no habían seguido la trágica suerte de su jefe y de varios de sus compañeros, se hallaban también convictos y confesos. Sus declaraciones permitieron descubrir una extensa red de indeseables complicados en toda clase de delitos. Quienes habían realizado labor de espionaje tendrían que pagar muy caras las culpas contraídas.

—Sólo *miss* Rawson ha quedado excluida. Tuvo relaciones con Wiezman mientras le creyó un como ella. Pero luego, cuando conoció su verdadera catadura, se jugó valientemente la vida por facilitar la obra de la Justicia. Si cometió algún leve pecadillo, se ha purificado por completo en el Jordán de su heroísmo.

Estaba comprobado, sin dejar lugar a ninguna duda, que Sansón Bailey y Sarah Slater fueron los asesinos de Michael Gould. Los empleados del Splendid Hotel establecieron sin vacilaciones su identidad con el supuesto matrimonio que se inscribió con el apellido Boyd. Gravemente, Leissen comentó:

—Una vez más, se ha demostrado que nadie escapa al castigo de sus culpas. Y el Destino ha querido que fueses tú, el hijo de su víctima quien les diese el trato que en justicia merecían.

Tenía, como final, unas cuantas cosas agradables que comunicar a Nigel. Como premio a sus servicios era ascendido, se le condecoraba y le concedían un permiso de seis meses.

—Supongo que lo aprovecharás para el viaje de bodas. Es lo menos que *miss* Rawson se merece.

—¿Cree usted —preguntó sonriente Gould— que podrá considerar la boda como un premio y no como un castigo?

—Eso es ella y no yo quien puede decírtelo. Pero a juzgar por su gesto...

Nigel levantó la cabeza para mirar a la muchacha, Esther se

había puesto muy colorada, pero tenía un brillo de alegría ilusionada en las pupilas. Leissen se dispuso a marchar. A modo de despedida, añadió:

—Ya puedes hacerla feliz, muchacho. Si te portases mal con ella... Bueno, creo que sería capaz de tratarte como un Wieszman cualquiera...

—Tengo la seguridad de que no será así —repuso, sonriendo, Esther, fija la mirada en el rostro del hombre amado.











## **RASTROS PERDIDOS**

He aquí el título de una obra literaria de gran empuje argumental y de un dramatismo arrollador. Su autor es el renombrado

**ALAR BENET**

cuyas producciones anteriores tanta atención han tenido en el mercado sudamericano y que se mejora en su na

## **RASTROS PERDIDOS**

Hacia tiempo que ocurrió un delito criminal, y cuando el agente especial del F. B. I. recibió la orden de seguirlos, su primera dificultad estuvo en ir descubriendo y recomponiendo, a costa de jugarse la vida, los...

## **RASTROS PERDIDOS**

Aparecerá próximamente en esta Colección

---

¡LOS MEJORES CUADERNOS PARA SUS

**AVENTURAS DEL F. B. I.**

y

**¡JEQUE BLANCO**

¡Las mejores historias y los mejores dibujos  
solamente por 1.25 pesetas!

5 octas.



## NOTAS

[1] Abreviatura vulgar de Baltimore. < <

[2] Literalmente, amarillo; en el argot del hampa, confidente. < <

[3] Dialecto compuesto por una mezcla de hebreo y alemán, corriente entre los judíos de Europa central. < <